

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

ANUARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 5 - 11 diciembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 314

LA FAMILIA ESPAÑOLA VIRA ALREDEDOR DE SU EJE

LA MADRE
PARA TODOS;
TODO PARA
LA MADRE



"otra vida" de Giuseppe Sotgiu

El acusador número uno del proceso Montesi, en el banquillo de los acusados (pág. 55). ● «DOCUMENTO VERDE», REPROBADO POR LA JERARQUIA. ● Último llamamiento del cardenal Peláez a los sacerdotes obreros, por Gerardo Rodríguez (pág. 11). ● Carta del director a don Andrés Sánchez Rodríguez (pág. 8). ● Es posible entenderse con los comunistas, por M. B. Tobío (página 17). ● La flota de Onassis y el principio de libre navegación de los mares, por Attilio García Mellid (pág. 21). ● Fiesta de la poesía española e hispanoamericana, por E. Ruiz García (página 24). ● Apuntes para las Memorias de un redactor político, por F. Casares (pág. 29). ● Terraza guarda un tesoro en ricas y caras telas, por M. I. Escofet (página 32). ● Entrevista con Gaspar Gómez de la Serna (página 44). ● «Memorias de guerra», por el general De Gaulle (página 47). ● Entrevista con Julia Mingullón, por J. Sutil (página 51). ● Entrevista con José Vasconcelos (pág. 58). ● EUSEBIO O LA ESPERANZA. Novela por Pedro Alvarez (página 36).
Portada: Fotografía de Cortina

SIETE MILLONES DE HOGARES
TRADICIONALES GARANTIZAN EL
PROGRESO DE LA VIDA NACIONAL

¡Por fin!

UNA CREMA DENTAL PARA LOS QUE NO PUEDEN LIMPIARSE LOS DIENTES DESPUES DE CADA COMIDA



Unica crema Dental que contiene ACTIFOAM, espumoso ANTIENZIMICO que limpia profunda y completamente los dientes y combate las bacterias y sus fermentos, causantes de la caries y la fetidez de aliento.

Pruebe la nueva LISTERINE

Usted y sus hijos tienen derecho a una dentadura sana.

.....
PUEDE USTED COMER DULCES sin ninguna preocupación por su dentadura, siempre que use (aunque sea horas antes)

.....
Crema Dental LISTERINE con ANTIENZIMICO ACTIFOAM

.....
Su espuma activa, neutraliza la acción enzimica, elimina los ácidos bucales que atacan el esmalte y combate la halitosis.



Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

LA FAMILIA ESPAÑOLA GIRA ALREDEDOR DE SU EJE

LA MADRE PARA TODOS; TODO PARA LA MADRE

SIETE MILLONES DE HOGARES TRADICIONALES GARANTIZAN EL PROGRESO DE LA VIDA NACIONAL

Si estos días, amigo lector, te refieres en cualquier conversación al Día de la Madre, seguramente no faltará quien, después de una pausa significativa, dictamine:

—¡Ah, sí! Eso que han inventado las galerías X, o los almacenes Z, para aumentar sus ventas...

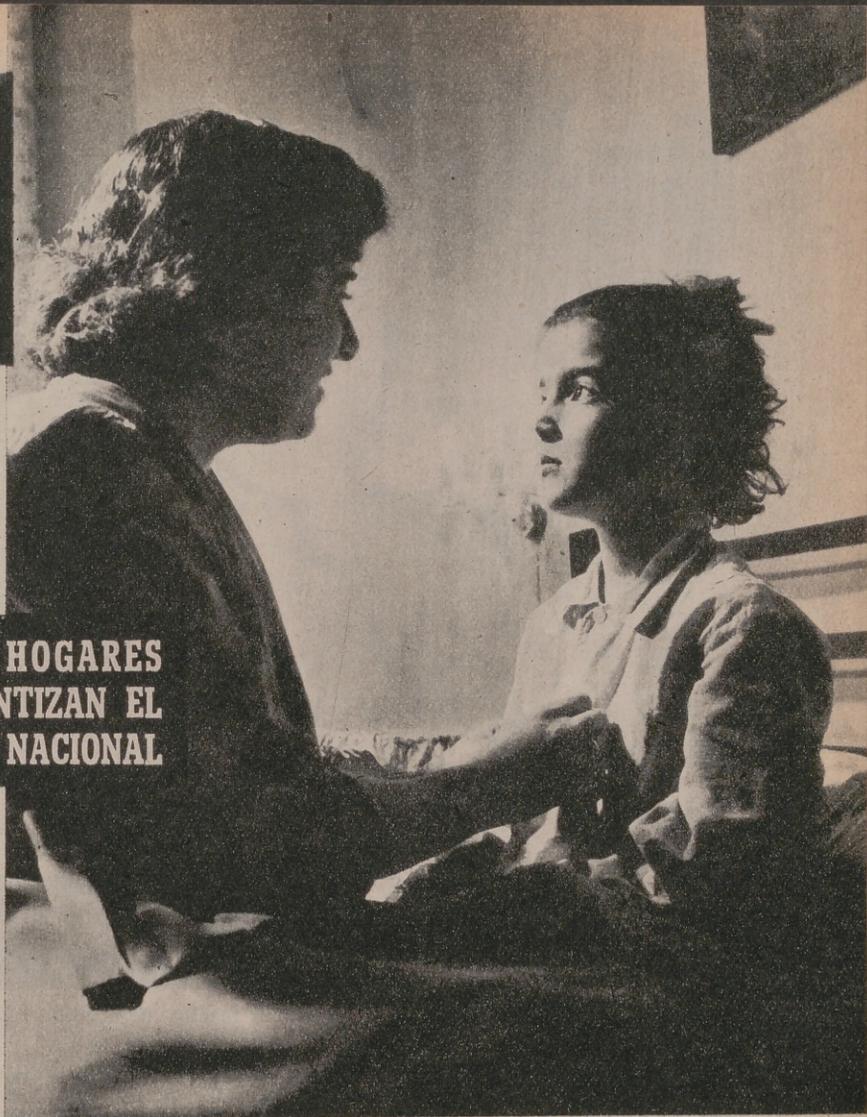
Porque, a veces, por sentar plaza de avisados, o de ingeniosos, interpretamos las cosas erróneamente. Y ocurre, en este caso, que ni el origen de tal dedicación de un día a las madres tiene semejante fundamento mercantil, ni aunque lo tuviera merecerían los comerciantes otra cosa que plácemes por haber encontrado una tan bella manera de estimular al público.

No; no se trata de una incitación más del comercio hacia la práctica de eso que ha definido el popular «slogan» con la acertada expresión de «elegancia social del regalo». No se trata de una astuta maniobra determinada por una especulación material, ni de algo que pueda contabilizarse en las partidas de un balance. Se trata, en principio, de algo mucho más hondo y más importante, puesto que se refiere a uno de los sentimientos más naturales y más nobles que pueda albergar el corazón de un hombre. Decimos «en principio» porque si se admite que «lo cortés no quita lo valiente», no hay razón para negar la valiosa cooperación del comercio a la costia individual de cada hijo y a la colectiva de todos ellos.

Así, pues, para empezar, somos partidarios, sin reserva alguna, de las dos caras del asunto: de la instauración de tal día y de esos simpáticos anuncios, cuya redacción sentimental nos recuerda las distintas emociones que pueden reflejar los ojos de las madres.

EN ESPAÑA Y FUERA DE ELLA

Es posible que a estas alturas algún temperamento malhumor-



rado o escéptico—y peor para él si tal cosa le sucede—ande preguntándose el porqué de fijar un día para obsequiar a las madres, cuando el obsequio principal, el del amor, es una obligación cotidiana de todo buen hijo. O más simplemente, qué viene a pintar esta moda nueva en nuestro tradicional calendario de festividades.

Cierto que amar y honrar a los padres es cosa de todos los días y cierto, también, que este sentimiento ha brillado siempre por su presencia en las familias españolas, sin necesidad de que lo recordara ninguna fecha en con-

creto. Pero no es menos verdad que en estos afortunados años de resurgimiento de todos los valores cristianos y nacionales de España, venía muy a cuento, y muy justificadamente, la iniciativa, lanzada en el año 1942 por el Frente de Juventudes, de señalar el día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción, como día en el que la juventud española—los hijos son siempre jóvenes para los padres—rindiera un homenaje de respeto y amor a las madres.

Muy a cuento, porque, aparte la afección natural del hijo a la madre, es indudable que el nivel





Ya está rota la hucha y surge la primera duda: ¿Habrá bastante para un buen regalo?

de salubridad política y moral de una sociedad humana se deriva del «clima» general que reine en sus familias, y este «clima» lo crean y lo mantienen, sobre todo, por la mayor frecuencia de su estancia en el hogar y por su influencia más directa en la educación de los hijos, las madres. Que por algo el origen de la familia se denomina «matrimonio» y no «patrimonio». Patrimonio se llama, en cambio, la base del desarrollo económico familiar. Y no queremos, con esta observación, ni mucho menos, aminorar o excluir el papel del padre, que ambos tienen, y muy alto, el suyo. Y a ambos consideramos unidos en esta fiesta.

Y muy justificadamente, porque ningún día mejor puede encontrar un católico español, para dedicarlo a las madres, que el día en que la Iglesia celebra la Concepción sin mancha de la Santísima Virgen. Por la significación de la festividad, por el tradicional fervor mariano de las madres españolas y por la, también tradicional, visión de honestidad y limpieza moral que los hijos españoles han tenido siempre de la madre. Concepto tan arraigado en el sentimiento popular que, entre nosotros, la ofensa más intolerable es cualquiera que se haga a la madre y el mejor elogio cualquiera que se centre en su figura. Nuestro folklore está lleno de ejemplos, y corre ahora por ahí, por citar letras de nuestro tiempo, un cuplé que lo resume con acierto. Ese que han popularizado Pepe Pinto, en España; Angelillo, en Sudamérica, y los discos y las radios, por el ancho mundo, y que empieza diciendo: «Toito» te lo consiento menos faltarle a mi «mare»...

Viene, pues, el Día de la Madre a pintar de alegres colores y a poner de relieve—color y relieve

de los regalos, de acuerdo con una época de tinte colorido y de relieve—un sentimiento que por el dulce camino de la madre nos lleva al padre, a la familia a la que pertenecemos, a la religión que profesamos y a la tierra donde hemos nacido.

¿Que antes no se celebraba? Bueno. Hermoso resulta el remedio de tal olvido. ¿Que porque en Francia, Suiza, Alemania, los Estados Unidos, o cualquier otro país, existía ya esta fiesta, fijada el domingo primero del mes de mayo, pudiera parecer moda imitada del extranjero? Inadmisible. O ¿vamos a establecer también fronteras, y dictados de moda, en algo tan humano, tan general, tan según natura, como esto de festejar a las madres?

No, amigo. No valen excusas, ni pueden admitirse sutilezas. Y mucho menos tacañerías en los impulsos generosos. Hay que seguir el ejemplo de tantos niños que, sin pensar ni en fundamentos, ni en explicaciones, sangrarán estos días su hucha o saquearán a su padre para regalar algo a su madre. Lo importante, ya lo sabes, no es el valor del regalo. Es el gesto.

Y mientras piensas cuál puede ser tu regalo, y haces números, hagamos juntos, también, una cuenta: la de las madres españolas.

EL VALOR DE UNAS CIFRAS

Al borde de las cifras, como al borde de las piscinas, lo peor es dudar. A la estadística y al agua hay que echarse de cabeza. Sin vacilaciones. Vamos, pues, amigo, a hacer el censo de las madres españolas, que un poco de demografía, aunque sea tan sin pre-

tensiones como esta en la que vamos a zambullirnos, no solamente no le viene mal al reportaje, sino que le resulta necesaria.

El último censo oficial cifra la población española en 28.117.873 habitantes. Cifra que corresponde al censo de 1950. Por lo tanto, y según los cálculos del Instituto Nacional de Estadística, habría que considerarla aumentada actualmente hasta casi los 29 millones: hasta 28.750.851 habitantes exactamente. Aquella es la cifra que tomamos como base. Ser la última que no se adorna con ese asterisco que advierte la categoría provisional de los cálculos.

De estos 28.117.873 habitantes, son mujeres 14.611.078. De ellas resultan entre casadas y viudas 6.810.288. Casi, por lo tanto, siete millones de madres españolas. Suma que aceptamos por la tendencia general a redondear las cifras—salvo, naturalmente, si se trata de pagar.

Estos millones de madres suponen un censo sentimental—alegrías y dolores, lágrimas y sonrisas—que arrojaría cifras mucho más impresionantes. Pero ¿quién puede pensar los sentimientos?

UN RESUMEN DESDE EL EXTERIOR Y LA SORPRESA Y LA RAZÓN DE LA PACIENCIA

Quizá—y por ello lo de aquí a quien los árboles no le dejan ver el bosque—la mejor manera de llegar a conocernos bien sea tomar un ángulo de contemplación exterior a nosotros mismos. Sobre todo si perseguimos una visión desapasionada, un cuadro de nuestras virtudes y nuestros defectos. Por lo tanto, a la hora de trazar los rasgos generales de la mujer española como madre y como esposa nos ha parecido interesante pulsar la impresión que de ellas tengan las madres extranjeras. Aunque no



Todo es cuestión de mirar muchos escaparates. ¿A qué no se espera mamá lo que le he comprado?

se nos oculta que, pese a las grandes facilidades actuales para el mutuo conocimiento de los pueblos, sigue siendo peligroso, como decía Jardiel Poncela, «asomarse al exterior». Pero tomemos las cosas con calma, que no vienen tan torcidas. Y vamos al asunto, dejando de lado, lógicamente, todas aquellas virtudes comunes a las madres y esposas, dignas de este nombre en cualquier lugar del mundo civilizado, porque no entra en nuestro propósito emprender el canto, ya conocido, del amor y el sacrificio, de la ternura y la fidelidad, inherentes a la doble condición de la mujer casada y madre.

casas relaciones de compañerismo respetuoso, desde luego, de amistad y mutua comprensión entre los padres y los hijos.

Por último, y el detalle merece destacarse en punto y aparte, todas ellas destacarán con admirada sorpresa, como nota absolutamente favorable, la increíble paciencia de la madre española. Sobre todo, sus horas abnegadas a la cabecera de la cama de un hijo enfermo, a cuya curación se

atiende, siempre que no resulta absolutamente imposible, en la propia casa, sin recurrir al cómodo expediente de un sanatorio.

Y una de ellas, protestante por más señas, después de advertirme que, según las leyes de su país, el internamiento en un sanatorio es obligatorio en muchas enfermedades infantiles, encuentra una explicación a esta maravillosa paciencia de las madres españolas:

—Yo creo que esa inmensa paciencia la sacan de la religión.

Se refiere, naturalmente, a la religión católica. Esto no necesi-

Si preguntáis a extranjera —pongamos por caso a una alemana, a una norteamericana, a una suiza o a una francesa, pues con ellas hemos hablado de la materia—cómo «ve» a las madres españolas, qué diferencias o detalles distintivos y peculiares encuentra en ellas, obtendréis, aproximadamente, este resumen:

Que por los buenos oficios de la servidumbre—que por lo general no existe en sus países originarios o es sólo un privilegio al alcance de contadas fortunas—la madre española «se pierde» mucho tiempo de contacto con sus hijos en los primeros meses y aun en los primeros años de éstos; que por costumbre o por defecto de formación atienden más a la estética del niño que a las exigencias de la higiene, y os pondrán en seguida el ejemplo de las fajas apretadas, de los largos faldones, de los excesivos sobos y besuqueos de los familiares a los bebés; que una educación excesivamente blanda suele convertir a los pequeños en rezuelos llorones del hogar, y emparejarán esta observación con otras dos que rematan la serie: la superior importancia concedida al hijo, que «desplaza», en cierta medida, al marido y las es-



ta para ninguno de nosotros comentario.

Muy certera nos parece la observación, porque, a fuer de creyentes, conocemos cuánta fuerza extrae el ánimo de la fe y porque el mero instinto maternal, que es patrimonio de todas las mujeres, seguramente no podría explicar estos episodios de amor sin medida, sin tasa, de las madres que rezan avemarias en castellano.

De todo lo otro: de la lista anterior, del resumen de «defectos» notados y anotados desde el exterior, ¿qué hay de cierto? Y si hay algo, ¿en qué medida?

Vaya como anticipación de la respuesta a estas dos preguntas una advertencia general, en la que posiblemente ya anden pensando los lectores. Es ésta: muchos extranjeros siguen juzgando las cosas y costumbres de España por los cuadros y las estampas, más o menos exageradas, que trazaron los Dumas, los Gautier y otros escritores viajeros y viajeros escritores que nos visitaron hace, poco más o menos, un siglo.

Por otra parte, su mirada se queda en lo superficial, si es que sus hábitos y modos de vivir—de los que no poco tendríamos que hablar—no son precisamente los que les impiden ver la entraña más honda y más sólida de los nuestros.

TRADICION Y PROGRESO

Hubo época en que, olvidadas las sanas costumbres que siempre caracterizaron a la vida familiar española, se abandonó a los niños, especialmente en las que se llamaban pomposamente clases acomodadas, a los cuidados de la servidumbre y en los que una moda de extraña índole les conducía a brazos ajenos en edades tempranas: la moda de las amas de cría.

Pero hace tiempo, al menos calculando como simple observador, que las amas de cría han desaparecido. Y cuando la madre no puede amamantar al bebé, los biberones de Eledón, Pelargon, etcétera, resuelven la lactancia. ¡Ah! Un dato importante: muy



raro será el padre de estos tiempos que, en tal circunstancia, no haya preparado y administrado a su descendiente docenas y aun cientos de biberones. Y otro: en España la gran mayoría de las madres crían al pecho a sus hijos, como defendía fray Luis en «La perfecta casada» y como aconsejan los médicos.

Por otro lado, marcando la servidumbre doméstica, por mor del avance de los tiempos y otras cosas, una tendencia descendente, y no siendo tampoco fruto de nuestra hora la excesiva afición al internado, apenas tiene nada que ver con nuestra situación familiar actual la primera «característica diferencial» que nos señalaron las señoras extranjeras. Y más aún habiendo pasado a mejor vida aquellos otros «apoyos» del ama de casa que fueron: las modistas a domicilio, las asistentas, las planchadoras y demás combatientes de alquiler por horas para la batalla del jabón, la cera, la tijera y la aguja. Con razón, ante los ojos de los

maridos, son hoy sus mujeres más activas, más trabajadoras y más eficientes que lo fueron nunca.

Sobre el punto de la higiene del bebé—parte de la formación prematrimonial de la que hablamos más adelante—basta apuntar que ahora muy pocas mujeres españolas, cualquiera que sea su clase, dejan de ser atendidas conforme a las más modernas prescripciones de los higienistas. Y que en las clínicas de maternidad y en los sanatorios—particulares o del Seguro—la madre recibe siempre instrucciones de un puericultor. El resto de este apartado y todo el siguiente, el relativo a la educación, más o menos blanda, de los hijos son tan completamente subjetivos, tan particulares, que ¿cómo podríamos analizarlos aquí? Sin contar que el temperamento mediterráneo siempre será más flexible que el sajón y más cálido a las dos horas: a la de la reprimenda y a la de las caricias.

Quedan, por último, dos obser-

RESULTADO DEL GRAN CONCURSO ELLERY QUEEN

SOLUCION AL CRUCIGRAMA

HORIZONTALES: 1. T-MA-M. 2. COLOMBIA. 3. ANULARÁS. 4. CINERAMA. 5. OCAMIR. 6. ORATES.

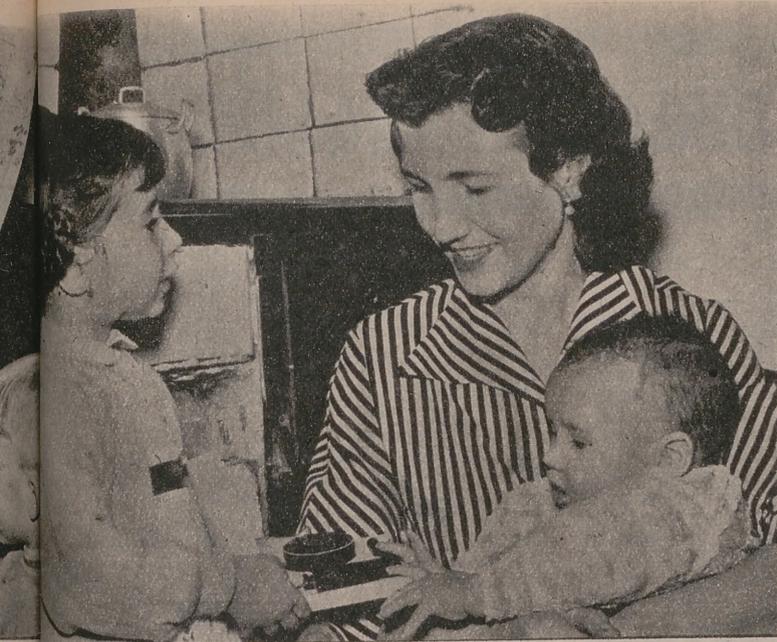
VERTICALES: 1. CACO. 2. TONICO. 3. LUNAR. 4. MOLE-A. 5. AMAR-T. 6. BRAME. 7. MIAMIS. 8. ASAR.

Habiendo sido numerosas las soluciones acertadas recibidas, se procedió a la adjudicación de premios mediante sorteo, siendo los siguientes los agraciados:

1.º Doña Pilar Navarro, Conde de Peñaiver, 30, MADRID. 2.º María Jesús Arazola, Mil del Cid, 29, SEVILLA. 3.º Montserrat Fath, Carmen, 3, BARCELONA.

Los veinte restantes premios a los siguientes concursantes:

Don Armando Grande Roca, Matemático Pedrayes, 19, 4.º, OVIEDO; doña Teresa Guasch, Avenida José Antonio, 694, pral., BARCELONA; don José Hernández López, Alfarrerías, 421, ALMERIA; don Alberto Corominas Sobías, Rda. S. Pablo, 55, 4.º, 4.º, BARCELONA; don Miguel del Páramo, Comandancia de Marina, LAS PALMAS; don Basilio Valbuena Merino, Avenida Reina Victoria, 44, MADRID; don Casimiro Mathias, Lope de Vega, 7, MADRID; don José María Astrain, Aránzazu, 5, SAN SEBASTIAN; don Saturnino López Pando, San Roque, 8, segundo izq., GUADALAJARA; doña Angeles Pascual, Bonaplata, 4, BARCELONA; don Antonio Montez, Mola, 11, MONZON (Huesca); don Jaime Aguiló, Gral. Yagüe, 5, LERIDA; doña Susana Vera Guillamo, San Cirilo, 2, BARCELONA; don Eduardo Cabré, Buen Pastor, 3, BARCELONA; doña Encarnación Avalos, Carril del Picón, «Villa Nuestra Señora del Pilar», GRANADA; don José Tur Ferrán, Zurita, 34, 3.º izq., MADRID; don J. Ignacio S. de Cabezón, Avenida Generalísimo Franco, 480, BARCELONA; doña Carmen de Sostoa, Alcántara 6, MADRID; doña Lola Guerrero Aguila, Capitán Moreno, 12, ANTEQUERA; don Federico Acosta Larios, Villa-Jovita, c/L número 27, CEUTA.



vaciones de gran trascendencia: aquello del mayor afecto hacia el hijo y aquello otro de las relaciones entre los hijos y los padres.

Pero esto merece párrafo aparte, porque sobre su comentario puede perfilarse la estampa de la buena familia española de nuestro tiempo, entroncada con las que fueron siempre virtudes tradicionales del hogar español.

BARRERAS FRANQUEADAS. ASPECTOS LOALES DEL CINE, LAS MOTOS Y EL FUTBOL

En estos dos aspectos, en el matrimonial y el paternofamiliar manteniéndose la tradicional y sacramental unión de nuestros matrimonios, conservándose las mejores esencias del amor mutuo de padres e hijos, han caído muchas barreras que dificultaban la más completa fusión familiar. La mujer, la madre, sale hoy con mucha frecuencia con el marido y comparte también a menudo sus trabajos. Está «al día» en muchas cosas, ha roto la limitación de «sus labores» y es a la par esposa y compañera. El padre, pese a la multiplicación de ocupaciones y a la escasez de viviendas, es ahora más hogareño que nunca. Y los hijos encuentran más próximos a sus problemas, más juveniles, más accesibles a los padres.

En esta beneficiosa evolución han debido influir favorablemente tres cosas que citamos como síntomas, como puntos de referencia del cambio: el cine, los coches y las motos y el fútbol. El cine y el fútbol, como espectáculos apropiados para toda la familia. Ahí está el cuadro de cualquier domingo con los patios de butacas y los graderios de los estadios salpicados de grupos que coinciden en los apellidos, aunque sean opuestos en los equipos o los actores preferidos. Los coches y las motos—incluso las pequeñas, las populares «scoters»—porque permiten con la mayor facilidad el desplazamiento con-

junto en las excursiones, en las visitas a la sierra próxima o las escapadas al campo.

UNA NUEVA ASIGNATURA: FORMACION PRE-MATRIMONIAL

Hay un aspecto que resulta decisivo en la mejor condición de la mujer española actual para las tareas que lleva aparejadas su doble futuro de esposa y de madre: la enseñanza adecuada, la formación oportuna, puesto que para nada, y menos para tan difícil y noble dedicación, nadie nace sabiendo. La Sección Femenina está realizando la más hermosa labor de formación prematrimonial, podríamos decir, de que haya memoria en España. A su cargo corre el servicio social femenino, declarado obligatorio en 1937, y regulado nuevamente en 1940, estableciendo seis meses de prestación, que se dividen en dos fases: una formativa—en el triple aspecto moral, doméstico y social—y otra de práctica en centros y servicios benéficosociales. Las muchachas españolas—y conste que en muchos países del extranjero esta enseñanza es también obligatoria—aprenden todo aquello que puede ser útil y debe ser conocido por una madre: desde puericultura e higiene a cocina, corte y confección, lavado y planchado, economía doméstica y medicina casera...

Y por su empeño, que merece por lo menos el breve homenaje de estas líneas, al tratar del Día de la Madre, estas disciplinas, bajo la denominación de «enseñanzas del hogar», se han incorporado al bachillerato como asignaturas obligatorias.

Lula de Lara, la simpática y activa Regidora Central de Prensa y Propaganda de la Sección Femenina, resume con castiza expresión:

—Hoy nadie busca para casarse a una «tonta».

Y efectivamente han pasado los tiempos de aquellas señoritas



La alegría de la madre es la mayor satisfacción que pueden proporcionarle sus hijos



La madre no es sólo sustento, también enseñanza, guía y consuelo

cursis y buenas que sólo aportaban al matrimonio su bondad, sus buenos modales y su decencia. Hoy las madres españolas, las que recibirán nuestros regalos el 8 de diciembre, suman a sus cualidades de siempre una preparación «para el cargo» mejor que la que tuvieron nunca. Saben, para satisfacción de los padres, no sólo tener hijos, sino también criarlos. Y criarlos bien.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ANDRES SANCHEZ
RODRIGUEZ

DECIA Unamuno con su ribete de herejía que el alma se la va haciendo el hombre al compás de su crecimiento, como va penetrando el idioma en los intersticios de su memoria personal, hasta que a la postre puede presentarse ante Dios con su alma bien amasada a la manera de un viejo pan de trigo y confesar sus culpas y sus esperanzas con un lenguaje cabal, sensible, plástico, correcto y ultraperfecto. Unamuno era un filólogo que descubría a Dios en la raíz de la palabra entusiasmo, pero que se creía heterodoxamente Dios de sí mismo, o que le conducía sólo consigo. Me refiero a Unamuno porque usted es catedrático de la Universidad de Salamanca, donde don Miguel fué su rector o se hizo su rector con renunciaciones y atrevimientos, con cierto ascetismo y con excesiva demagogia propagandística. Todos los que hemos pasado por Salamanca nos queda algo de charlataneria ergotística, de prurito parlante, que a veces llega al monólogo, al soliloquio. Don Miguel de Unamuno hablaba delante de su coro en la Universidad, en el casino, en el café Novelty, en la plaza Mayor, en la carretera de Zamora; pero hablaba solo o escribía como si hablase solo, si no había nadie en su presencia. Recuerda el escritor egipcio Taha Hussein que las mujeres de su país cuando no están acompañadas o cantan o se lamentan, pero jamás permanecen en silencio. pues quizá la actitud silenciosa sea la postura de la muerte, hasta el día de la resurrección más que de nuestra carne, dé nuestras voces.

Se ha discutido entre los glosadores de los filósofos si basta la razón y sobran las palabras como vehículo de conocimiento, ya que en la tesis adversa no sólo los sueños de la razón producen monstruos, sino que la propia razón tiende irrazonablemente al desvarío, mientras que la sabiduría ancestral, en última instancia la revelación divina, se transmite por la boca y se recoge por los oídos. Yo no entro en la polémica que opone desde el empirismo al tradicionalismo sensorial con un idealismo a priori que puede ser platónico, haberse cristianizado o hasta volver a exigir reverencia o pleitesía a los intelectuales. Yo estoy al lado de la Santa Madre Iglesia y de su doctrina perenne; pero soy un hombre que tiene su biografía y que no se avergüenza de presentarla de vez en cuando a los lectores; en segundo lugar, porque así se establece la solidaridad humana de interesarnos por el prójimo, y en primerísimo lugar, porque esta es la comunidad cristiana y entre los cristianos. A medida que el tiempo nos pule, del mismo modo que se erosiona un terreno, vamos perdiendo singularidad y se nos va apagando el carácter, aunque nuestra alma consiga un temple y una resignación que antes no tenía. Hemos de reprimirnos, contenernos, amoldarnos, convivir y pactar con tanta gente que el impulso primigenio, el muelle central de la persona, se afloja y se vuelve suave. Al final no todos somos calvos, pero sí todos somos cortesés, y un poco exangües y deshuesados, cuando ya en el mortero se han molido las más finas aristas. Al final acabamos como si nos fabricasen en serie, al menos en cuanto a comportamiento y modales porque el alma es cosa diamantina y tiene que comparecer ante el juicio de Dios.

Esta trituración de nuestros rasgos psicológicos en cuanto son bravos y picudos, se ofrece

más traumáticamente en nuestros sentidos, los que con el desgaste temporal nos colocan en situaciones dramáticas, de las que nos sacan ustedes. Aunque cada jornada el ser religioso deba prescindir de muchas apetencias y reducirse cada vez más a lo imprescindible; sin embargo, la vista y la audición son menester a su existencia, aun cuando existan sordos y ciegos hasta de nacimiento. El tacto, el olfato y el gusto, salvo anomalías patológicas, son los últimos reductos de la personalidad sensorial; pero también decaen y se embotan, sin que a los médicos dedicados a la geriatría les sea posible remediar en gran parte tales degeneraciones. La principalísima facultad, que si nos falta nos amengua sobremanera, es la voz. La voz solemne y sibilina de los oráculos, la voz íntima de la confianza, la voz que nos enseñó como instrumento del vocabulario, nuestra madre. No hay amor expresado plenamente, ni miseria compartida mediante la caridad, ni voz de mando y de gobierno, sin la voz que se forma con el soplo respiratorio en nuestra laringe. Un mundo en que o nos entenderíamos por señas y por señales (desde la escritura a la intervención de la ingeniería) sería un mundo inhumano, un mundo para los «robots» y los cerebros electrónicos. Yo prefiero el mundo pequeño de la plazuela, de la ágora mediterránea, a pesar del sofista y de la vendedora que vocea, o el mundo del megáfono, del micrófono, del altavoz eléctrico, que en una civilización tecnológica amplifica nuestras posibilidades fonéticas y acústicas, haciéndonos suponer que somos casi como semidioses. Escribí esta primavera una carta a don Tomás Barraquer en agradecimiento a su curación de úlcera en la córnea de estos ojos que han visto y se han cansado tanto; como dirijo esta misiva a usted, don Andrés Sánchez Rodríguez, por la gratitud de haberme devuelto la voz, hundido como me hallaba en la pesadumbre moral de la distonía.

La Medicina está en crisis, porque los médicos no se resignan a la socialización de su oficio, que era una ciencia y una técnica liberales, donde cada cual escogía a su médico de cabecera, al médico de familia, parte integrante de la misma familia, y porque los fármacos se suceden con rapidez vertiginosa, como si fuesen una especie de «robots» de la terapéutica, eliminando al ojo clínico, a la pericia del médico, a la experiencia del hombre. Ante las sulfamidas, los antibióticos y los aminoácidos, ya apenas podrán los médicos de mañana contar sus vidas y sus triunfos contra la enfermedad y el dolor. Nos restan sólo los cirujanos o aquellos que operan y manipulan con destreza, los que son hombres que ayudan a otros hombres, los que se han perfeccionado y ofrecen esta perfección al público. Tenemos que alegrarnos de que la Medicina se socialice y de que un económicamente débil disponga de las mismas dosis de medicamentos y de hospitalización higiénica que el multimillonario. Tenemos que presumir y enorgullecernos de que en la lucha contra los morbos hayan triunfado los laboratorios y los investigadores, fortaleciendo y aupando la curva demográfica de los pueblos. Pero cuando me encuentro a un médico como usted, que es un hombre, entonces mi satisfacción es más grande que mi egoísmo. Mi voz recuperada importa ya muy poco, lo que importa es que usted siga esparciendo humanidad religiosa.

LA IMPOSIBLE COEXISTENCIA

EN sus recientes declaraciones a la International News Service, el Jefe del Estado español ha vuelto a prevenir al mundo occidental contra el peligro que encierra la actual táctica comunista de «coexistencia».

Realmente un examen, por somero que sea, de los fines que motivan la política soviética y de las circunstancias internacionales en que tal política se desenvuelve, no permite abrir un crédito de confianza a la nueva postura rusa. Su propósito de dominación mundial, por medio del comunismo, no ha sufrido alteración en el transcurso de los treinta y cinco años de vida que cuenta el régimen rojo. Y después de las «expansiones» logradas en la última guerra, no parece lógico pensar que Rusia considere llegada la hora de rectificar sus objetivos. La táctica de «coexistencia» obedece, en el fondo, a una consideración pragmática, a una conveniencia oportunista, que las palabras del Generalísimo Franco han expuesto con rotunda claridad:

«Hoy necesitan los soviets tiempo y espacio para digerir y asimilar cuanto han devorado, poner a punto su máquina bélica y dar satisfacción a la crisis de su política interna», motivada por el fracaso de treinta y cinco años de terrorismo policíaco.»

Por otra parte, una situación de «coexistencia» entre dos sistemas, o concepciones, políticos, requiere, naturalmente, alguna materia común —analogía en la inspiración, paridad en los medios ejecutivos, similitud en el resultado perseguido— sobre la que pueda apoyarse, con probabilidades de éxito, la existencia conjunta y pacífica de ambos. Y entre el sistema soviético y los sistemas de gobierno occidentales, no se encuentra, por lado alguno, esta materia común que sirva de base a la tal «coexistencia». Ni en la concepción de la economía —que el comunismo no admite la libre competencia, ni la iniciativa privada, ni la libertad de trabajo, ni la empresa privada— ni en el concepto de la sociedad —anulada, en el régimen comunista, por la total y absoluta preponderancia del

Estado— ni en la consideración que merezca el ciudadano —simple partícula material, fácilmente eliminable, en el seno del partido comunista— ni en el entendimiento último de la gestión política, que el comunismo encamina, con olvido del derecho a la perfección progresiva de las sociedades humanas, al engrandecimiento territorial y la total prepotencia de una dictadura universal.

Con una tan completa oposición en los principios y los fines, con una tan radical disparidad en el concepto de los valores que sustentan nuestra civilización, ¿en dónde apoyar la «coexistencia» de la que simulan mostrarse partidarios los soviets en estas horas? ¿Cuál puede, o podría ser el fundamento que justificara una posición de confianza hacia Rusia en el mundo de Occidente? No se adivina, y menos después de meditar sobre la razón táctica de oportunismo que mueve al comunismo, ninguna respuesta satisfactoria. Sería necesario, ante todo, que se produjera un cambio en los hechos, no solamente en las palabras. Y por ello, el Jefe del Estado, culmina sus declaraciones, recomendando al mundo civilizado: «Una actitud de desconfianza, exigiendo la abstención de los agentes soviéticos en la acción disolvente y revolucionaria sobre la política interna de los otros pueblos y con demostraciones palpables de esa buena voluntad de coexistencia, firma de tratados de paz; y devolución a los pueblos de la soberanía que contra todo derecho retiene. Cualquier otra conducta sería hacerle el juego a la U. R. S. S. y resultaría fatal para el Occidente.»

Desde estas mismas columnas se ha calificado toda política de escala mundial, con los distintivos de la claridad, de la transparencia, de la difinición. Las afirmaciones del Generalísimo han tenido siempre, al tratar el problema de las relaciones del Occidente y el comunismo, la claridad y la consecuencia necesarias para que en ellas pueda encontrarse una norma política con verdadera proyección internacional.

EL ESPAÑOL

VERDAD Y BIEN COMUN

ENTRE los conceptos sometidos a revisión y estudio durante los últimos tiempos, vienen ocupando un lugar preferente cuantos afectan a la naturaleza, fines y normas del periodismo como profesión, de la «información» como actividad humana, estrechamente relacionada con el proceso político, social, económico, moral y espiritual de los pueblos.

Afortunadamente los españoles disponemos ya de los fundamentos doctrinales de carácter genérico y de un planteamiento concreto, cuya congruencia y fertilidad son innegables.

Hace ya años que el periodismo español se desprendió de las arcaicas y utópicas gangas liberales. En la conciencia profesional se halla sólidamente establecida ya la idea de que la función del periódico, de la «información», es una función sustancialmente social. Pero era necesario construir todo un cuerpo de doctrina, a cuya luz fuera posible establecer, en cada circunstancia y en cada momento, qué es lo prudente y correcto y qué es lo improcedente. Si para toda decisión humana es preciso contar previamente con un conjunto de criterios y normas, que nos sirvan de guía y orientación en el ejercicio de las actividades informativas, dada la naturaleza de la materia sobre la que actúan y la trascendencia, para el bien o para el mal, que la «información» tiene dentro de la

sociedad, esa necesidad se acusará siempre con la intensidad máxima.

Está en el ánimo de todos que el discurso pronunciado por el Ministro de Información ante los miembros del I Consejo Nacional de Prensa, celebrado en Alicante ahora hace un año, representó, no sólo el paso inicial, sino un avance decisivo en la formulación y esclarecimiento de esta normativa, de este «corpus doctrinae». Quedaron en él no solamente desmontadas las bases equivocadas de la concepción liberal, sino firmemente establecidos los cimientos y las líneas maestras sobre que debe descansar el sistema doctrinal y jurídico que regule la «información».

La consecuencia intrínseca de aquellas bases ha quedado, una vez más, patente en las palabras que el señor Arias Salgado pronunció en el Club de Prensa, de Madrid, al entregar los títulos de periodistas de honor a nuestros queridos compañeros señores Galinsoga, Borrás y Verdugo Landi.

«El periodismo —dijo— es una profesión cuya esencia consiste en el servicio al bien común, con arreglo a las más elevadas normas intelectuales y morales.» Dentro de estas normas, el Ministro sitúa, como la primera obligación del periodista, «la lealtad a la verdad». Verdad y bien común servidos conforme a las más al-

tas y depuradas normas de orden intelectual y moral: he aquí una definición completa del contenido, de la naturaleza y de la finalidad primordial de la «información», que no puede jamás olvidar estas primarias y permanentes exigencias, sin quedar automáticamente desnaturalizada y resultar lesiva del «derecho que los hombres tienen a conocer la verdad». Con un acierto innegable, el Ministro deduce la conclusión inmediata e insoslayable que de este derecho dimana: «Porque los hombres tienen pleno derecho a alcanzar la verdad, la información es digna de protección jurídica, merece el respeto y la ayuda de la sociedad, justifica una profesión que puede ejercerse con honor y es el justo título de un servicio, que ocupa un lugar de excepcional importancia, alcance y poder.» Un razonamiento en el que, por su densidad, es necesario detener la atención. Están en él formuladas una serie de cuestiones de capital interés tales como la «protección y regulación jurídica de la información» en orden precisamente a su mayor eficacia y auténtica libertad; deberes de la sociedad para con los instrumentos informativos y los profesionales que en ellos trabajan; encuadramiento legal e institucional

de la «información» por su alcance, por su poder y por su específica categoría dentro de los otros servicios públicos.

Esta simple enumeración none de manifiesto, con fuerza incontrastable, cómo entre los criterios informativos han de considerarse básicos el que «la información es una institución social» y que las verdades, que por ella han de ser difundidas, son, «no las que remuevan y apasionen al lector ignorante», pues el derecho a la verdad que los lectores poseen implica, en primer lugar, el derecho «a que no se le desvie, a que no se les perturbe, a que no se les agite para el mal, a que no se les deformen», sino que han de ser las «verdades de interés de la sociedad».

Estamos, pues, ante unas perspectivas realmente superadoras y que hasta hoy nunca fueron señaladas con la profundidad, amplitud y claridad suficientes.

De ellas y de otros extremos fijados por el señor Arias Salgado creemos conveniente ocuparnos en el número próximo.

EL ESPAÑOL

MAÑANA SERA OTRO DIA

VALOR SOCIAL DE LA LITERATURA ROSA

NO se da uno cuenta de lo importante que es la novela rosa, o cierta novela rosa, hasta no haber leído varias veces aquel delicioso capítulo de Chesterton sobre los elegantes y la novela elegante.

G. K. parte de la observación de Disraeli según la cual la lisonja se distingue de la alabanza no por cuestión de cantidad o de medida en el elogio, sino por una cuestión de calidad: la lisonja alaba en las personas precisamente las cualidades que no poseen. Decir que la cabeza de la jirafa roza las estrellas no es lisonja: lo es alabar a la jirafa por la belleza de sus plumas o a la ballena por la gracia de sus piernas.

Pues la novela rosa (que no siempre tiene forma de novela: Chesterton menciona como ejemplo el «suplemento para familias» de un diario inglés, quizá sea sana y discreta cuando no lisonjea. «El sueño esencial de la aristocracia es la magnificencia y el valor, y si el «Family Herald Supplement» exagera algunas veces estas cualidades en

sus aristócratas, a lo menos no se aparta de ellas...»

Pero sobre esta vieja literatura del snobismo se ha alzado una nueva literatura que presenta a los elegantes distinguiéndolos no sólo por sus trajes elegantes, sino por sus dichos elegantes. «No hay nada mezquino y adulator en la literatura que da a todos sus marqueses dos metros de estatura: es snobismo, pero no es servilismo... Mientras que al atribuir a las clases altas un grado especial y sorprendente de intelecto y de fuerza de conversación y de controversia, les atribuimos algo que no es esencialmente virtud en ellas, que ni siquiera tienen esencialmente como fin.» Como es el caso de la jirafa y el de la ballena.

Leyendo esa clase de literatura «podemos aprender lo que la idea de la aristocracia es capaz de hacer en personas sin talento. Y cuando aprendamos eso habremos aprendido la historia inglesa».

Para nuestra española novela rosa, los jóvenes alcornosos y

acaudalados se caracterizan no sólo por su brillante desarrollo físico y la excelente calidad de sus prendas indumentarias (la cual puede ser verdad), sino por su inclinación a contraer matrimonio con mecanógrafas pobres, honestas y devotas.

Para nuestros escritores rosa las clases económicamente fuertes de la sociedad se distinguen no sólo por su buena disposición para las empresas lucrativas y por su espíritu conservador, sino por su acendrada religiosidad, por su exaltado patriotismo, por su honradez intachable, por su abnegación y por sus talentos para la política internacional, nacional y municipal.

Mientras prospera la literatura rosa, mientras el lector lee con gusto y credulidad todo eso, una sociedad injusta puede ser una sociedad sólida. Chesterton lo dice así: «El carácter oligárquico de la moderna Confederación inglesa no descansa, como en muchas oligarquías, en la crueldad del rico hacia el pobre. Ni menos aun descansa en la buena voluntad del rico para con el pobre. Descansa en la perenne e infalible buena voluntad del pobre para con el rico.»

Ahora bien, en España esa credulidad del lector y esa buena voluntad del pobre se perdieron hace tiempo, excepto en los nada numerosos reductos sociales de lo cursi. Quizá como purgación por haber atribuido a las clases altas virtudes que en modo alguno poseían, ahora tal vez se les atribuyen más vicios aún de los que poseen. Y usted, a quien me obstino en creer hombre de talento y de grandes disposiciones personales, sigue en camino de perderlo y de perderlas, porque se obstina en ignorar, entre otras cosas, éstas que aquí quedan apuntadas.

Luis PONCE DE LEON

TRES POEMAS DE GALICIA

(«PLEGARIA A NUESTRO SEÑOR SANTIAGO», «ROMERO» y «LA ANUNCIACION HECHA GALICIA».)

Por Luz Pozo Garza.

En el número 34 de

POESIA ESPAÑOLA

EL "DOCUMENTO VERDE" REPROBADO POR LA JERARQUIA



**"LOS
SACERDOTES OBREROS
NO REPRESENTAN
A LA IGLESIA"**

ULTIMO LLAMAMIENTO DEL CARDENAL FELTIN A LOS INSUMISOS

FOTOGRAFIA A TODA
PLANA

FOTOGRAFIA a toda plana en una popular revista gráfica de París. En primer término, diez hombres, de treinta a cuarenta años. Casi todos, se hallan de pie junto a un féretro con aire de profunda tristeza y un matiz común de preocupado recogimiento en sus actitudes. Su vario atuendo—unos, de gabardina; otros, con chaqueta de cuero—coincide también en darles un aspecto de obreros especializados en traje de domingo. Pero el pie de la foto aclara algo más. «Estos obreros—dice—, que rezan por uno de los suyos, son sacerdotes.» Quien yace en el ataúd, víctima de un accidente motorista, es el abate Henri Perrin, a quien se debe precisamente la poco feliz iniciativa de popularizar la expresión «sacerdote obrero», al titular así un libro aparecido en 1945: «Yo he sido sacerdote obrero en Alemania».

Desde los primeros días de marzo del corriente año parecía que no habrían de volverse a oír ni leer juntas estas dos palabras, como no fuera para recordar una experiencia liquidada a tiempo

por las autoridades eclesiásticas, dispuestas a sustituirla por otros métodos de apostolado que mantuvieran íntegra la personalidad sacerdotal de quienes llevaran la palabra y el ejemplo de Cristo a fábricas y talleres. Mientras tanto, un silencio casi absoluto envolvía en realidad la actuación de quienes, eludiendo la decisión de la jerarquía, permanecían en sus puestos de trabajo en una actitud de franca desobediencia, a la vez que la Iglesia esperaba pacientemente de ellos la vuelta al buen camino marcado por las directrices de la Santa Sede y el Episcopado de su país.

Pero, precisamente por las mismas fechas—primera decena de noviembre—en que la foto en cuestión aireaba la permanencia de los insumisos en su actitud, eran ellos mismos quienes rompían el silencio lanzando al público un libro de documentos con el escueto título «Los sacerdotes obreros». La Prensa parisina, los corresponsales extranjeros y las agencias informativas se apresuraron a dar la noticia y a comentarla según el respectivo matiz. Mientras el periódico oficioso del catolicismo francés calificaba el libro de «poco interesante e in-



Monseñor Feltrin, arzobispo de París, quien ha lanzado un llamamiento a los insumisos sacerdotes obreros

oportuno» y reprobaba su publicación en frases copiadas después por otros diarios, algunos de éstos destacaban la novedad del llamado «Documento verde»—único inédito, en realidad, hasta la fecha—, e insertaban los párrafos de mayor intención polémica y menos irrespetuosos para con las decisiones de la jerarquía. Parece

como si, en determinados sectores, hubiese cierta íntima satisfacción por la resurrección de un tema que apasionó tanto en Francia y fuera de Francia nueve meses atrás.

Pero, en realidad—adelantemos—, el caso de los «sacerdotes obreros» que han permanecido en sus puestos sin someterse a las decisiones de la Iglesia no puede en modo alguno suscitarse como problema actual. La Santa Sede dictó sus órdenes a tiempo: la jerarquía eclesiástica de Francia secundó las directrices de Roma, afirmando una y otra vez que la Iglesia no abandona el apostolado entre las masas obreras, sino que únicamente desautoriza la experiencia de un método determinado; quienes insistieran en su actitud después del primero de marzo se colocaban en franca desobediencia. El problema, pues, como tal, quedó zanjado hace nueve meses.

Resulta, por tanto, absolutamente inútil el esgrimir cualquier clase de documentos—ínéditos o no—anteriores a la decisión de la Iglesia. Por muy importantes que los juzguen sus recopiladores en un «slogan» publicitario inserto en la contraportada y suficiente ya por sí mismo para juzgar la improcedencia del libro.

El cual, por otra parte, no aporta novedad alguna que pueda ser favorable a sus autores. Más aun; muchas de sus páginas se convierten, sin pretenderlo, en un fuerte argumento contra ellos, y resultan el mejor refrendo del acierto en la postura de la jerarquía. La

primera de las tres partes en que está dividido presenta, con manifiesta parcialidad, «la película de los acontecimientos de una década», que comienza en marzo de 1943 con la presentación al cardenal Suhard, arzobispo de París, del libro escrito por los abates Daniel y Godin, titulado «Francia, ¿país de Misión?».

EL INFORME DEL CARDENAL SUHARD

Un detalle de cierta importancia aparece a lo largo de la sucesión cronológica de estos hechos que patentiza la contradicción manifiesta de los autores del libro cuando juzgan precipitada la decisión de la Santa Sede. Bajo la fecha «20 de junio de 1945», escriben: «Por vez primera, la Santa Sede expresa al cardenal Suhard las graves inquietudes que le inspiran los sacerdotes obreros.» Y líneas más adelante recuerdan que el propio cardenal enviaba a Roma, en febrero de 1947, un informe contestando a varias preguntas hechas por la Congregación del Santo Oficio, que se interesaba por el horario de vida de tales sacerdotes, su dedicación a los ejercicios religiosos, posibles ventajas de este género de apostolado, precauciones tomadas para que resultara eficaz.

Si es tan patente la solicitud de la Santa Sede en conocer a fondo la cuestión acudiendo a informarse en fuente tan autorizada como la del fundador de la «Misión de París», resulta absurda la afirmación—hecha en el prólogo—de que la Santa Sede y los

obispos se habían dejado impresionar por las reacciones suscitadas cuando, a partir de 1952, la Prensa de todos los sectores se ocupaba con tanta resonancia del caso de los sacerdotes obreros. A espigar—con pretendida y no lograda sistematización—en las informaciones de periódicos y revistas durante las fechas del «momento crucial»—los dos últimos años—se dedica especialmente la segunda parte del libro, titulada «La información del lector medio».

ANÁLISIS DE UN LIBRO

En nueve capítulos dividen los autores la tercera parte: «Textos y Documentos». Es ella sola más extensa que las otras dos juntas. Abarca desde la página 148 hasta la 284. Los dos primeros capítulos estudian, un poco a la ligera, los orígenes de los sacerdotes obreros a base de comentarios al libro de Daniel y Godin y de algunos textos, muy mutilados por cierto, que pretenden resumir el pensamiento del cardenal Suhard. Como algunos de esos textos están entresacados de la última pastoral del ilustre purpurado, titulada «El sacerdote en la ciudad», no está demás advertir que entre ellos no figura el siguiente párrafo, que denota claramente las inquietudes que al anciano arzobispo proporcionaba el posible desvío de quienes se hallaban enrolados en la Obra por él fundada:

«Puede ser una grave tentación para el sacerdote tomar a su cargo tareas que no le son propias y para las que solamente los se-

COME ALIMENTOS SANOS PUBL. ORO



La fruta, verdura, leche fresca, carne y pan integral, en su estado más natural, son base de la **mejor alimentación.**



ES UNO DE LOS "DIEZ CONSEJOS" DE LA "CAMPAÑA "PROFIDÉN" DE HIGIENE DENTAL", 1953-1954, DIRIGIDA A LOS ESCOLARES DE PRIMERA ENSEÑANZA, Y QUE "PROFIDÉN" PUBLICA PARA HACER LLEGAR LOS BENEFICIOS DE SU LABOR DIVULGADORA AL MÁS EXTENSO NÚCLEO INFANTIL.

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID



plares tienen gracia de estado. Debe resistirse a ellas incluso a trueque de la disminución en la eficacia inmediata. Su papel específico no es, en modo alguno, dirigir asuntos temporales. Ahí expira su competencia.»

De «Supremo testimonio» califican los autores del libro el capítulo tercero del apartado «Textos y Documentos». Se trata de dos breves trabajos escritos al comienzo de la experiencia por uno de los veinte sacerdotes autorizados, en la primavera de 1943, a alistarse de modo clandestino como obreros en los campos de concentración de Alemania. Ni son textos inéditos, ni tienen más fuerza que la de las circunstancias, tan distintas entonces a las actuales de diez años después. En una nota fuera de texto, al principio de este tercer capítulo, se alude al libro de Henri Perrin—el sacerdote muerto cuyo cadáver velan, en la foto de la revista parisina, sus compañeros de trabajo y rebeldía—, afirmando que ese «Diario de un sacerdote obrero en Alemania» es la obra que da la fisonomía más exacta y completa de aquel período. Bueno será advertir que el libro de Perrin fué publicado entonces—1945—por las Editions de Seuil, que ahora se han negado a encargarse de la publicación de «Los sacerdotes obreros», aparecido bajo los auspicios de las Editions de Minuit, en su serie «Colección de Documentos», en la que suelen presentarse temas religiosos y políticos, indistintamente.

El capítulo cuarto inserta, con falta de homogeneidad reconocida por los mismos recopiladores, retazos de artículos, cartas o memoriales escritos por los propios sacerdotes obreros en distintas épocas, y en los que se esgrimen las razones que les movieron a escoger tal género de apostolado. Demasiada insistencia en pintar el panorama obrero con trazos demagógicos y análisis muy parciales al examinar las inquietudes de las masas. Mätz que sube de tono y se manifiesta con toda crudeza en los dos capítulos siguientes, en que, bajo los epígrafes «La manifestación del 28 de mayo de 1952» y «Conciencia de clase», pretenden justificar su participación en las luchas políticas y la aceptación, por parte de algunos, de cargos dirigentes en la C. G. T.

Incomprensible de todo punto sería la publicación de estos capítulos si no lo fuera ya la mera aparición del libro, después de las reiteradas y terminantes manifestaciones de la jerarquía a este respecto. Pero les resulta más cómodo no darse por enterados de ellas, aunque pretendan, en la entrada del siguiente capítulo—el VII—, único que dedican a la «Exposición de las decisiones de la jerarquía», hacer creer a los lectores que el pensamiento de las autoridades eclesiásticas ha sido claramente reflejado en la primera parte. Como síntesis de ese pensamiento, publican únicamente la pastoral de Cuaresma, dirigida en febrero de 1954, por monseñor de Provencheres, arzobispo de Aix, a su clero diocesano. No es la más significativa entre las escritas en aquel mes y el siguiente por los distintos jerarcas de la Iglesia de Francia. Pero sí lo suficientemente clara para conven-



De izquierda a derecha, Cardenal Guerlier, arzobispo de Lyon; cardenal Roques, arzobispo de Rennes, y el cardenal Lienart, obispo de Lille y «Prelado nullius» de la Misión de Francia

cer a quienes no estuvieran obstinados en desobedecer las directrices eclesiásticas.

Tanto ese texto, como otros que extractaremos más adelante, deberían eliminar el deseo e insistencia con que los sacerdotes obreros—en la aludida entrada de este capítulo VII, y a lo largo del libro, en general—piden ansiosamente discusión y polémica, patentizando un desasosiego que dejarían de sentir si, siguiendo el ejemplo de la mayoría de sus compañeros, hubieran cerrado sus labios y enfundado su pluma para escuchar únicamente a la Iglesia y mostrarse fieles al sacerdocio de ella recibido.

EL «DOCUMENTO VERDE»

Pero prefieren aferrarse tercamente a su postura y no se conforman con resucitar documentos ya conocidos antes del primero de marzo, sino que insertan—en el capítulo que sigue, precisamente, a la pastoral de monseñor Provencheres—la única pieza inédita del libro: el llamado «Documento verde»—en razón del color de su cubierta—, el cual fué redactado en septiembre de 1953, a raíz de la intervención del Nuncio, y antes del viaje de los cardenales Feltin, Gerlier y Linnart a Roma, de donde volvieron con las instrucciones concretas de la Santa Sede para terminar de una vez con la experiencia de los sacerdotes obreros. Todos cuantos intervinieron, para aprobarlo o desaprobarlo, en la confección de este documento, se comprometieron a mantenerlo inédito. Este detalle deb: bastarnos para resistir a la tentación de copiar uno solo de sus párrafos. Preferimos no imitar a cierto sector de la Prensa francesa, que los destaca sobre los del resto del libro, y nos ceñimos a informar que este documento contiene errores inadmisibles al juzgar la actitud de la Iglesia respecto a los problemas sociales con criterio y lenguaje de marcado sabor marxista.

Los propios exhumadores de pieza, que debió quedar siempre desconocida, parecen asustarse de ella cuando, advierten de antemano, queriéndose curar en salud, que, «dadas las circunstancias en que fué escrita, no es de extrañar que su redacción resulte un poco precipitada».

El noveno y último capítulo tiene, a su vez, seis apartados, y responde al título general «El fin de

una etapa». Inserta sucesivamente: la carta dirigida, el 19 de enero de este año, a los sacerdotes obreros por los obispos respectivos; el «manifiesto de los setenta y tres»; el llamamiento de seiscientos obreros de París, y tres cartas enviadas por los sacerdotes obreros de las diócesis de Toulouse, Limoges y París a sus respectivos prelados. Como estos documentos pertenecen todos a una etapa—febrero de 1954—en que la Prensa mundial se ocupaba ampliamente del asunto, su falta de novedad es absoluta.

El libro, como recopilación de documentos, termina aquí. La etapa posterior al primero de marzo solamente se recoge en un breve epílogo de dos páginas. Lo suficiente para confirmar la actitud de desobediencia de sus autores, al mismo tiempo que el grave desasosiego que les domina y la evidente falta de veracidad cuando afirman que «la gran mayoría han continuado su vida entre los obreros, conservando con ellos la misma estrecha ligazón que antes, y guardando, en general, el mismo anhelo de ser escuchados por la Iglesia». Nuevo golpe a la insistencia en la discusión y nueva incomprensión y falta de acatamiento a las decisiones de la jerarquía al volver a intentar el planteamiento de un problema resuelto por lo que a la Iglesia atañe. Son ellos quienes se empeñan en seguirlo manteniendo. Su mayor acusación se encierra precisamente en las palabras con que termina el libro: «Una cosa es cierta: hoy, como antes del primero de marzo, la cuestión permanece en pie. Y no puede ser ni esquivada por la Iglesia, ni resuelta sin ella.»

La última afirmación es absolutamente cierta. Sólo que la Iglesia además de no eludir esas «cuestiones» que trata de resolverlas del modo más eficaz.

Los cardenales, arzobispos y obispos de Francia no han cesado de afrontar el problema del apostolado entre los obreros y las masas desecristianizadas, en general, a la luz de las enseñanzas y normas pontificias. La auténtica mayoría de los sacerdotes que militaban en las filas en que permanecen los autores del libro que hemos reseñado, lo han entendido así, y se han puesto a disposición de la jerarquía con absoluta fidelidad. Precisamente é n los mismos días

en que se anunciaba la próxima aparición del libro de los insumisos, cuarenta y seis sacerdotes diocesanos que abandonaron el trabajo a su debido tiempo, se reunían en los alrededores de París para practicar los ejercicios espirituales en retiro. Dos excusaron su ausencia, por imposibilidad física. Si a esta cifra de cuarenta y ocho se suman los religiosos de las distintas Ordenes que se retiraron a sus respectivos conventos o colegios a la llamada de sus superiores, y que ascienden a la veintena, poco más o menos, aparece clara la falsedad de la noticia dada en una nota al final de la primera parte del libro en cuestión, y que fija en los dos tercios el número de los que no han acatado las decisiones de la Iglesia. Más bien es al contrario. Las dos terceras partes, cuando menos, se han sometido.

«NO REPRESENTAN A LA IGLESIA»

La actitud de la Iglesia frente a los rebeldes no puede estar más clara. Ya la expresó a comienzos de marzo el cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon, a raíz de un episodio desagradable provocado por uno de los sacerdotes insumisos de su diócesis. El abate Gouttebargue, que habiendo sido elegido secretario de la Unión Departamental de los Sindicatos de la C. G. T. del Loira, remitió a la Prensa una nota intemperante haciendo públicas las razones de su aceptación. El cardenal juzgó oportuna la ocasión para exponer oficialmente la situación de los sacerdotes obreros que permanecían en sus puestos. «No representan a la Iglesia», era su conclusión tajante. Las mismas palabras—dicho sea de paso—acaban de ser escritas por el cardenal Feltin, arzobispo de París, en reciente circular, en que reprobaba el libro que ha motivado nuestro trabajo.

Pero ambos Principes de la Iglesia, al igual que otros preladados a lo largo de estos meses, han seguido manteniendo la esperanza de reducir a obediencia a los rebeldes. Por eso, no ha caído hasta el momento sobre ellos el peso de graves penas canónicas. El propio cardenal Gerlier planteaba así la cuestión en el documento aludido:

LA VOZ DE LA JERARQUÍA

«Algunos habían pensado que los sacerdotes obreros que no se sometieran antes del primero de marzo a las decisiones de la jerarquía, serían inmediatamente víctimas de sanciones eclesiásticas. Tal interpretación no es exacta. En efecto, el simple hecho de la desobediencia no entraña automática e inmediatamente penas canónicas. Pero si un sacerdote que se encuentra en estado de desobediencia grave manifiesta, por otra parte, con palabras o actos públicos, que no quiere tener en cuenta las órdenes que ha recibido, se convierte en piedra de escándalo y atrae hacia sí sanciones que sus superiores anhelan ardientemente evitar.»

Este era entonces el caso del abate Gouttebargue, y vuelve a serlo ahora el de los lanzadores del inoportuno y molesto libro. En su circular reprobatoria, el cardenal Feltin, después de afirmar que el anuncio del Evangelio y la penetración de la Iglesia en el mundo obrero es un problema esencialmente religioso, cuya so-

lución exige el esfuerzo común de preladados, sacerdotes y seglares de todas las clases sociales y de exponer las razones en que se basa su reprobación, termina diciendo:

«En consecuencia: 1.º, Invitamos, por última vez, a los sacerdotes de nuestra diócesis que permanecen aún sordos a la voz de la Iglesia, a que demuestren su fidelidad al sacerdocio que de ella han recibido. 2.º, Recordamos a los de otras diócesis que residen en París y se hallan en el mismo caso, que no tienen poder alguno en nuestro territorio diocesano. 3.º, Proseguiremos, con preferencia a toda otra realización, nuestros intentos de evangelización del mundo obrero con sacerdotes preocupados de las exigencias obreras, preparados por una experiencia muchas veces dolorosa; resueltos a llevar una vida sacerdotal limpia, bien cimentada, profundamente sobrenatural; decididos a mantener estrechos lazos entre sí y con el clero parroquial, con los católicos que permanecen fieles a Cristo en su vida de obreros, especialmente con los afiliados a la A. C. O. (Acción Católica Obrera).»

Las directrices que aparecen en el último párrafo de esta circular están siendo constantemente señaladas en numerosos documentos episcopales de distintos preladados, a partir, principalmente, de la época inmediatamente anterior al cese de la experiencia de los sacerdotes obreros. Todos ellos insisten en que la Iglesia continúa decidida a no abandonar el apostolado entre las masas obreras. Ya nos referimos a algunos de ellos en los dos números de EL ESPAÑOL correspondientes a las primeras semanas de marzo. Añadamos algunos textos más de aquella misma época:

Cardenal Roques, arzobispo de Rennes: «El apostolado obrero no puede ser abandonado, y no se trata más que de transformarlo, porque la Iglesia no olvida que el problema del apostolado misionero ha sido instituido por el propio Cristo. Ella no desconoce la importancia ni la gravedad de la cuestión social, que, desde hace tiempo, reclama una solución. Jamás ha entrado ni entrará en sus intenciones minorar el interés que siempre ha demostrado para con los que sufren y luchan por mejorar su propia situación... Confiad, pues, en la Iglesia; dejadla gobernar. Hable o calle, ordene o insinúe, tomadla siempre por vuestra brújula.»

Monseñor Martín, arzobispo de Rouen: «Las decisiones de la Santa Sede y del Episcopado francés no modifican en nada la línea misionera y apostólica en que está empeñada resueltamente la Iglesia de Francia desde hace veinticinco años. Al contrario, los acontecimientos actuales han manifestado más vivamente que nunca la necesidad de un apostolado intenso de Acción Católica, en el que todos los cristianos deben participar activamente, en todas las clases de la sociedad y especialmente en los medios populares dolorosamente desgajados de la Iglesia y de Cristo. Pertenecer a la Iglesia señalar a sus sacerdotes la ocasión y condiciones en que debe ser ejercido el ministerio sacerdotal. Ello no implica abandono de la clase obrera, ni desconocimiento de sus ne-

cesidades materiales y espirituales, ni olvido de ninguna clase.»

Monseñor Provencheres, arzobispo de Aix: «No trata la Iglesia de abandonar a la clase obrera o renunciar a su evangelización. Solamente motivos religiosos—y no políticos—han movido al Papa y a los obispos a tomar las recientes decisiones. Su punto de mira ha sido la seguridad del espíritu misionero y la necesidad de salvaguardar la vida y el apostolado sacerdotal de los enviados a la Misión entre las masas obreras.»

Pero no se trata solo de actitudes aisladas, por muy autorizadas que sean las personas que las hayan expresado. En el comunicado de la Asamblea de cardenales y arzobispos reunida el 11 de marzo, se sabía al paso de la campaña que había sostenido determinada Prensa, con estas afirmaciones rotundas:

«No se dice la verdad cuando se pretende hacer creer que la Iglesia va a abandonar de aquí en adelante al mundo obrero. La jerarquía siente, desde hace muchos años, la angustia del abandono espiritual de las masas populares, al mismo tiempo que denuncia las injusticias sociales, causa de la miseria material... Desde hace más de cincuenta años viene exhortando a los cristianos a una acción social realizadora. Y hace más de treinta que asignó a la Juventud Obrera Católica, primeramente, y después al laicado adulto de la Acción Católica Obrera, con ayuda de sacerdotes especializados en el apostolado obrero, la misión de evangelizar las masas. Fué la jerarquía, y sólo ella, quien tomaba la responsabilidad, hace diez años, de enviar sacerdotes a las fábricas para llevar allí el mensaje redentor. Es ella la que busca ahora la forma nueva de una misión de sacerdotes entre el mundo obrero, escuchando atentamente a quienes tienen derecho a hablar en nombre de las clases obreras; los militantes seglares, los sacerdotes que habían querido compartir la vida del obrero, sus sufrimientos y esperanzas; en fin, los sacerdotes de parroquias obreras que viven en medio de su pueblo, mezclados entre los acontecimientos cotidianos de las familias obreras, llevándolas el testimonio de una vida pobre y de un celo pastoral activísimo.»

Con mucha más amplitud abordó el tema la declaración doctrinal de la Asamblea plenaria del Episcopado francés, reunida en los últimos días de abril, y a la que asistieron los 123 preladados franceses, con sólo dos o tres excepciones obligadas por enfermedad o achaques de vejez. Ya el título de esta declaración da idea de la hondura y reciedumbre de su contenido: «La Iglesia en el seno del mundo moderno y cara a las civilizaciones nuevas.»

En la primera parte de este importantísimo documento, el Episcopado francés, después del valor y ambigüedad del progreso del mundo moderno, resaltaba los sufrimientos, angustias, errores y defectos actuales, radicados en el olvido de la doctrina social de la Iglesia. En la segunda, sentaba los principios de la posición de la Iglesia cara a las civilizaciones nuevas: su independencia; su papel redentor; su actitud acogedora respecto a las auténticas calida-

des humanas; la necesidad, por parte de los cristianos, de clarividencia en el juicio y estima de estas civilizaciones.

Terminaba, por último, señalando dos importantes tareas para el momento presente: la acción misionera y la formación de comunidades e instituciones cristianas.

Interesa a nuestro intento citar algunas conclusiones relacionadas con esta doble tarea: «La jerarquía siente vivamente su responsabilidad a la vista de esas masas de hombres que ignoran el mensaje redentor del Salvador divino. Por eso, su tarea misionera tiene como objetivo alcanzar y llegar hasta los descreídos, a través de la presencia y la acción, en esos ambientes apartados de la Iglesia, de un laicado cristiano, solidario de ese mundo al seno del cual lleve el testimonio de la caridad de Cristo y cumpla cada vez mejor la misión evangelizadora que le ha confiado la Iglesia. Por eso, la jerarquía piensa en despertar y estimular en su clero y fieles un espíritu misionero, cuajado de respeto, de amor y de servicio para con esas masas descreídas, con el sentido agudo de su miseria espiritual y de sus sufrimientos materiales. A esas masas quiere dedicar la jerarquía a los sacerdotes de la Misión Obrera.»

Constituyen, pues, estas palabras, redactadas conjuntamente por todo el Episcopado francés, el propósito firme de llegar a una solución que sustituya el apostolado que en los diez años últimos han realizado los sacerdotes obreros, mediante una acción conjunta del clero y el elemento secular de la Acción Católica. No muchos días después de la publicación de este documento, insertado íntegro en algún periódico de París, el cardenal Feltin presentaba, en la Sociedad Francesa de Geografía Económica, una comunicación acerca del tema: «La acción de la Iglesia en el dominio económico y social». En uno de sus párrafos se refería al problema de los «sacerdotes obreros», y afirmaba: «La Iglesia trata de proseguir esta experiencia, modificándola.» Y añadía: «Si hay todavía algunos de ellos que permanecen reacios, la mayoría se ha sometido plenamente, y trata actualmente, junto con el Episcopado, de elaborar nuevas modalidades.»

A lo largo de estos meses se ha lanzado alguna que otra vez la noticia de la confección de un Estatuto que organizara definitivamente la labor de estos sacerdotes de la Misión Obrera. Se insistió especialmente en la posible inminencia de la aparición de ese Estatuto a comienzos del mes de agosto. Evidentemente había un malentendido. Por entonces, al menos, lo que se preparaba, desde Roma, era el Estatuto de la Misión de Francia, que no hay que confundir con la Misión de París. De esta última, fundada como hemos indicado varias veces por el cardenal Suard, surgieron propiamente los «sacerdotes obreros».

La Misión de Francia, en cambio, nacida originariamente en 1941, había tomado—dijéramos—carta de ciudadanía, por iniciativa de la Asamblea de cardenales y arzobispos de 1942, con la



La cámara de un reportero francés ha cogido esta escena de un grupo de sacerdotes obreros reunidos en un pequeño café parisiense, insumisos aún a las directrices de Roma

creación de un Seminario en Lissieux—trasladado más tarde a Limoges—para formación de un clero especialmente dirigido a ejercer su apostolado entre las masas desecristianizadas en general. Cuando comenzó a plantearse el problema de los sacerdotes obreros se cerró ese Seminario; pero los sacerdotes que habían salido de él continuaban trabajando en diversos medios, obreros o no, pero principalmente en parroquias humildes. Sólo una mínima parte de ellos se enrolaron en las filas de los sacerdotes obreros propiamente dichos.

LA CONSTITUCIÓN APOSTOLICA «OMNIUM ECCLESIA-RIUM»

El sábado 28 de agosto del año en curso, («L'Osservatore Romano») publicaba la siguiente noticia: «El Padre Santo se ha dignado asignar a la Misión de Francia el territorio de Pointigny, disgregándole de la archidiócesis de Sens y constituyéndolo en «Prelatura nullius»». La decisión pontificia había sido dada a conocer mediante la Constitución Apostólica «Omnium Ecclesiarum», fechada el 15 del mismo mes.

El periódico del Vaticano, a continuación de la noticia, insertaba un resumen y un comentario de dicha Constitución Apostólica, copiados o extractados al día siguiente por la Prensa francesa. En ellos resaltaba la solitud con que el Santo Padre había mirado siempre el desarrollo del apostolado en los medios más necesitados de Francia. «El Soberano Pontífice—añadía—felicitaba a los arzobispos y obispos de Francia por la diligencia de que han dado pruebas en el ejercicio de su actividad; sin abandonar las formas antiguas y tradicionales del apostolado, no han temido poner en práctica nuevos métodos que responden mejor a las condiciones de la vida presente. Por eso, la Asamblea de cardenales y arzobispos de Francia, hace algunos años concibió el deseo y decidió la erección, bajo el título de la Misión de Francia, de una Asociación de clérigos, que

las Congregaciones romanas, según su competencia, aprobaron «ad experimentum». La experiencia de este breve lapso de tiempo ha demostrado, por una parte, la utilidad de la Misión de Francia, y, por otra, la necesidad de darle una estructura jurídica más estable.»

Esa estructura está determinada por la erección de la «Prelatura nullius», de estilo distinto al tradicional en esta clase de circunscripciones eclesísticas. La «Prelatura nullius» es generalmente un pequeño territorio que no depende de diócesis alguna. Está regida por un prelado que ejerce sobre este territorio los mismos derechos que el ordinario de una diócesis. La nueva «Prelatura nullius» de la Misión de Francia posee un territorio—el minúsculo de la abadía de Pointigny, antiguo convento cisterciense que últimamente ha sido colegio eclesiástico anglicanizado—, pero este territorio es simbólico. Permite simplemente incardinar a él, en lugar de a determinadas diócesis, los sacerdotes de la Misión de Francia. Es como quien dice una especie de diócesis superpuesta y coordinada con las diócesis locales.

El prelado de la Misión envía sus sacerdotes a cualquier diócesis, de la que puede retirarse con permiso del ordinario de la misma; pero una vez allí el sacerdote de la Misión está sujeto al obispo del lugar.

Recientemente ha sido nombrado «Prelado nullius» el cardenal Lienart, obispo de Lille.

La triple finalidad de la Misión de Francia es la de satisfacer otras tantas necesidades: la creación de una mentalidad misionera, un reperto más equitativo del clero y la formación de un clero con un mayor sentido de cooperación.

Si la creación del nuevo Estatuto de la Misión de Francia nada prejuzga sobre la suerte que pueda caber al que ha de darse a los sacerdotes de la Misión Obrera, no cabe duda que en su estructura se advierten ciertas orientaciones que traen a la me-

moria los puntos flacos que determinaron el cese de la experiencia de los sacerdotes obreros. Como también se advierten las lecciones desprendidas de ella en la organización del nuevo Seminario que abrió sus puertas en la abadía de Pointigny a mediados del pasado octubre.

Este Seminario cuenta con cerca de un centenar de alumnos, todos ellos de facultades superiores y en edad que oscila entre los veinte y los treinta y cinco años. Setenta estudiaban ya en el que se cerró en Limoges el verano del pasado año. Los restantes son nuevos; pero todos han pasado la adolescencia. En cuanto a la formación que han de recibir, he aquí algunas manifestaciones del superior del Centro, el padre Juan Morel, sacerdote de la Congregación de San Sulpicio:

«La Santa Sede ha querido que nuestro Reglamento se ajuste al estilo tradicional de la formación del clero francés. Lo que nos caracteriza es un acento, un espíritu, una orientación. Nuestro programa no es excepcional. Pero impone una exigencia más imperativa desde el punto de vista del trabajo intelectual y de la formación espiritual, porque es conveniente que nuestros sacerdotes lleven a los medios desecristianizados un pensamiento cristiano absolutamente auténtico.»

Formación seria intelectual y espiritualmente, al mismo tiempo que espíritu de cooperación en el apostolado. He ahí dos pilares que presentaban fuertes resquebrajaduras en el campo de los sacerdotes obreros. A afirmar esos pilares tenderá seguramente el estatuto que se prepara en orden a la nueva organización de la misión de los sacerdotes de la Misión Obrera. Cualquiera que sean las normas concretas que la jerarquía ha de dar en adelante, su pensamiento está bien claro. El cardenal Feltin, que—como arzobispo de la diócesis donde más claramente sigue latiendo el problema y como sucesor del fundador de la Misión de París—es quien lleva la mayor responsabilidad sobre el futuro de la nueva organización, ha sintetizado ese pensamiento en una reciente conferencia dada en Rennes.

«Si la Iglesia ha juzgado—dijo—que la experiencia de los sacerdotes obreros no podía ser mantenida, no ha renunciado a la acción misionera comenzada. Pero la crisis ha hecho ver la necesidad de elaborar una doctrina nueva de reclutamiento y de formación y de establecer una unión entre los sacerdotes de la Misión Obrera y las otras ramas del apostolado misionero, de crear un único dispositivo apostólico.»

Todo ello, naturalmente, dentro del mayor espíritu de acatamiento y el más vivo deseo de colaboración con la jerarquía. Que es la única que puede ordenar y marcar el camino. Y con quien no caben discusiones ni polémicas, mucho menos exigidas por sacerdotes que al no acatar decisiones de la Iglesia no la representan en modo alguno, según han recordado públicamente dos de los más caracterizados cardenales franceses.

Gerardo RODRIGUEZ

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA (ACADEMIA)

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

1 IDIOMAS

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
INGLES - FRANCÉS - ALEMÁN
LITERATURA INGLESA-LITERATURA FRANCESA

Poliglophone
CON DISCOS O SIN DISCOS

Obsequiamos con un tocadiscos miniatura.

2 COMERCIO

MODERNÍSIMOS CURSOS
CONTABILIDAD - TRIBUTACIÓN
CALCULO - MECANOGRAFIA
TAQUIGRAFIA - REDACCION

Facilitamos máquinas de escribir.

3 RADIO

MARAVILLAS ELECTRONICAS
RADIO TELEVISION
Y CINE SONORO
La técnica más actual y la del más inmediato porvenir

Proporcionamos abundante material a los alumnos.

4 CULTURA

IMPRESINDIBLE PARA TODOS
CULTURA GENERAL
ORTOGRAFIA - LINGÜISTICA
Para aspirar a cualquier empleo y brillar en sociedad.
Cursos completísimos de perfeccionamiento

5 CORTE

CURSO PARA LA MUJER
CORTE Y CONFECCION
El original curso *Femina* tantas veces imitado y nunca igualado.

Regalamos a nuestras alumnas un redondeador de faldas.

6 MUSICA

CON DISCOS O SIN DISCOS
SOLFEO ACORDEON
En preparación. Próximamente se pondrán a disposición del público.

Regalaremos un diapasón y proporcionaremos acordeones

7 DEPORTE

INDICE DE UNA CULTURA
FUTBOL
Para aficionados y profesionales; clubs, colegios, etc. Por RICARDO ZAMORA
JUDO Y JIU-JITSU
Respaldo por la Federación Española.
Cursos teórico-prácticos.

8 CLUB CCC

SORPRELENTE ORGANIZACION POR CORREO
El CLUB CCC le proporcionará grandes beneficios culturales y comerciales, aportándole miles de amigos.
Servicios principales: Revista mensual, Biblioteca Circulante, Intercambios, viajes, carnet, insignias, etc.



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.
señas.
solicita información GRATIS sobre las materias
n.os

REMITASE A: CCC APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

¿ES POSIBLE ENTENDERSE CON LOS RUSOS?

CASI DIEZ AÑOS DE POSGUERRA DEMUESTRAN QUE LA COEXISTENCIA ES UNA QUIMERA



De izquierda a derecha: Molotov, Byrnes, Bevin y Bidault se abrazan y sonríen optimistas, cuando se reunieron en París con ocasión de la Conferencia de la Paz. Eran los cuatro ministros de Asuntos Exteriores de los cuatro grandes países aliados: Rusia, Estados Unidos, Inglaterra y Francia. La decepción de los occidentales no tardaría en llegar

EL "VIEJO, VIEJO TRUCO" DEBE SER DESENMASCARADO CON VALENTIA

EL máximo experto norteamericano en asuntos rusos, George F. Kennan, al que en Washington se llegó a llamar «el estratega de la guerra fría», escribió una vez que al fallecer Stalin se produciría en la Unión Soviética una crisis parecida a la que provocó en el Imperio romano la desaparición de Augusto. La lucha por la sucesión se entablaría entre el Ejército rojo (Las Legiones), el partido (la Casa Imperial) y la Policía (guardia pretoriana).

Kennan no hizo una quiniela en cuanto al resultado de esa lucha. Era una incógnita que sólo el tiempo y la muerte de Stalin se encargarían de despejar.

Kennan sólo imaginó en parte lo que iba a ocurrir. No hubo pugna entre el Ejército y el partido, y sí sólo entre éste y la Policía; o para ser, tal vez, más exactos, entre el binomio Malenkov-Molotov y Beria. Este último perdió la partida y fué detenido, procesado sumariamente y ejecutado. Hemos de reconocer que la totalidad de las cábalas que se hicieron sobre lo que seguiría al fallecimiento de Stalin estaban equivocadas. Nadie podía imaginar que la eliminación de Beria iba a significar nada menos que la desaparición del poder personal, autocrático, dictatorial, de uno solo, del número uno, base del sistema staliniano, para sustituirlo por un poder compartido, colegial, en el que nadie es el número uno. Porque la caída de Beria no implicó, ni mucho menos, la desaparición del gran aparato policiaco que el georgiano había creado. Sobre él, una vez purgados los amigos y colaboradores más directos de Beria, sigue descansando la tremenda fuerza coactiva y terrorista del que convencionalmente llamaremos nuevo régimen.

En una palabra: Beria pretendía continuar el sistema o la tradición staliniana a su favor y fracasó. Triunfó el partido como tal en la cabeza visible de Malenkov-Molotov-Khrushchchev y otros, y ésta ha sido la novedad que nos trajo la sucesión de Stalin.

A este hecho básico siguieron una serie de medidas que han sido interpretadas en casi todo el mundo como conducentes a una «liberalización» del régimen soviético: en el interior de Rusia, un incremento de los bienes de consumo con destino a la población civil, que llevaba más de treinta años pasando hambre y trabajando desesperadamente para crear una gran industria pesada y para incrementar sustancialmente la producción de materias primas—carbón, acero, petróleo, etc.—con destino a sostener una gigantesca máquina de guerra; la devolución a sus países de origen de parte de los prisioneros de guerra que todavía quedaban en los campos de concentración; una amnistía de detenidos políticos que no se sabe a cuántos ha afectado; cier-

ta tolerancia para el desarrollo de una restringida economía privada en el comercio y en la agricultura... Una serie de medidas, repetimos, que fueron calificadas de «liberales».

En el exterior, Moscú desenterró solemnemente el viejo mito de la coexistencia pacífica entre el mundo comunista y el mundo capitalista. Este tema de la coexistencia es ahora objeto de universal polémica y, como de costumbre en el bando occidental, unos creen en esa posibilidad y otros no.

Es de este tema del que nos vamos a ocupar hoy.

«EL TERCER «ROUND»

Pero antes de seguir adelante conviene que puntualicemos una cosa: la de que la desaparición del régimen personal staliniano y su sustitución por el «sistema colegial» no significa, ni mucho menos, una «liberalización» en la política rusa, a no ser que trastornemos por completo el sentido de esa palabra. Una de las muchas torpezas que con frecuencia cometen los demócratas es la de creer que una dictadura o

Una compañía de Infantería soviética desfilando en Berlín



un totalitarismo de cualquier especie equivalen a poder personal, a autocracia, y que, una vez eliminado éste, se elimina de rechazo aquéllo.

No es verdad, y la Historia nos dice que en todo esto no hay más que un juego de palabras. Poder personal y dictadura no se identifican. Truman dijo una vez que ningún rey en el pasado concentró en sus manos tanto poder como el jefe del ejecutivo de los Estados Unidos.

Rusia—la de ayer y la de hoy— es la mejor ilustración que podemos poner a esto que acabamos de decir. Con Stalin o sin él, el comunismo es una dictadura del proletariado por definición y una dictadura de los dirigentes del partido de hecho. Esta es la base y el punto de partida que hay que tener en cuenta para hacer cualquier especulación sobre los propósitos que pueda alimentar la Unión Soviética en el futuro.

Volvamos sobre la coexistencia pacífica.

Se habló de ella a caño libre en las conferencias interaliadas de Yalta, Teherán y Potsdam. Por aquella época nadie parecía dudar de ella en el bando democrático. Tal vez sir Winston Churchill tuvo la intención de rearmar a los alemanes para contener la progresión rusa en el centro de Europa, como acaba de revelar ahora en medio de un general escepticismo (podemos recordar, por ejemplo, la respuesta famosa a la carta del Caudillo). Truman, por su parte, dijo en cierta ocasión que de nada se lamentaba tanto como de haber retirado las tropas americanas que llegaron hasta Praga, añadiendo que si entonces hubiese adivinado lo que iba a suceder esas tropas no habrían parado hasta llegar a Varsovia.

Pero el hecho es que ni el primero rearmó a los alemanes ni el segundo ordenó que se avanzase hasta Varsovia. Se creía en la convivencia pacífica, esta es la verdad, aunque algunos suponían que no sería fácil. El propio Stalin, aun después de «estallar» la guerra fría, declaró



El general soviético Hotikov presenciando una demostración del Ejército rojo

a Harold Stassen, actualmente presidente de la F. O. A. y entonces candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, que creía firmemente en esa convivencia.

La decepción de los que ahora llamamos occidentales vino inmediatamente después de la «pleamar de Yalta», y ya en la conferencia de Potsdam aquéllos se dieron cuenta de que iba a ser imposible entenderse con los rusos. Después siguió la «oleada» de golpes de Estado en Europa oriental y central, apoyados todos ellos en las bayonetas del Ejército rojo; la guerra fría se acercó en muchas ocasiones a la guerra caliente, y el quimérico sueño de la convivencia se transformó en un perpetuo duelo artillero de acusaciones mutuas y de dictorios en las conferencias de cancilleres y en las Asambleas generales de la O. N. U.

Casi diez años de posguerra abundan suficientemente en la creencia de que la coexistencia es una quimera. Decir que, después de todo, ha habido tal coexistencia basándose en el hecho de que no se ha producido una nueva guerra global, es un consuelo de tontos. En primer lugar, cuando se hablaba de coexistir, se pensaba en una colaboración y no en un simple estar unos al lado de otros, de espaldas y encerrados en compartimentos estancos, que es lo que ha sucedido, sobre todo en el terreno económico. En segundo lugar, las guerras de Corea e Indochina se han caracterizado profundamente por entrar en conflicto abierto los dos bloques antagónicos, allí donde, de haber verdaderos deseos de coexistencia pacífica, no habría habido guerra.

¿Quién se atrevería a afirmar que los conflictos coreano e indochino fueron simples guerras civiles?

De forma que, desde una experiencia de casi diez años y ateniéndonos estrictamente a los hechos, universalmente se conviene en que la coexistencia ha sido un fracaso. Los resultados militares y políticos de la segunda guerra mundial se han traducido, al fin y a la postre, en la pérdida del segundo «round» por las democracias occidentales en la lucha entablada entre el comunismo y el Occidente cristiano.

El primer «round» lo perdieron las democracias cuando, pese a sus esfuerzos—no excesivos—, triunfó en Rusia la revolución, primero, y el bolchevismo sobre la socialdemocracia, después.

¿Quién ganará el tercer «round»? En el primero se jugó la suerte de Rusia. En el segundo, la suerte de Europa. En el tercero se jugará la suerte del mundo. Estamos en la última fase del combate, de esta otra guerra de los Cien Años que, incluso, tuvo sus profetas.

«THE OLD, OLD TRICK»

Decíamos que una de las consecuencias—para nosotros, la principal—de la muerte de Stalin ha sido la restauración y explotación por los rusos de la quimera de la coexistencia.

Hace unos días, el «New York Times» traía una caricatura que

representaba la piccasiana paloma de la paz, de madera—como el caballo de Troya—y trayendo en el pico el clásico ramo de oliva, y en el vientre los también clásicos asaltantes de la descuidada ciudadela. La caricatura en cuestión llevaba esta elocvente leyenda: «The old, old trick» («El viejo, viejo truco»).

¡Hasta el «New York Times» ha descubierto el viejo, viejo truco!

De eso se trata, en efecto. Pero si Rusia insiste con su acostumbrada tenacidad en que esta vez desea de todo corazón convivir en paz con los occidentales, ¿cuánto tiempo tardarán los más incautos en tragarse de nuevo esta rueda de molino? Existe este peligro. Podemos estar seguros de que la totalidad o casi totalidad de los estadistas occidentales lo han visto y lo han identificado en sus raíces. Pero sabemos por experiencia que esto no basta; que en países como Francia e Inglaterra la opinión pública y las exigencias electorales conducen a veces a los gobernantes a donde no quieren ir y que, en consecuencia, el «viejo, viejo truco» debe ser desennascarado con valentía y con un buen arsenal de razones sencillas y claras.

Es fácil esta empresa. La imposibilidad de una coexistencia pacífica entre los bloques contrarios, mientras persista el actual sistema político ruso, puede ser demostrada teórica e históricamente. No se precisa, en verdad, realizar un gran esfuerzo mental para demostrarlo, pues lo más curioso del caso es que han sido los mismos rusos, los mismos doctrinarios comunistas los que más han «trabajado» este tema de la coexistencia. El antagonismo entre comunismo y capitalismo nunca lo planteó éste en términos teóricos y doctrinales. A veces lo ha combatido como ha sabido o podido, y nada más. El planteamiento del problema en términos teóricos y doctrinales lo han hecho siempre los comunistas hasta la saciedad, hasta formar parte fundamental de su concepto de la evolución de las sociedades humanas.

Consignado este hecho, por nadie ignorado, añadamos que el veredicto de los comunistas ha sido desfavorable. Para ellos es imposible la convivencia pacífica del marxismoleninismo (ahora se le ha quitado el tercer «ismo», stalinismo) con el capitalismo en un mismo mundo. No vamos a repetir ahora una vez más la exposición de los principios del comunismo tal y como fueron formulados por Marx-Engels y ejecutados por Lenin-Stalin. Pero lo que sí podemos hacer es apuntar la conclusión a que todos ellos llegaron: por la evolución dialéctica de la Historia y en virtud de sus «contradicciones» internas, el capitalismo es un sistema económico basado en la explotación del trabajo por una oligarquía imperialista que lleva su disolución y corrupción en sí mismo, surgiendo de sus escombros la sociedad socialista.

Stalin, en su último trabajo publicado meses antes de morir en la revista «Bolchevik», con el título «Los problemas económi-



En este mapamundi se señalan los puntos de fricción que dificultan las buenas relaciones entre Rusia y los occidentales

cos del socialismo», expresa una vez más, con arreglo a la más pura ortodoxia marxista, su creencia en el puntual cumplimiento de este «inexorable ciclo dialéctico» de la Historia, profetizando una última y definitiva guerra entre las naciones capitalistas.»

Esta creencia tiene que ser compartida por todo buen comunista. Es una de sus razones de ser. A mayor abundamiento, la descomposición del mundo capitalista ha de ser traumática en virtud de un «crak» económico insoslayable e irremediable.

Cuando un destacado economista soviético, miembro de la Academia de Ciencias, Julius Varga, se desvió de esta línea doctrinal ortodoxa, afirmando en uno de sus libros que no llegaría a producirse el «crak» final del mundo capitalista, sino que éste evolucionaría lentamente hacia formas socialistas, de crisis en crisis, fué declarado herético el libro y herético su autor. El veredicto de «Pravda» fué: «Desveredictismo».

Claro está que no se tuvo en cuenta para nada el hecho real de que la evolución de algunos países capitalistas hacia ciertas formas empíricas de socialismo es incontestable. No olvidemos que después de la gran crisis económica norteamericana del año 30 vino el «New Deal» rooseveltiano, primera experiencia dirigista llevada a cabo en los Estados Unidos, algunas de cuyas instituciones «controladoras» se han convertido ya en un hábito de la economía americana.

EL FINAL DE UN PROCESO

A la vista está, después de dicho esto, en qué sentido entienden los comunistas rusos la palabra «coexistencia»: un simple esperar a que el mundo capitalista se derrumbe con estrépito para imponer ellos sobre sus ruinas la dictadura del proletariado. Entretanto conviene acelerar

en lo posible ese proceso dialéctico—huelgas, revoluciones, agitación, etc.—y preparar a los hombres que en su día impondrán su dictadura, la del partido, sobre el cadáver capitalista. Para ello se creó el Komintern, primero, y el Kominform, después, cuando, según la definición del Congreso de Varsovia, quedó delimitada la «política de los dos campos».

El «crak» económico de los Estados Unidos lo tenían previsto los profesores soviéticos para inmediatamente después de que terminase la guerra. Pero—curiosa paradoja—cuando esa crisis comenzaba a insinuarse—aunque no con carácter irremediable, por supuesto—, la guerra de Corea, desencadenada por Moscú, vino a trocirla en una prosperidad que casi no tuvo precedentes en la historia de los Estados Unidos.

Ahora el «crak» en cuestión lo sitúan los profesores soviéticos, de acuerdo con algunos economistas occidentales, hacia 1956.

Teóricamente, pues, Rusia no cree en la posibilidad de una convivencia pacífica con los pueblos anticomunistas. Estima que están condenados a muerte, en un plazo más o menos breve, y en su concepción de la sociedad futura, organizada por ella, no está previsto el compartir el planeta indefinidamente con una sociedad capitalista. Sólo por temporal oportunismo, por táctica de circunstancias, puede aceptar la idea de subarrendarnos un pedazo del mundo en que vivimos.

Una consecuencia inmediata de la dialéctica comunista, vistas así las cosas, es la de que el capitalismo no es para Rusia, y sus satélites un algo estático, empanzanado, que se pudre silenciosamente, sino un algo dinámico revestido con todos los caracteres de la agresividad. El capitalismo se convierte de esta manera en sinónimo de guerra. De este carácter «fundamentalmente agresivo» del capitalismo, extrae Rusia todo el aparato de su propa-

ganda exterior. Comunismo igual a paz y capitalismo igual a guerra es una de tantas eficaces simplificaciones ideadas por la propaganda soviética.

LA TRADICION EXPANSIONISTA

Pero después de todo, teorías son teorías y hechos son hechos. Rusia, como nación, como Estado, como complejo geográfico y demográfico, no es una teoría. Los rusos fueron antes que el comunismo, y Rusia antes que la Unión Soviética o U. R. S. S. Y estas cosas no ocurren impunemente. Que los rusos han roto con el pasado es una gran mentira. Aquel Emperador chino que creyó borrar de la memoria de los hombres el recuerdo del pasado quemando todos los libros antiguos era un ingenuo.

En una palabra: en su esencia, la Rusia de hoy es la Rusia de ayer y la Rusia de mañana será la Rusia de hoy.

Entre las muchas cosas que los comunistas rusos han heredado de la Rusia que ellos mismos destruyeron figura un voraz deseo de expansión, de conquista del mundo. El eslavo ha sentido siempre la fascinación de la Europa central y occidental. La misma fascinación que sintió Alemania desde la Edad Media por los países soleados del Mediterráneo; lo que Goethe llamaba «el embrujo del Sur». Esta oscura atracción eslava, a la que con frecuencia se ha unido un vago misticismo redentorista de la Humanidad—pensemos en Tolstói, por ejemplo—se manifestó políticamente en el imperialismo concebido por los paneslavistas, que en un tiempo preocupó a Europa tanto como el «peligro amarillo».

Hoy, paneslavismo y «peligro amarillo», bajo distintas formas, vuelven a constituir la amenaza más temida por Europa a lo largo de los siglos: «La llamada de Asia a las puertas de Viena, Danubio arriba.» Su expresión actual es la alianza chinosoviética.

Stalin, según nuestro criterio, ha significado dentro del mito o utopía social comunista el enlace con dos tradiciones rusas: la imperial en cuanto al expansionismo eslavo, y la autocrática en cuanto al Estado, despótico y absolutista. Los trotskystas, que llamaban «zar» y «nacionalista» a Stalin, sabían lo que se decían.

En 1853 Carlos Marx escribió en la «Tribune», de Nueva York:

«La frontera rusa ha avanzado: hacia Berlín, Dresde y Viena, unas 700 millas; hacia Constantinopla, unas 500; hacia Estocolmo, unas 630; hacia Tenebrán, unas 1.000... Las adquisiciones totales de Rusia en los últimos sesenta años igualan en extensión e importancia a todo el Imperio que tenía en Europa antes de esa época.»

«Y tan seguro como que la conquista sigue a la conquista y la anexión a la anexión, con igual seguridad la conquista de Turquía por Rusia no sería más que el preludio para la anexión de Hungría, Prusia y Galitzia y para la realización final del Imperio eslavo con que soñarían algunos fanáticos filósofos paneslavos... La detención del plan de anexión ruso es asunto de la mayor trascendencia.»

Hace un siglo y un año exactamente que Carlos Marx escribió estas palabras proféticas. Hungría, Prusia, Galitzia, juntamente con otras naciones y territorios europeos y asiáticos, están hoy en poder de Rusia. Efectivamente, la anexión siguió a la anexión, la conquista a la conquista... Y aquí estamos, repitiéndonos un siglo y un año más tarde: «La detención del plan de anexión ruso es asunto de la mayor trascendencia.»

Cuando Marx escribió estas palabras, precisamente en un periódico norteamericano, estaba muy lejos de sospechar que sus teorías económicas habrían de ser realizadas por Rusia y que entre los más obstinados adversarios de ellas se cuentan los Estados Unidos.

No, Marx no podía adivinar esto, porque hasta entonces todavía no había existido en la Historia un Estado comunista. Pero conocía a Rusia y a los rusos. En las cabezas de los hombres del Kremlin, herederos, como Stalin, de una tradición imperial, siguen rodando los sueños de «algunos fanáticos filósofos paneslavos».

UN JUICIO DE TOYNBEE

Uno de los hombres modernos que más agudamente han penetrado con su inteligencia en el mecanismo de esas oscuras y potentes fuerzas que mueven a los pueblos y a las civilizaciones, Arnold Toynbee, suscribe plenamente la tesis de que la Rusia soviética viene a continuar en nuestros días el impetu expansionista de la Rusia de los zares.

«Soviet Russia is a continuation of old-style imperialism on the world scene, only «cloaked» by Communism.» («La Rusia soviética es una continuación, en el escenario del mundo, del imperialismo de viejo estilo disfrazado de comunismo.»)

Arnold Toynbee ha escrito estas palabras en la última parte de su monumental obra «A Study of History», que acaba de publicarse en lengua inglesa.

Vemos, pues, que tanto teórica como históricamente una coexistencia pacífica y duradera entre los dos grandes bloques de naciones tiene pocas probabilidades de traducirse en una realidad, a menos que se alteren por completo uno o varios datos del problema. Europa y los EE. UU. parecen ahora resueltos a alterar uno de esos datos, convirtiendo su hasta ahora debilidad militar frente a Rusia en una fortaleza inatacable.

DIEZ AÑOS DE BANQUETE

Podemos preguntarnos finalmente por qué la Unión Soviética pone tanto empeño, al menos en apariencia, en convencer al Occidente de que desea la coexistencia pacífica.

La respuesta la ha dado el Caudillo recientemente a la International News Service: porque Rusia necesita «digerir» todo lo que apresuradamente ha tragado en casi diez años de pantagruélico banquete.

Otra respuesta: el pueblo ruso ya no podía aguantar más privaciones. Harto de extraer carbón de las minas, de fundir acero y de abrir pozos de petróleo, de fabricar tanques y cañones, aspiraba, ya con sorda rebeldía, a comer, a poderse calzar unos zapatos decentes, a mudarse de camisa por lo menos una vez a la semana.

Ambas razones indujeron a los gobernantes soviéticos a desistir temporalmente de aventuras peligrosas en el exterior y de excesivas austeridades en el inte-

rior. Alguien vió claramente esto en Moscú al día siguiente de fallecer Stalin: Harrison Salisbury, corresponsal allí del «New York Times». Los hombres nuevos—relativamente nuevos—llegados al Poder entendieron sin duda que para ganarse la simpatía popular y para consolidar el nuevo régimen era preciso conceder algo a los estómagos, por un lado, y alejar el temor de una nueva guerra, por otro. Muy verosímil.

El mismo Harrison Salisbury ha escrito en el «New York Times» del 21 de noviembre lo siguiente: «No hay duda de que los nuevos dirigentes soviéticos desean un extenso periodo de tiempo durante el cual puedan concentrarse sobre los asuntos domésticos... Es muy dudoso que el mariscal Georgi Zhukov y sus compañeros del Ejército rojo apoyasen cualquier aventura de la política exterior soviética en esta época.»

ARREGLO DE CUENTAS

Bien. Todo esto puede ser verdad y, sin embargo, no impedir que Rusia se valga de terceros para seguir hostilizando a las naciones occidentales.

Exactamente el mismo día en que Malenkov sugirió a los embajadores occidentales la celebración de una conferencia paneuropea para poner las bases de la coexistencia pacífica, un avión norteamericano era derribado al norte del Japón por cazas soviéticos. El embajador norteamericano en Moscú, «Chip» Bohlen, se enteró de esta nueva agresión cuando se estaba haciendo el nudo de la pajarita para asistir a la recepción en el Kremlin.

Inmediatamente vino el asunto de los 13 norteamericanos condenados por el Gobierno de Pekín. Y al mismo tiempo, un ataque directo contra una de las islas de Chan Kai Chek. ¿Estos son los prolegómenos de la coexistencia «pacífica»?

La coexistencia así entendida vendría a significar también la tácita consagración definitiva de cuanto Rusia ha devorado desde que comenzó a cobrarse los dividendos de la pasada guerra. Sería una gigantesca estafa moral hecha a los pueblos que yacen al otro lado del «telón de acero».

Por eso no puede haber ni haber coexistencia hasta que el arreglo de cuentas comience a hacerse a partir del día en que un soldado americano y un soldado ruso se dieron un abrazo en el Elba.

M. BLANCO TOBIO

Lea usted

«INFLUENCIA DEL PAISAJE EN LA CREACION POETICA DE HISPANOAMERICA»
por el escritor nicaragüense Eduardo Zepeda Henríquez, en el número 34 de

POESIA ESPAÑOLA

También

«HUMANISMO CATOLICO Y OTROS HUMANISMOS»

por Rafael Romero Moliner

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

LA FLOTA DE ONASSIS Y EL PRINCIPIO DE LA LIBRE NAVEGACION DE LOS MARES

Por Attilio GARCIA MELLID

Ex embajador de la República Argentina en
Canadá. Ex director de Cultura de la Cam-
pillería argentina

EL conflicto planteado entre Aristóteles Onassis y el Gobierno del Perú abarca proyecciones insospechadas. La Marina de guerra peruana ha procedido a la incautación de seis u ocho unidades de la flota ballenera del nombrado. Las embarcaciones se disponían a iniciar la caza marítima, lejos de las costas territoriales, aguas adentro del océano Pacífico. Pero dicha zona caía dentro de las doscientas millas náuticas en que la República del Perú demarca su soberanía. Panamá y el Reino Unido han expresado su disconformidad con el procedimiento adoptado; el primero, porque los barcos llevan su bandera, y el segundo, porque sus compañías de seguros—especialmente la Lloyd's of London—cubren los riesgos marítimos, de guerra o de incautación, que corren los navíos de Onassis.

La situación planteada moviliza la curiosidad de las gentes. Pero la inmensa mayoría desconoce los antecedentes de la cuestión y el complicado problema jurídico que se ventila en estas circunstancias. En efecto; ¿cuáles son los principios doctrinales en que unos y otros basan su mejor derecho al aprovechamiento de esas aguas? O, dicho de otra manera, ¿a quién pertenece la jurisdicción de los mares?

• • •

El viejo principio del «mar territorial», que ha mantenido vigencia hasta nuestros días, fijaba el derecho de los países costeros a ejercer soberanía sobre la franja de aguas que podía cubrir el tiro de cañón; este alcance—siglo XVIII—quedó establecido en tres millas. El dominio marítimo prescribido constituyó una innovación en las prácticas internacionales hasta entonces imperantes. Fueron los Estados Unidos (en nota a los países beligerantes, Francia e Inglaterra, en 1793) los que dieron validez al principio del mar territorial como parte integrante de la soberanía de los Estados.

Hasta ese momento, fuera de algunos tratadistas (Van Bynkershoek, 1703; Fernando Galiani, 1782), no se había planteado la necesidad, ni mucho menos la legitimidad jurídica, de una franja marítima de exclusivo dominio de los países ribereños. El principio de la libre navegación de los ríos y los mares parecía incommovible; su fundamento se tomaba del derecho natural. Francisco de Vitoria, —en su relectura «De Iudis»—afirma: «Por derecho natural, comunes a todos son las aguas corrientes y el mar; y lo mismo los ríos y los puertos; y las naves, por derecho de gentes, es lícito acorralarlas; y por la misma razón, son cosas públicas esas cosas; luego nadie puede prohibirlas.»

Pero el derecho positivo, avanzando sobre el derecho natural auxiliado por el crecimiento de los nacionalismos, derogó principios que parecían invulnerables y suscitó un Derecho internacional positivo que reconoció la jurisdicción de los Estados sobre su litoral, en la extensión antes señalada.

• • •

El siglo XIX afirma la teoría de la soberanía sobre los ríos interiores y sobre el llamado mar te-



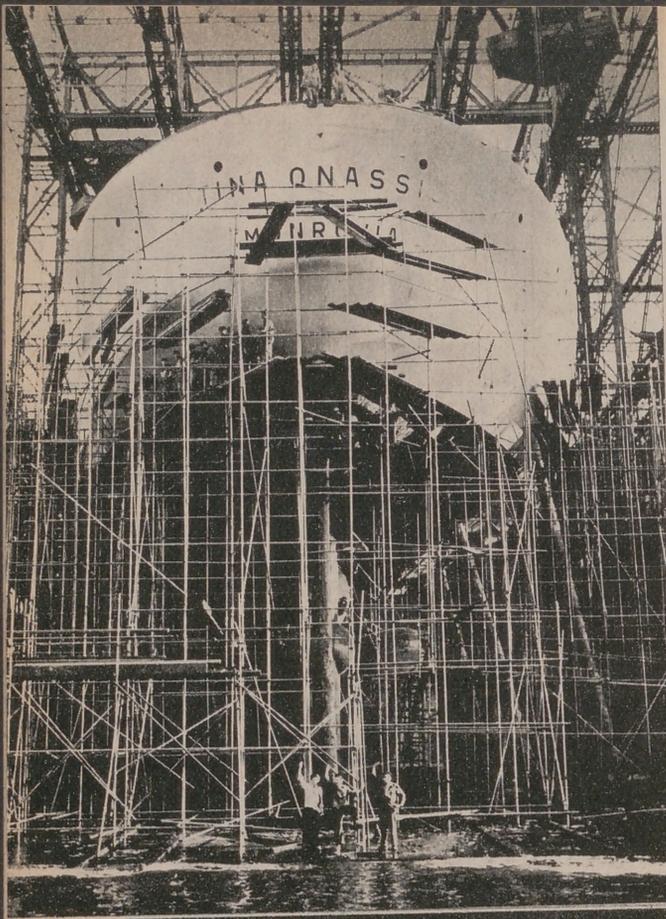
Aristóteles Sócrates Onasis asistiendo a la botadura del «Tina Onasis», el mayor petrolero del mundo

rritorial. Todas las naciones del mundo van configurando su propio «status» jurídico dentro de las normas de jurisdicción extensiva entonces imperantes. Acaso la República Argentina sea uno de los pocos países donde se operó el fenómeno inverso.

En el Río de la Plata, el debate suscitado alrededor de estos tópicos alcanzó las proporciones de un verdadero conflicto histórico. Juan Manuel de Rosas sostuvo inflexiblemente la tesis de la soberanía nacional sobre los ríos interiores. Luego de desbatar el bloqueo francés, al firmarse—el 31 de agosto de 1850—una Convención de Paz y Amistad, impuso una disposición que reza: «El Gobierno de la República francesa reconoce ser la navegación del río Paraná una navegación interior de la Confederación Argentina y sujeta solamente a sus leyes y reglamentos.» (Art. 4.º)

Sarmiento y Alberdi fueron los campeones de la doctrina contraria. Sarmiento—en «Campana del Ejército Grande»—se jacta de haber sido uno de los primeros publicistas argentinos que se ha consagrado a elucidar a fondo esta cuestión, no obstante admitir que los Estados Unidos no reconocen la libre navegación de sus ríos ni Estado alguno sudamericano la practica. Alberdi—en «Bases y puntos de partida»—sugiere: «Firmad tratados perpetuos de libre navegación, a objeto de sustraer los ríos nacionales «del dominio exclusivo de nuestras banderas indigentes y pobres». Al igual que Sarmiento, reconoce que ni la doctrina de los tratadistas ni la práctica internacional abonan sus tesis; por consiguiente, previene: «Para escribir esos tratados, no deáis a Wattel ni a Martens, no recordéis el Elba y el Mississippi.»

El general Urquiza, al confabularse con el Imperio del Brasil y el Gobierno de Montevideo para derrocar a Rosas, firma—el 21 de noviembre de 1851—una Convención en la que, entre otras cosas, se compromete a influir sobre el Gobierno que se constituya para que «acuerde y consienta en la libre navegación del Paraná y demás afluentes del Río de la Plata». Vencedor en Caseros, se dicta la Constitución de 1853, cuyo artículo 26 establece: «La navegación de los ríos interiores de la Confederación es libre para todas las banderas, con sujeción únicamente a los reglamentos que dicte la autoridad nacional.» En ese mismo año Urquiza garantiza la libre navegación de los ríos argentinos, en los tratados que celebra con Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Por ley del 7 de marzo de



La proa del «Tina Onassis», el buque cisterna mayor del mundo (45.000 toneladas), en los astilleros de Hamburgo

1856, determina que «las embarcaciones argentinas y brasileñas, tanto mercantes como de guerra, podrán navegar los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay en la parte que éstos pertenecen a la Confederación Argentina y al Brasil» (art. 14).

El debate abierto en la Argentina dió la victoria al principio de la libre navegación de las aguas justamente cuando el Derecho internacional afirmaba la soberanía de los Estados sobre el llamado mar territorial.

La doctrina de la República Argentina, en esta materia, adquiere especial interés en el caso Onassis, por tratarse de un griego que, desde hace largo tiempo, posee la ciudadanía argentina. El principio de la libre navegación de los ríos, sustentado por la Constitución del 53, no ha sido derogado al redactarse la nueva Constitución de 1949. El art. 18 consigna: «La navegación de los ríos interiores le a la nación es libre para todas las banderas en cuanto no contrarie las exigencias de la defensa, la seguridad común o el bien general del Estado y con sujeción a los reglamentos que dicte la autoridad nacional.»

Hay quienes han creído ver en las limitaciones impuestas una desnaturalización del derecho común a la libre navegabilidad de las aguas. No obstante lo cual, el principio en sí continúa intangible en lo que se refiere a los ríos interiores; no así en lo que respecta a los mares costeros, pues la Argentina es uno de los primeros países que hizo suya la doctrina moderna del mar epicontinental. Por decreto del 11 de octubre de 1946, declaró pertenecientes a la soberanía de la nación el mar epicontinental y el zócalo o plataforma submarina a lo largo de todas sus costas.

La noción de dominio estadual sobre la unidad geológica que forman el territorio del Estado y su prolongación en la plataforma submarina es originaria del presente siglo. Uno de sus primeros sostenedores fué el geógrafo español Odón de Buen, que la expuso en el Congreso Nacional de Pesca celebrado en Madrid en octubre de 1918. Lo que en un principio fué una teoría geofísica, adquirió rápida-

mente sólido fundamento jurídico, incorporándose al Derecho internacional positivo, tal y como lo entienden y practican un gran número de Estados.

El basamento geográfico de la doctrina proviene del hecho de que los continentes se asientan sobre una plataforma sumergida, que es prolongación natural de la masa geológica emergente. La parte territorial en que cada país ejerce indiscutible soberanía se continúa en forma de zócalo o meseta, mediante suaves declives que entran profundamente en el mar. Dicha planicie submarina, cuya longitud fluctúa alrededor de las 200 millas náuticas, es lo que se viene llamando «mar epicontinental». Luego de tan extenso recorrido, la superficie se quiebra bruscamente, precipitándose hacia los abismos oceánicos o cuencas abisales.

Los estudios realizados comprueban que es ingente la riqueza zoológica, vegetal y mineral que encierra el lecho submarino. Solamente en el aspecto ictiológico, se cuentan riquísimas especies, como los mariscos y los moluscos, aparte la abundancia de pescadilla, brótola, corvina, lenguado, merluza, bonito, anchoa, sardina, etc. En el reino mineral, se contienen innumerables productos, entre ellos petróleo, carbón y hierro. La derivación jurídica de estas comprobaciones ha llevado a sustentar el principio de la íntegra soberanía territorial, por parte de los Estados ribereños, sobre la plataforma submarina, el mar epicontinental y el espacio aéreo correspondiente.

A partir de 1945 se han ido produciendo declaraciones sucesivas de jurisdicción nacional sobre los elementos indicados por un número de países que alcanza a treinta. Entre ellos se encuentran la mencionada República Argentina, Gran Bretaña, Panamá, Perú y Chile, países todos éstos que de manera directa o indirecta aparecen involucrados en el conflicto promovido por las incursiones de la flota ballenera de Sócrates Onassis. Una de las primeras naciones que sustentó la tesis de la jurisdicción y dominio propios sobre los recursos naturales de la meseta submarina fué Estados Unidos.

La República del Perú, al asumir la doctrina jurídica indicada, proclamó su derecho de propiedad y explotación de las riquezas naturales del mar epicontinental a lo largo de sus costas. Mencionó especialmente la pesca y la caza marítimas, incluyendo en su dominio las materias fertilizantes derivadas de las aves guaneras. Las naves pesqueras que incursieron dentro de la zona violan los derechos «de jure» y «de facto» que el Perú se atribuye, con todas las consecuencias de incautación o presa que el Derecho marítimo autoriza en estos casos.

La doctrina del mar epicontinental y de la plataforma submarina ha hecho mucho camino en los últimos años. Sin embargo, no goza del reconocimiento del Derecho internacional proclamado y aceptado por todas las naciones. Se trata, más bien, de un derecho potencial que buen número de países—especialmente los típicamente marítimos—se atribuyen y respaldan con la autoridad de sus propias decisiones. ¿Está obligada la comunidad internacional a su acatamiento? Son muchas las entidades y personas que conceptúan victoriosos del derecho natural tales instrumentos unilaterales; sostienen la vieja doctrina del mar territorial y niegan la existencia de privilegios particulares en la vasta zona de las llamadas aguas internacionales.

El poderoso naviero Onassis piensa de esta manera; comparte este criterio la Lloyd's of London. Pero lo que aquí importa no es la grito de los sectores afectados, sino la interesante cuestión jurídica que se abre ante los organismos internacionales especializados; a ellos corresponderá resolver—con autoridad firme y para unánime reconocimiento de la comunidad internacional de las naciones—el conflicto trabado entre las doctrinas del mar territorial y del mar epicontinental, es decir, el de la propiedad de las aguas a lo largo de esa inmensa extensión sumergida que es la plataforma en que descansan los continentes y las islas. Sea cual sea el criterio que predomine, puede anticiparse que el Derecho internacional saldrá fortalecido; a Sócrates Onassis, armador de flotas pescadoras, habrá que agradecerse. Nadie piense que sus últimos intentos estuvieron regidos por el lucro; es más heroico pensar que quiso enriquecer y perfeccionar la práctica jurídica con sus incursiones balleneras.



Este **PHILIPS**
es para Ud.

Además de recrearse con su emisión mundial favorita, DELEITESE con la reproducción más fiel de sus discos preferidos.

TOME NOTA

RECEPTOR **BE 531 A**

3.499,60 PTAS.

(Incluido impuestos)



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

LOS TIROLESES, S.

Pag. 23.—EL ESPAÑOL



EN FONTIVEROS, CUNA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

FIESTA DE LA POESIA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

VERSOS DESDE EL BALCON DEL AYUNTAMIENTO -- UN PUEBLO DE DIOS

«LOS ACTORES NO HAN LLEGADO»

A la una del mediodía del miércoles 24 de noviembre el pueblo de Fontiveros estaba ya compacto, equilibrado entre los marteos negros frente al balcón del Ayuntamiento. A la una el Alcalde, un hombre de una gran sonrisa y cierta pulcra timidez de soldado al que las circunstancias han llevado a la oratoria, se acercó al pretil de hierro para anunciar:

—Ha habido que alterar el programa; los actores de la fiesta no han llegado...

No habían llegado los poetas. No habían llegado los alumnos de la Escuela de Periodismo. Sólo estaba allí, bajo los balcones, llevando en andas al «Santo», al poeta místico, a San Juan de la Cruz, un pueblo entero. Un pueblo, la color morena, oscuras las arrugas y negra sobre negra la pana bella de las chaquetas.

Como había que improvisar, sacar de nuevas fuentes el agua de la fiesta, el Alcalde propuso que hablara el padre Eulogio de San Juan de la Cruz, prior del convento de los Carmelitas Descalzos de Avila. Y dicho y hecho. El pueblo, el bello pueblo de las zamarras y las mantas negras cambió el pie sobre el que descansaba. Una mujer dijo:

—Está muy bien.

Desde el balcón, al que llegaba como en limpios sobresaltos el viento de la llanura, el toro frío de los altos, podíamos ver el

asombroso aspecto de Castilla. Alguien, a mi lado, decía:

—La España encantada.

El balcón estaba casi sobre las cabezas. Era un balcón-estrado democrático al que llegaba, como el viento, el silencio o la voz de las gentes. Cuando acabó el prior de los Carmelitas, un hombre de zamarra azulenca, alto él y roja la ancha frente, se permitió un grito inesperado:

—Que nos eche otro poco.

En ese momento, tácita e intuitiva, se establecía una entera cordialidad del balcón a las gentes. Hondas, oscuras, serenas, las caras parecían querer seguir escuchando la historia de San Juan de la Cruz, «mozo que fué de esta tierra de Fontiveros».

VERSOS DESDE EL BALCON

El único poeta con libro bajo el brazo, con poesías dobladas en los bolsillos, era en aquel momento José García Nieto. Estaba en el balcón con nosotros, a mi lado, diciéndome:

—Yo nunca eché versos desde un balcón.

Otra vez, como antes, el pueblo cambió de postura para estar quieto, bien parado y bien puesto ante los versos. Casi a ras del balcón, entre sus hierros, aparecía el estandarte, que llevaba un hijo de la tierra. Un hombre delgado y de estáticos y fijos ojos, que de puro atentos le hacían abrir un poco la boca. A un lado, como cerrando los límites físicos, una mujer gruesa, la tez viva, envuelta enteramente en el

manto negro, cuidaba de la furia y la broma de los niños, el puestecito de los caramelos multicolores, llama de banderas rutilantes que, no sé por qué, desde el balcón apetecían.

Cuando comenzó a levantarse la voz de García Nieto y comenzó a contar en verso la música íntima del hombre, el silencio era tan ancho que pesaba. Por una extraña y hermosa condición de la plaza de Fontiveros, las palabras del recitador chocaban con las cercanas paredes de los muros próximos y volvían a presentarse como un eco sonoro ante nosotros. Como un compás. Así, oímos dos veces:

*Sube la nieve a los eneros.
Por cada noche de su escala
hay una estrella, casi un ala
para los ángeles romeros...*

De vez en cuando el sol corría como un río de oro entre los mantos y las toquillas negras. Entonces los hombres levantaban las grandes, fabulosas manos hasta la frente para buscar bajo las palmas un alero de sombra. Los monaguillos de Fontiveros, blancos ropajes, la naricilla colorada, miraban con sus ojos templados y picaros a García Nieto. Las paredes nos lanzaban encima el eco repetido del viento poético:

*Lleno de Ti, Señor; aquí tu
[fuente
que vuelve a mí sus múltiples es-
[pejos
y brillanta mis límites de hom-
[bre*

Cuando se acabaron los poemas del bolsillo, las tres dobladas cuartillas del poeta, la conversación de los castellanos se asomaba al balcón: «Otro más.»

Recordaba que antes, cuando se asomó a su cátedra el padre Eulogio de San Juan de la Cruz, comenzó: «Estoy contento de volveros a ver y de hablaros nuevamente.» Y lo decía recordándoles que algún tiempo atrás vino a predicarles. Pero el pueblo de Fontiveros, como cuando el Cid, que nada hacía sin consultar a su mesnada, por boca de una mujer le contestó: «Nosotros también estamos contentos.» Castilla, hija de señores.

«SALIENDO EL SANTO SALE TODO EL MUNDO»

La Fiesta de la Poesía nos hizo levantar temprano. Ir a Fontiveros, en Avila, me dió el gusto de estar en las calles de Madrid a las siete de la mañana. Antes, en casa, mi hermanillo José Antonio, alborotado por el ruido, aunque ligero, se asomó a la ventana para ver si era de noche y volvió con sus cuentas echadas:

—¿Sabéis que hay estrellas todavía?

En el camino, hacia la casa del director general de Prensa, don Juan Aparicio, que esperaba ya a pie firme, bastón-estoque y corbata americana de cordón, García Nieto me contaba el programa de los actos. El itinerario del día.

El coche fué bien y fué mal. Fué bien porque nos llevó justamente hasta la misma puerta del Gobierno Civil de Avila. Fue mal porque, cierto augurio, se paró antes en el camino por entre la neblina de la Sierra.

Cuando llegamos a Fontiveros, aumentada la expedición con la presencia del Gobernador, Alcalde y un grupo de autoridades provinciales, la procesión de Fontiveros, rectas hileras que comenzaban con los niños, estaba ya en marcha. La fila inmensa, menuda de los niños se escorbaba tan pronto a la derecha como a la izquierda. Cuando llegamos, tras el «Santo», a la plaza se nos apareció en monumento. Bajo el bronce, sobre la piedra, y a sus pies esta breve plegaria: «Señor, padecer y ser despreciado por Vos.»

A mi izquierda, hombre con hombre, si así pudiera decirse de su breve estatura, un labrador, Aniceto Martínez, hombre más bien bajo, quizá con altura de niño espigado, pero de alerta y vigilante mirada, me dice:

—No falla, cuando sale el Santo sale todo el mundo...

Aniceto Martínez, buen amigo para la fiesta de acompañar a San Juan de la Cruz, me va diciendo:

—Esta es la casa de San Juan de la Cruz.

Yo miro por entre sus manos apuntadoras la pared de ladrillo y la ventana de hierros, con cruz de piedra arriba, por la que Juan Yepes, hijo de tejedores, como Colón, miraría pasar los hombres de Castilla. Aniceto mira a la ventana durante un momento, ganado por no sé qué extraños pensamientos. Luego, otra vez a andar a su corto pero ligero paso.

UN TELAR QUE ANDA SOLO

Estamos ya sobre las losas que fueron en su día el telar de los padres de San Juan de la Cruz. En la misma casa los carmelitas edificaron un convento y una capilla, que generalmente no se abre nada más que durante la fiesta del Santo.

—Cuando la Iglesia celebra su nacimiento divino—dice a un grupo de hombres el prior Eulogio de San Juan de la Cruz.

En la capilla, mujeres y hombres cantan con lenta y hermosa entonación una canción que se me escapa dos veces. Hasta que pregunto a una niña, que sale huyendo. Hasta que pregunto a otra:

—¿Qué dice la canción?

—No sé.

—¿Si que sabes.

—Pero es muy larga.

—Sólo el primer verso.

Del Carmelo la Santa Montaña se ha vestido de nuevo fulgor porque brilla en el cielo de España la aureola de Juan el Doctor...

—Ves cómo la sabías

—Pero es muy larga—se queja nuevamente.

Y sale disparada hacia un grupo de niñas, a las que cuenta su aventura:

—¿Qué quería?—la preguntan.

—Pues lo «Del Carmelo la Santa Montaña...»

—Pues si eso lo sabe todo el mundo.

—No será de aquí—dice una niña rubianca, que parece llevar la voz cantante.

Tal como es en la organización interior de las habitaciones, claustro cuadrado y servicios, este convento carmelita puede servir de modelo exacto a los demás del mundo. Los habrá mayores y de menor capacidad, pero siempre se ajustan a este modelo. Así lo explica el padre Eulogio de San Juan de la Cruz.

Uno mira las grandes paredes, los muros fríos, las losetas desnudas de la retórica de las alfombras, que los pies de los carmelitas «descalzos» han pisado sin cesar durante siglos, y se siente una entera serenidad. En un rincón, voz cordial y amiga, el grupo visitante rodea y pregunta al carmelita. Este contesta:

—Dejamos la casa, sí. Pero nosotros hacemos verdad lo de ciento por uno. Abandonamos—dice con su palabra antigua—una casa más o menos abastada y se encuentra uno cientos de casas carmelitas por el mundo. Se presenta uno a ellas en Francia o en Alemania y es recibido inmediatamente.

El convento, que ahora está abandonado por la Orden, sirve de escenario escolar de Fontiveros. Nada menos que siete escuelas de niños y niñas se alojan bajo sus muros. Y arriba, además, las habitaciones de los maestros.

—Y el cuartel de la Guardia Civil—añade un concejal.

Pero la conversación no se acaba ahí. Transcurre rápido y feliz el tiempo entre la capilla y el convento. Aunque frías las losas, nadie tiene prisa de escapar.

—¿Quién es el dueño actualmente del convento?

—El Ayuntamiento...—dice el Alcalde.

—La Orden...—dice don Eulogio.

Y los dos poderes, la vara del Alcalde y la autoridad del descalzo, sonríen amistosa y cordialmente a los respetivos derechos. Mientras tanto, casi milagrosamente, toda la mocedad de Fontiveros se ha educado bajo estas paredes. Cada niño puede sentir diariamente desde su banco de trabajo, desde su abecedario, el latido y el ritmo de un telar que anda solo: el de San Juan de la Cruz, niño como ellos.



La procesión de San Juan de la Cruz por las calles de Fontiveros



El Santo rodeado por las gentes castellanas durante la fiesta de la poesía española e hispanoamericana

Quando llegamos al refectorio, al que han quitado la acostumbra calavera que es obligada exista frente a la mesa de la pítanza carmelita; al comedor de grandes muros, donde se ha colocado, con manteles blancos, el escenario para la comida de hoy, una gran estufa caldea el ambiente. Alguien tras mí, satisfecho y compuesto el gesto, se confiesa a un amigo:

—No hacía nada más que pensar en el frío que íbamos a pasar durante la comida.

Lo curioso es que el acompañante contestó con la misma lección:

—¡Y yo!

No me quedó más remedio que conceder un nuevo voto de gracias a la eficacia del Alcalde de Fontiveros. Dos comensales abulenses pensaron que bien está el cochinitillo, pero que mejor está al lado de la lumbre.

FONTIVEROS POR FUERA

La carretera que lleva a Fontiveros, recta blanca entre los trigos y los bueyes negros de altos lomos; es un pueblo «de unos dos mil habitantes», que dice su Alcalde, y situado en el centro de ese triángulo cerealista de Avila que es La Moraña. A boca del viento que uno se asome terminará por encontrarse, nada

más separarse de las paredes de sus casas, con la llanura de Castilla. Con Arévalo, que está cerca. Con Madrigal de las Altas Torres, que está próximo. Lo que quiere decir que es tierra cien por cien de Isabel de Castilla.

Y a veces ni necesario es separarse de las paredes. Por cualquier hueco entre ellas se ve dilatada la distancia, triplicada ante los ojos cualquier distancia que se pueda medir en las pupilas.

Fontiveros es un pueblo de bajitas casitas, de bellas y achatadas casitas, que tienen de vez en vez balconillos de madera, tras los que se escuchará en invierno el leve paso del sol. Casitas de ladrillo y adobe, porque la piedra es casi desconocida en estas zonas de permanente tierra para trigo, que calientan las unas en las otras los costillares fríos. En la plaza, ya lo hemos visto al pasar en la procesión, está el «Santo». Frente a él, también pequeña, distancia mínima entre el suelo y la primera ventolera del aire, está la antigua, casi prehistórica capilla del siglo IX, en que se bautizaron muchos hombres y mujeres de Fontiveros. Una iglesia que este año es patera, lugar donde el trigo encuentra asilo. Iglesia convertida en hucha del pan de los hombres. Una parroquia carcomida, abandonada, pero que sigue sosteniendo entre sus muros el ahorro de los ahorros, el pan, que antes se daba a los pobres, cuando yo era niño, y ahora se mira con tiento. Que ahora se da a quien pide dinero moliente y batiente.

En una de sus calles, descarnados y fríos los ladrillos, está el escudo de un convento carmelita. Pero sin la cruz arriba, que es la señal de seguir la reforma de San Juan de la Cruz, la vuelta a las reglas primitivas. Veintuna monjitas viven en él. Veinti-

una monjitas en el gran caserón haciendo frente al invierno que comienza. Que comienza a pesar del día que comienza ahora, al filo del mediodía, a despejar y a peinarse con sol y frente clara.

Una sobre todas las demás conclusiones prevalece en el recorrido del pueblo: la de ser claro, alegre, despejado.

UNA PARROQUIA QUE PARECE UNA CATEDRAL

Delante de nosotros, del grupo que pisa la impaciencia de enterarse de todo, de saborear cada paso, marcha el paso dulce del cura párroco. Don Pablo Tejedor, que así se llama, con alma de niño, se acaricia corriendo la mano por la calva cabeza, que tiene por los lados un pelo blanco que parece lana; se le agranda la garganta y le brillan los ojos tras las gafas cuando habla de su parroquia. Y es justa su sonrisa.

La parroquia de Fontiveros, del Fontiveros que fué «Fontiveros», tiene en principio una planta enorme. Parece una catedral.

—¿Sabe usted cuántos caben? —me pregunta don Pablo.

—No, desde luego.

—Pues han entrado aquí doce mil personas. Mire desde aquí, desde esta columna, y lleve la mirada hasta el fondo. ¿No podría ser esto la superficie de una iglesia de pueblo?... Pues tenemos diecisiete naves como ésta.

UN PUEBLO DE DIOS

Seguimos andando por la iglesia con los pies sin cansancio que dan los días libres, los días de fiesta. Estamos ahora ante la capilla de don Diego de Arana y su esposa, secretario un día de Felipe II. En la pared, junto al altar, un estrecho retrato dibuja, arrodillado y negra ropa, como los campesinos, la sagaz mirada, el fino porte del secretario que viera de frente durante muchas mañanas al Rey que no veía ocultarse el sol. La capilla fué fundada en sufragio del alma de Felipe II.

El director general de Prensa mira con una detenida y vivaz mirada de político el gesto del secretario del Rey. Cada uno hilvana su sorpresa.

Yo recuerdo ahora las palabras finales del discurso de don Eulogio, de la conversación de balcón a pueblo que se celebrara hace una hora:

—¿Y sabéis por qué España, este pueblo pobre, es el primer pueblo de la tierra? Porque es un pueblo de Dios.

Y nadie pareció dudarlo. Un hombre de los que llevaban las andas de San Juan de la Cruz a puro peso de hombre se arregló entonces, maquinalmente, la manta que rodeaba su cintura, que le caía en flecos sobre los pantalones.

Todo eso lo recuerdo ahora viendo la parroquia de Fontiveros, iglesia perdida en la llanura del frío y del sol, guardadora de bellas estatuas románicas del siglo IX, de tablas flamencas firmadas por maestros, mientras desde uno de sus altares se levanta el bello trazo de una «Inmaculada» de Alonso Cano.

—¿Y vió ésta?—dice don Pablo Tejedor.

Y sigue, incansable, mientras



El auditorio de labradores de Fontiveros sigue atentísimo el recital poético

el pueblo, el fiel pueblo, en perfecto silencio, se acerca al altar mayor.

SEISCIENTAS CUARENTA HECTÁREAS DE RIEGO

Y, sin embargo, dentro de ese su sereno acento, Fontiveros no deja de crecer. De irse hacia arriba.

—Hace veinte años, por no tener, no teníamos ni luz eléctrica, ni riego—me dicen.

—¿Y ahora?

—Como unas seiscientas cuarenta hectáreas.

Hay así en la conversación con los hombres de la calle, con el primero que se tropieza uno, cierta imprevisión maravilla.

El veterinario del pueblo, bien alegre, explica:

—Fontiveros tiene siete tractores, y ciento cuarenta están registrados ya en La Moraña.

—Se va a tener que dedicar a arreglarlos y dejar las mulas.

—Aquí, ¿sabe?, todos somos ya tractoristas.

Glicerio López, jornalero, un hombre espigado, que se ve en él la cuidadosa mano de su mujer para el día de fiesta, me cuenta que es uno de los ochenta obreros a los que han dado un huerto familiar. Huertos familiares con su pozo para el agua, con su pesca de agua para el riego.

—¿Qué paga por el huerto familiar, Glicerio?

—Pues pagamos veinte pesetas anuales.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Tres.

—¿Y qué pueden recoger en ese terreno?

—Podemos recoger las judías y las patatas que consumimos en la casa durante el año..., sólo que yo este año planté cebada porque la tierra estaba muy fuerte... ¿entiende?

—Yo, la verdad, amigo Glicerio, no entiendo mucho. Sólo que yo, Fulano de Tal, cronista, me alegro que un español de Fontiveros, cuna y origen del Santo Patrón de la poesía española, tenga un huerto familiar del que puede recoger para todos los días del año las alubias y las patatas necesarias. Y que los tres hijos de Glicerio López comiencen a andar ligeros de pies, si son pequeños, y aprendan las letras allí, en el convento-escuela. En el «telar» del Santo.

«CAFE DE REDACCION... CON COCHINILLO»

La tardanza de los alumnos de la Escuela de Periodismo tenía a todo el mundo inquieto. Diez veces el coche del Gobernador Cívico de Avila había salido hasta el pueblo próximo para intentar establecer comunicación telefónica con los pueblos de la carretera. Por fin se supo que venían..., pero sin frenos.

Cuando llegaron a Fontiveros su mocedad arrebató el silencio. Uno de ellos advirtió seriamente que era hora de comer y que no se admitían réplicas. Y como, además, no las hubo, nos santiguamos, rezamos y comimos.

Hubo, entre más cosas del menú que se descubrió había preparado el Alcalde, cochinillo asado, que vino a cortar, a usanza de la tierra, la cocinera. Venía armada, simplemente, de un plato, y sólo con él, usándole como rueda y cuchillo, partió la carne.

Después de la comida el director general de Prensa quiso presentar a Fontiveros, al pueblo que terminada su comida se asomaba, encantado, a la puerta y terminó por adentrarse, entre alegre, serio y curioso, al comedor «café de Redacción». Propuso, entra la inimitable y fabulosa alegría de los alumnos, que desde ahora se celebrarán los «café de Redacción» con cochinillo asado en vez del famoso y sabido café con leche de siempre. No hay que decir que no hubo la menor oposición.

Un alumno frontero de mi mesa, catador de su tercera y altiva ración de asado, señor al que traspasaba una alumna la quijada dorada y gentil del cochinillo, asintió por todos nosotros. La madre de la poetisa cubana Dora Varona, atendida en la conversación de la mesa por José García Nieto, se volvió para decirme:

—Igual que en Cuba el asadito.

—No, señora; en Cuba igual que en España.

La señora, como si lo oyera por primera vez y eso la incitara a recoger todos sus recuerdos, se apresuró, gentilmente, a decir:

—¡Si es que en Cuba hay más españoles que cubanos!...

Cuando fué abierto por el director general de Prensa el «café de Redacción» comenzó en Fontiveros, ante su Alcalde y corcejales de la amplia sonrisa, el cero de las entrevistas y las preguntas que, desnudas, se hacían entre sí los alumnos.

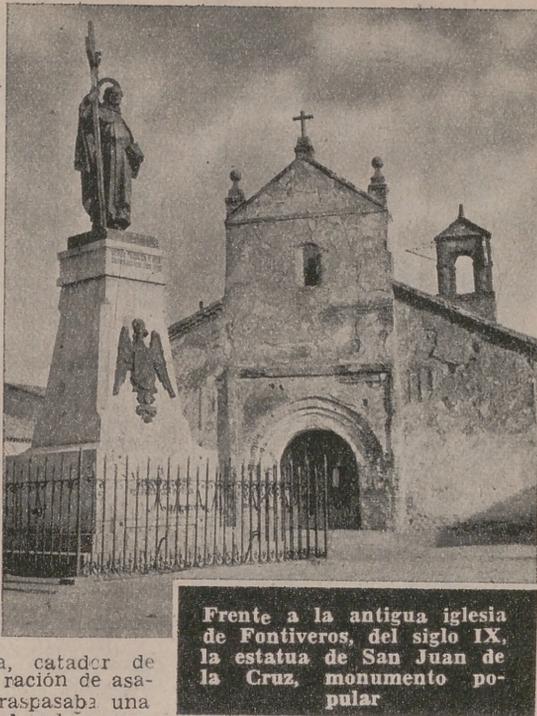
El Alcalde y el médico de Fontiveros solicitaban el establecimiento de un centro de estudios sanjuanistas en el pueblo. El Gobernador Civil terminaba sus palabras con una triple evocación: Castilla... «en estas tierras del dorado trigo, han aparecido Isabel la Católica, Santa Teresa y San Juan de la Cruz...»

Cuando a las cinco se cerraba el torneo con el besamanos cumplido de los alumnos al menú, la Escuela de Periodismo había ganado una batalla en plena llanura. Podían cabalgar entre los trigos ante la boquiabierta admiración de las gentes. Y sólo pidieron una cosa: media hora para ver Fontiveros.

RECITAL Y COLOQUIO

Hubo que abandonar Fontiveros porque en Avila, capital, se centraba el verdadero caballo de batalla de la Fiesta de la Poesía: el recital y el coloquio de la Escuela de Periodismo.

Yo llegué con la anticipación necesaria para ver cómo el Alcalde, por sí mismo, dirigía las últimas operaciones. Para ver cómo los poetas cambiaban la lana por la seda: el traje de cada día por el smoking. Rafael Montesinos, que no tiene en cuanto a



Frente a la antigua iglesia de Fontiveros, del siglo IX, la estatua de San Juan de la Cruz, monumento popular

peso nada que perder, porque se iría al viento, se metía con García Nieto, que engordaba. «No miréis—decía púdicamente éste—. Hasta los treinta años tuve un peso ridículo de 52 kilos. Entonces no salía de las farmacias: me pesaba en todas...»

Zepeda, el poeta nicaragüense, talla de madera rubeniana, se retiraba frente al espejo, Córdoba Trujillano, «del país», de Avila, aunque en Madrid andaba con los pelos tan revueltos y la mirada tan detrás de las gafas que parecía haber perdido infaustamente todos los versos de la noche.

Dora Varona, la poetisa cubana, se presentó, inopinadamente, la melena caída sobre una mantelita plateada y los vivisimos ojos negros, casi tintados, viendo un exacto y bello traje negro de gala.

Y, así, en el salón lleno, presentes las autoridades y el señor obispo, comenzaba en Avila la recitación de los poetas. Rafael Montero, director de Radio Avila, siguiendo el hilo de un itinerario íntimo y musical, preparaba el camino. El repetía:

No hay un castillo en Castilla más fuerte que tu muralla...

Le llegó la vez a Rafael Montesinos que hubo de levantar la débil pero alegre cadencia andaluza de sus sonetos para que llegara al fondo último de la sala.

Córdoba Trujillano, con la vez entre cansina y olvidado de sí mismo y de los demás, recitaba en su poema «El hombre» los versos líquidos de «oy un viento azul de todos los países...»

Cuando le llegó el turno a Zepeda, el nicaragüense, «el azteca», que había dicho el conserje del Ayuntamiento de Avila cuando entró, comenzó en cierta manera el torrente. Tiene una voz lenta, casi enorme, que convierte sus versos en salmo. Por contraste con él llegó la ligereza tibia, de pies ligeros de la recitación de Dora Varona, quien además, para demostrar que la saeta duerme



La presidencia del coloquio que tuvo lugar en Avila como continuación a los actos de Fontiveros

en manos de mujer, hacia un leve inciso con su bella voz hispanoamericana para leer, como quien no dice nada, este epigrafe, que encabezaban unos versos suyos: «Yo nunca tuve un perro, pero conocí un hombre».

José García Nieto se acercó a la mesita desde la que se transmitía el mensaje poético con dos libros. Anticipándose a todos, el director de «Poesía Española» anunció:

—No los voy a leer todos.

Restablecida la calma, el lirico García Nieto comenzó su parte. Recordó entonces que en la mañana, cuando se le dijo que tendría que recitar desde el balcón del Ayuntamiento de Fontiveros, alegre y burlescamente añadió: «Gritaré lo que quieran.» Ahora, en el silencio, vuelto hacia sí mismo, eligió los «Poemas por mi hija», aunque después dijo: «Ya tengo dos.»

«MADRID, BARRIO DE AVILA»

«Hemos traído el coloquio hasta la ciudad de Avila, hasta la ciudad de la Santa—decía el director general de Prensa—, porque estamos convencidos que la Santa nació en Avila para hacer bueno eso de «Madrid, barrio de Avila»...»

El coloquio tenía como mantenedores a Rafael Montesinos,

En las losas del «telar del Santo», los pies de un carmelita descalzo...



Fernández Blanco, el padre Eulogio de San Juan de la Cruz, Córdoba Trujillano y García Nieto, presididos por el director general de Prensa.

En el sorprendido auditorio comenzó a librarse, clásicamente medida por el director general, la lidia de cien toros distintos.

García Nieto se vió asaltado, una vez más, por la pregunta de Yale, uno de los alumnos de la Escuela:

—¿Es cierto, la verdad, la verdad, que el libro de Juana García Noreña es suyo?

—Ya he contestado en otras ocasiones. Ese libro no es mío.

—Lo escribió, pero no le gusta—interrumpió don Juan Aparicio Casains interrogó a Córdoba Trujillano con un aire entre serio, malintencionado y festivo con esta alegre sátira quevediana:

—¿Es usted poeta?

—Por lo menos se ha puesto el smoking—decía, cordialmente, el director general, para quitar hierro a la broma.

—¿Por qué lo es?—añadía, imperturbable, F. Casains.

—¡Hombre!...—decía Córdoba, cogido entre los fórceps de la embestida.

POESIA ERES TU

Zepeda, el Eduardo nicaragüense, se vió constantemente asacateado por los alumnos. Todos querían saber del otro lado del mar.

—¿Quién es el poeta de habla castellana que sobresale en la actualidad?

El poeta hispanoamericano, con su voz lenta, contestaba:

—En habla castellana no existe nadie que sobresalga en estos momentos de forma decisiva.

—¿Qué poeta español le recuerda más a los hispanoamericanos?

—Aleixandre es el más hispanoamericano que conozco. El poeta sobre el que tiene más influencia el paisaje. Y el paisaje es vital, por supuesto no exclusivamente, para el americano. Presenta allí dimensiones colosales. Nadie puede oponerse a la viclencia del paisaje... Sin embargo, Gerardo Diego es más leído allí que Aleixandre.

—¿Qué opina—preguntó un alumno—sobre el «Canto general» de Neruda?

—El «Canto general» es un cajón de sastre: algunas cosas que están a la altura de su obra buena, pero el resto hay que cogerlo con pinzas...

Un alumno, largo el pelo negro, con un aire febril que dominaba con un hondo deseo de seguridad, le interrogó:

—¿Quiere contarnos los motivos de las peleas callejeras que han ocurrido en Chile en torno a la poesía militante de Neruda?

—Yo no llamo a eso poesía; lo llamo peleas callejeras.

—¿Comparte usted la posición de Neruda?

—Está claro, después de haber recitado mis poemas, que no la comparto.

Una señorita, bella ella, se levantó para interrogar a Zepeda:

—¿Qué es poesía?

—¡Poesía eres tú!—contestó, rápido y decisivo, el poeta.

«SOY CASADO, SENO-RITA»

Una señorita, abierto el bolso de la curiosidad, preguntó a José García Nieto:

—¿Ha escrito usted versos que no conoceremos, versos para usted sólo?

—Soy casado, señorita—contestó rápida y alegremente el poeta.

Pero no se libró de más preguntas. Hubo de contestar a las que se referían, concretamente, a diversos conceptos de la poesía de San Juan de la Cruz, hasta que nuevamente una alumna le preguntó a bocajarro:

—¿Ha ganado más dinero con la poesía que si hubiera sido jefe de Administración de tercera clase?

—Es que soy las dos cosas, señorita—contestaba García Nieto, que poco antes se quejaba a nosotros de que sus puestos administrativos eran de poco dinero.

EL ANGEL DE LA GUARDA

Lima preguntaba a Montesinos:

—¿Cree usted en el ángel o en la musa en la poesía?

Otro alumno interrumpía:

—¿Y qué me dice del «duende»?

Montesinos, con su ligera voz, comenzaba:

—Creo en el ángel.

—¿En qué ángel?

—En el de la alegría, en el de...

—No hay más que un ángel, el

Ángel de la Guarda—interrumpía el director general de Prensa.

Se había pasado revista, cara al pueblo, al espectáculo brillante de una forma nueva de servir a la inteligencia cuando don Juan Aparicio apuntó con su mano al fondo y dijo:

—Usted, señor.

Era un hombre joven, rubianco, vestido de negro, que quiso preguntar al padre Eulogio de San Juan de la Cruz, que ya había contestado varias veces a los alumnos, algunas aclaraciones a conceptos que defendiera días antes en una conferencia sobre San Juan de la Cruz.

Los dos, ni el prior de los carmelitas, ni su interrogador, parecían dispuestos a ceder terreno. Entonces se disparó la saeta de don Juan Aparicio:

—Las polémicas locales, el «Diario de Avila»...

Así terminaba, entre el aplauso, el coloquio. La Fiesta de la Poesía se queda vinculada al 24 de noviembre, al día de San Juan de la Cruz, pero sin dejar atrás la otra, la de la primavera. Los poetas estarán en el quieto, concreto y redondo día de San Juan de la Cruz y estarán los versos también en el colupto abrileno de la primavera. Hay versos para todos. José García Nieto, a una pregunta había contestado:

«Somos en España oficialmente reconocidos alrededor de los cuatrocientos poetas, de los que unos cincuenta parecen ser los de más valía. Tendrá que pasar el tiempo para que, lo mismo que sucedió con el siglo XIX, se produzca la revisión espontánea que sitúe en primera fila a los dos o tres mejores.»

Camino de vuelta a Madrid, en la Avila silenciosa, en la Avila monacal, podíamos seguir en la plena sombra el alto corpachón de sus murallas.

Enrique RUIZ GARCIA
(Enviado especial)
(Fotografía de Aumente.)

MIS ACTIVIDADES COMO SECRETARIO PARTICULAR

Recuerdo de dos viajes de propaganda electoral

Por Francisco CASARES



El Gobierno, presidido por Sánchez Guerra, al salir de Palacio. (Año 1922)

DESDE los comienzos de mi trabajo periodístico quise completar mis ingresos y busqué para ello otras actividades. Los sueldos entonces en el periodismo eran insignificantes. Ha cambiado mucho el valor del dinero y el nivel medio de la vida. Pero aun así, lo que se nos daba como retribución de nuestro trabajo profesional no podía, en modo alguno, resultar suficiente. Yo me casé muy joven—apenas cumplidos los veintiún años—y las obligaciones de un hogar, lógicamente, me llevaban a buscar la posibilidad de reforzar mis exiguos sueldos de periodista. Y eso que siempre estuve en más de una Redacción; me multiplicaba, como hicieron muchos de mis compañeros. Estuve a la vez en la agencia Mencheta—de tan inefables recuerdos, y de la que he dicho muchas veces que era una verdadera escuela, donde uno se formaba y aprendía constantemente—y en *La Epoca*, el viejo diario conservador, al que ya he dedicado en estos apuntes reiteradas alusiones; en el mismo periódico y en la agencia Febus; luego, en *El Sol* sin dejar la Redacción de la calle Ancha, y con todo ello compatibilicé años y años la labor de ayudante de corresponsal de periódicos de provincias. Trabajé a las órdenes del llorado Eduardo Ruiz de Velasco para *El Pueblo Vasco*, de Bilbao, y *Heraldo de Aragón*, de Zaragoza; con Francisco Villanueva, para *El Liberal* de la capital vizcaína; con Gabriel Briones, compañero en *La Epoca*; para *Las Provincias*, el diario valenciano al que sigo vinculado y del que desde hace muchos años soy representante en Madrid. Pero, como digo, no bastaba. Si puedo presumir de alguna virtud, es la de haber sido siempre infatigable trabajador.

SECRETARIO PARTICULAR

Uno de los trabajos complementarios que he desempeñado en diversas ocasiones ha sido el de secretario particular. Creo que llegué a especializarme en la función. Muchas veces he recordado que siendo todavía un muchacho, apenas llegado de Granada, como soldado, leí un anuncio en la Prensa: «Se necesita mecanó-

grafo que pueda desempeñar tareas de secretaria particular.» Era en una oficina comercial que se hallaba en la plaza de San Martín, en la esquina de enfrente al convento de las Descalzas Reales. Me presenté. Me probaron. Tenía que redactar unas cartas de acuerdo con algunas notas que me facilitaron con arreglo a mi leal saber y entender—por lo visto, muy limitados—, y quedaron en llamarme. Recibí a los pocos días una lacónica misiva en la que se me daban «calabazas». No servía. Sin embargo, no me decepcioné. Y seguí pensando en la posibilidad de una colocación de esa clase.

EN HACIENDA

Había ingresado yo en la Redacción de *El Globo*, modesto periódico del que también he hablado ya en estas evocaciones. Allí encontré, entre otros, a Cirilo Reverter, valenciano muy aficionado a la política, que sabía siempre las últimas y más interesantes noticias. Era funcionario de Hacienda. En un Gobierno en que don Juan de La Cierva fué ministro de dicho departamento—allá por el año 18—ocupó el puesto de subsecretario don Rafael Montesinos Checa, diputado por un distrito de Valencia. No sé bien si Sueca o Chiva; Uno de los dos. Este nombró secretario particular a Cirilo Reverter. Y mi compañero de Redacción me llevó a su lado. Me daban quince duros y tenía que estar en la Secretaría la mayor parte de las horas de la tarde.

Montesinos Checa era un hombre metódico, incansable. Un gran trabajador. Las cartas formularias, recomendaciones y respuestas sobre asuntos del Ministerio las hacían en Secretaría, donde había dos funcionarios—Alonso y Pereira—, que llevaban allí muchos años. Sirvieron a la mayoría de los subsecretarios que hubo en Hacienda. Pero las particulares, y especialmente las del distrito, que el citado político cuidaba con gran celo y entusiasmo, las redactaba personalmente. Su costumbre era escribir con una letra muy pequeña, casi ilegible, en trozos de papel. En cuartillas, en el reverso de los sobres, en blocs de notas. Aprovechaba todo. Y sus ma-

nuscritos los pasaba yo a máquina, en papel membretado. Escribí en esa forma, en pocos meses, centenares de epístolas. También me solía dictar, y yo, como si fuera taquígrafo, con signos especiales y abreviaturas, aunque él corría bastante le tomaba literalmente lo que me dictaba.

OTROS JEFES

Después fui secretario algún tiempo de don Jerónimo del Moral, senador por Cáceres y padre del que fué en la zona nacional, durante la guerra director general de Prisiones, Joaquín del Moral. Acudía a su casa, en la calle de Ferraz, y tomaba notas para hacerle luego la correspondencia en el periódico, ya que en mi casa no tenía máquina de escribir. También fui secretario de otro diputado, don Isidro Romero Cibantos, que perteneció al pequeño grupo de amigos de don Niceto Alcalá Zamora, cuando éste era monárquico. Romero Cibantos fué, además de diputado por Motril (Granada), general del Cuerpo Jurídico de la Armada.

En una de las ocasiones en que don Niceto fué ministro—me parece que de Fomento—en un Gobierno de concentración liberal, hizo a Romero Cibantos fiscal del Tribunal de Cuentas. Y allí fué con él. Tenía un angosto y oscuro despacho, junto al de mi jefe. Y me daban ciento veinticinco pesetas, de la consignación de material del alto organismo. Llegó la Dictadura y perdí el destino. Continué como secretario de aquel diputado, que había sido amigo y discípulo de mi padre. Mi padre fué un magnífico ejemplo de hombre de trabajo y se ayudaba, ya alto empleado del Senado, dando clases. Romero vivía en una casa, de la que era propietario, en la calle del Conde de Aranda, a la que acudía yo todas las tardes, después de almorzar. Le llevaba la correspondencia. Casi toda ella referida a la representación en Cortes y a los asuntos del distrito.

EN LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO

Y, por último—lo he referido ya en estas crónicas retrospectivas—, trabajé muchos años como secretario de don Mariano

Marfil. Mi vinculación al que había de ser para mí maestro, padrino y protector constante comenzó el año 1922. Estábamos los dos en *La Epoca*. El, como redactor-jefe. Yo, como redactor palatino y político. Una mañana don José Sánchez Guerra, nombrado por Alfonso XIII presidente del Consejo de Ministros, al darnos en su casa, en la calle de Claudio Coello, 18, la lista del Gobierno, nos dijo, cuando un reporter le preguntó quién iba de subsecretario:

—Ese puesto lo va a ocupar uno de ustedes.

Nos miramos los diez o doce periodistas, extrañados, tratando de averiguar cuál, entre los del corro, sería el afortunado con la designación. Y Sánchez Guerra, que comprendió la sorpresa que nos produjeran sus palabras, aclaró:

—Quiero decir que es un periodista. Por eso he dicho (uno de ustedes). El subsecretario será, si acepta, pues él no lo sabe todavía, don Mariano Marfil, redactor-jefe de *La Epoca*.

Llamé en seguida desde el primer teléfono que hallé a mano y di la grata noticia a mi jefe. Después acudí, presuroso, a la Redacción para llevar mis notas informativas y confirmar a don Mariano la agradable nueva.

Tras de pensar mucho, con cierta timidez, me acerqué al secretario de Redacción, don Francisco Pérez Mateos, y le planté:

—Ya sabe usted que me hace falta algo para aumentar mis pobres ingresos. Yo no me atrevo a decirselo al señor Marfil. ¿Querria usted pedirle que me llevase con él a su Secretaría? Creo que como mecanógrafo puedo hacer buen papel. Y unas pesetillas me vendrán muy bien.

—Pero ¿como va usted a hacerlo compatible con el periódico?

—Pues ya verá. Don Mariano me dejará algún rato libre. Y por las tardes, después de cerrar aquí, puedo ir a trabajar en su Secretaría.

Ya estaba yo casado y, naturalmente, lo necesitaba. Pérez Mateos se lo indicó. Esa misma tarde, Marfil me dijo:

—Me ha hablado Mateos. Vaya usted mañana, a eso de las doce, a la Presidencia. Es la hora señalada para la toma de posesión. Y después hablaremos. Algo creo que podré hacer por usted.

Fui aquella noche a Teléfonos, como siempre. Y cuando volví a mi casa, un pisito interior de la calle de San Vicente, para acostarme, iba loco de alegría. Una

modesta colocación de escribiente me resolvía entonces muchos problemas.

Al día siguiente—no he de ocultar que con cierta emoción y un poco de curiosidad, más que nada por lo que el destino nuevo me podría significar económicamente—me presenté en la Presidencia del Consejo, en la Castellana. No había llegado aún Marfil. Dije a uno de los porteros que era redactor de *La Epoca* y que estaba designado para un puesto en la Secretaría del nuevo subsecretario. Me hicieron pasar a un despacho—el que habría de tener para mi función

durante nueve meses—y allí esperé. Cuando sonaron los timbres, que, siguiendo una vieja costumbre, anunciaban la llegada a la casa del subsecretario, me avisaron. Pasé a su despacho. Y se limitó a decirme, con la seriedad que le era característica:

—Tome, Casares. Estas son cartas que me han enviado aquí, seguramente felicitaciones. Vaya abriéndolas. Luego le diré lo que tiene que hacer.

Empecé a leer aquella correspondencia. En efecto, las primeras manifestaciones de

felicitación y simpatía. Minutos después se celebraba el acto de toma de posesión. Discursos del saliente y del entrante, fotografías, apretones de manos, saludo de los periodistas y todo lo de rigor en esos casos. Cuando el despacho fué quedándose sin gente Marfil se dirigió a los jefes de la Presidencia, que permanecieron allí, y les dijo:

—Tengo el gusto de presentar a ustedes a mi secretario particular, don Francisco Casares. Es un compañero mío, buen periodista. Como yo pertenece a la Redacción de *La Epoca*.

La sorpresa me dejó casi helado. No dije nada delante de aquellas personas, para mí desconocidas. Como si ya antes de ese momento hubiera sido realmente el secretario de mi jefe. Estaban presentes, entre otros, el oficial mayor, conde de Morales de los Ríos, y don Jerónimo Celorrio, segundo entre los altos funcionarios, con el que hice después una gran amistad. Celorrio era hermano de un senador por Zaragoza y buen escritor, don Sixto. En una ocasión fui a Calatayud, invitado por el primero, que tenía allí una casa, espléndida, bien alhajada, como las que suele haber en algunos pueblos españoles. También frecuenté mucho la de Madrid, en la calle de Larra, junto a la Redacción de *El Sol*.

Me instalé en mi despacho. Comunicué mi designación a los empleados que allí prestaban su servicio, entre ellos uno, apellidado Pérez, que me fué muy útil mientras estuve en la Presidencia, y que sigue en ella, ahora con destacada jerarquía administrativa. Y desde esa fecha fui, hasta su muerte, el hombre de confianza de aquel gran periodista, del que tantas veces me he ocupado, y habré de ocuparme aún, en estos capítulos de recuerdos de mi vida.

VIAJES ELECTORALES

En la Presidencia, durante los nueve meses que duró el Gobierno presidido por Sánchez Guerra, supe de todos los pormenores y secretos de la política a lo largo del período del Gobierno conservador. Marfil relevó a Lequerica y a mi jefe le sucedió Barroso, fallecido después prematuramente y que era pariente del presidente que cesaba. Durante esa etapa se produjo la famosa huelga de Correos. Mi protector me contó—fué testigo del hecho—el episodio de la inopinada y sorprendente comparecencia del presidente del Consejo en la «sala de batalla» del Palacio de Comunicaciones, donde dirigió la palabra a los funcionarios postales y a los carteros. Sánchez Guerra era enérgico, con gran sentido de la autoridad, y corrió la huelga en pocos días.

También por entonces se inició el expediente de «responsabilidades» por la catástrofe de Annual, del año 1921. Marfil fué uno de los veintidós parlamentarios que integraban la Comisión. Era cuando el expediente Picasso, general al que se nombró para instruir las diligencias de las que se derivarían las responsabilidades, castrenses y políticas, por el derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla. También pude conocer algunas cosas reservadas, de gran interés, en relación con el ruidoso expediente.

Marfil fué elegido diputado, por el artículo 29 de la Ley Electoral, por Almería, capital. Aunque «encasillado», como se decía en el argot político de aquel tiempo, entendió que era inexcusable presentarse en el distrito y darse a conocer a sus electores presuntos y a las autoridades provinciales. Me dijo que quería le acompañase en su viaje. Y por primera vez—luego he estado otras varias—conoci la capital almeriense. Estuvimos en ella varios días, y Marfil pronunció un discurso muy bueno—era orador fácil y elegante—en el teatro Cervantes, en el mismo escenario donde poco antes se había desarrollado la tragedia de la actriz Conchita Robles, a la que su marido mató desde los bastidores de un tiro de revólver.

Nos acompañó en la visita electoral el senador conservador don Manuel Jiménez Ramírez, persona de gran influencia en la provincia. Y su sobrino Jiménez «hizo política» mucho tiempo en Almería. Creo que su distrito era Cuevas de Vera, donde tío y sobrino tenían importantes propiedades. Conoci allí a las personalidades más relevantes de Almería, que hicieron pronto buena



Don Mariano Marfil en la época en que fué nombrado subsecretario de la Presidencia del Gobierno

amistad con don Mariano y con las que después tuvo frecuente correspondencia, en la que intervine de modo muy directo por mi cargo y misión.

Al llegar el Gobierno que sucedió al que dió lugar a que yo ocupara aquel puesto, presidido por don Manuel García Prieto, y al que derribó la Dictadura del general Primo de Rivera, siendo yo secretario del fiscal del Tribunal de Cuentas, hubo nuevas elecciones y Marfil se presentó a diputado por el distrito de San Clemente, de la provincia de Cuenca. También hube de acompañarle en el viaje de preparación y propaganda electoral. No se me olvidará la odisea de visitar diariamente diez o doce pueblos. En cada uno de ellos había que acudir a las casas de las personas principales. Y en todas nos obsequiaban con vino y magdalenas. Yo estaba ya harto de esas confituras y con disímulo las dejaba debajo de las sillas, las butacas o los divanes donde me correspondía sentarme en las protocolarias visitas. Recorrimos no sé cuántos pueblos. El que fué luego, en la República, ministro lerrouxista Alvarez Mendizábal, de ingrato recuerdo—descendiente del político famoso de la desamortización—, era contrincante de Marfil. También actuaba mucho políticamente en la provincia don José Martínez Acacio, al que conocí como subsecretario de Gracia y Justicia en los comienzos de mi tarea de informador. Era jefe político de los conservadores en Albacete. Sus propiedades se hallaban en Villarrobledo, donde asesinaron los rojos a su pariente don Pedro Acacio, diputado de la C. E. D. A. Pero ejercía mucha influencia en Cuenca. Los amigos más vinculados a Martínez Acacio, verdaderos «caciques»—en el noble y clásico sentido de la palabra—en San Clemente, eran los hermanos Jareño. Uno de ellos, Adrián, ha sido después alcalde de la ciudad. Simpático, inteligente, de gran honorabilidad. He tenido ocasión de verle y hablar con él tras del Movimiento. Y siempre evocamos con agrado los tiempos de la diputación a Cortes de mi jefe.

EN LA DIRECCION DE ADUANAS

Seguí como secretario suyo varios años. En el periódico y en su casa, le despachaba la correspondencia. Desde el año 22 no dejó de llevarme con él adonde iba y podía darme un destajo remunerado. En 1929, al constituirse el Gobierno del general Berenguer, fué Marfil nombrado director general de Aduanas. Allí volví a desempeñar el cargo de secretario particular. Mi despacho estaba junto al suyo, en el último piso del Ministerio de Hacienda. Había un secretario técnico, don Julio de la Peña, alto funcionario del Cuerpo Pericial. Y dos mecanógrafas: Lucrecia y Conchita. Con esta última y su familia, los Navarro, hice una buena amistad. Conchita Navarro profesó como religiosa después del Movimiento y pertenece a la comunidad de la Sagrada Familia, dedicada a la enseñanza. Lu-

crecia creo que se casó y dejó su actividad burocrática.

Le hicieron a Marfil, simultáneamente, delegado del Gobierno en la C. A. M. P. S. A. También me llevó allí, al frente de su Secretaría particular. Alternábamos los dos con el trabajo del periódico—él no lo abandonó nunca cuando ocupaba cargos públicos— la presencia en Hacienda y en la calle de Torija, donde se hallaban instaladas, y siguen, las oficinas del Monoplio de Petróleos.

Y EN GOBERNACION

Al cesar el Gobierno Berenguer y relevarle el del almirante Aznar—el último de la Monarquía—, Marfil fué nombrado subsecretario de Gobernación. También me llevó de secretario. A esta etapa de Gobernación, tumultuosa, precursora del advenimiento de la República, y especialmente a los días finales, cuando se produjo el cambio de régimen—el monárquico y triste episodio de la desaparición de la Monarquía secular a consecuencia de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931—, he aludido ya, circunstancialmente, en estas Memorias. Fué para mí de un intenso trabajo aquel período. Me veía y me deseaba para atender a la obligación periodística en *La Epoca* y *Febus*, mis actividades en las corresponsalías de Teléfonos y la dirección de la Secretaría en la Puerta del Sol. Pero salí adelante airosoamente. La bondad de mi jefe y la confianza sin límites que depositó en mí desde el primer momento me permitieron desempeñar, sin mayores dificultades, el cometido que me había asignado.

OTROS EMPLEOS Y TRABAJOS

Derribada la Monarquía, volvimos a trabajar juntos en el viejo periódico conservador. Yo seguía ocupándome de su correspondencia. Me daba una módica gratificación—no era hombre de fortuna—, y acudía casi a diario a su casa, en la calle de Santa Teresa. Meses más tarde le encargaron de la jefatura de estudios de la Unión Económica Nacional. Allí fuí con él. Mi labor no era de secretario, como en las ocasiones anteriores. Actuaba yo como una especie de jefe de Prensa. En esa organización nos sorprendió el Movimiento. Y nos vimos separados, después de tantos años de labor común, de estrecho y cordial contacto.

Al salir yo de la zona roja y llegar a la nacional acudí, presuroso, a Valladolid. En el hotel Inglaterra, que entonces se llamaba Italia—ha tenido varios nombres—, me recibió don Mariano. La escena del reencuentro fué de gran emoción. Nos contamos, recíprocamente, las impresiones y las aventuras desde que dejamos de vernos hasta que, ya tranquilos y sin riesgo de persecuciones, nos volvimos a reunir en la ciudad castellana. Marfil me dió cien pesetas, las primeras de moneda nacional que tuve durante el período de guerra. Y hubimos de separarnos otra vez. Yo marché a Buenos Aires,



Don José Sánchez Guerra

designado por mis compañeros de refugio en la Embajada Argentina, y él siguió en Valladolid, como presidente que era de la Compañía de M. Z. A. y encargado, con el comandante Rivero de Aguilar, de toda la organización de los ferrocarriles militares en la zona nacional.

Más tarde nos volvimos a ver en San Sebastián. Ya había él conseguido sacar a su familia del Madrid rojo. Y entonces enfermó. No llegó a ver realizada su ilusión de retornar a Madrid. Un mes o mes y medio antes de la terminación de la guerra y la liberación de la capital, murió en la ciudad donostiarra.

Estas han sido, contadas a grandes rasgos, mis actividades como secretario particular. Del Moral, Romero Cibantos, Marfil. Estos fueron mis jefes. A todos ellos los serví—a Montesinos Checa no lo incluyo porque yo no era su secretario, sino más bien su amanuense—lealmente. Creo que me especialicé en esta labor del secretariado. La decepción en la oficina de la plaza de las Descalzas Reales fué sustituida por la convicción, que los hechos acreditaron, de que realmente servía para ese destajo, nada sencillo, de actuar como hombre de confianza de personajes políticos.



El almirante don Juan Aznar

UN MUSEO DE TEJIDOS EN UNA CIUDAD TEXTIL



TARRASA GUARDA UN TESORO EN RICAS Y RARAS TEXTURAS

HACE ocho años, don José Biosca Torres, gerente de una Empresa de importación y exportación de gran importancia, de la que forman parte principalmente los industriales textiles laneros, tuvo una idea que demuestra cómo aún es posible el señorío y la espiritualidad en el mundo de los negocios. El señor Biosca propuso, y fué aceptado, destinar los beneficios de un ejercicio a la creación de un Museo Textil que ofreciera a los estudiosos y a los profanos una síntesis viva de la historia del tejido a través de los tiempos. Aunque residente en Madrid, el señor Biosca sentía la nostalgia de su ciudad natal—Tarrasa—, de la comarca del Vallés, suave y ondulada en su parte baja, agreste y fuerte en su parte alta; de maravillosas primaveras y plácidos otoños, feraz y rica, con una gama de verdes y ocres cambiantes realmente indescribibles. Una comarca que hizo afirmar a un poeta catalán que no había nada como el Vallés. («Com el Vallés no hi ha res.») Y su corazón voló hacia la ciudad tendida a los pies de Sant Llorenç de Munt, ofreciéndole un sueño que los hombres prácticos—que la práctica no es antitética del ideal ni de la poesía, ni del espíritu—convirtieron en realidad.

La vieja Egara, activo y admirable centro industrial textil en la actualidad, continuadora insigne de los laboriosos artesanos del medievo, poseedora de una fecunda y eficaz inquietud, creadora de la primera Escuela de Ingenieros de Industrias Textiles en España, guardadora celosa de sus tradiciones y proyectada sin reservas hacia el progreso permanente, custodiando con el mismo amor y veneración el conjunto románico inolvidable

de sus iglesias que la modernización y buen funcionamiento de sus telares, fué elegida para ser sede del Museo que, en homenaje al hombre que tuvo el sueño, sería llamado Museo Textil Biosca.

DOS COLECCIONES FUERON BASE DEL MUSEO

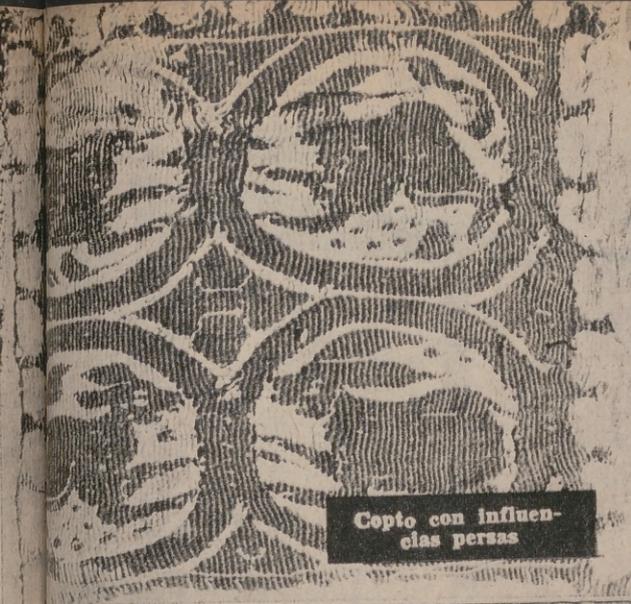
Crear un Museo es obra de años o de minutos. El de Tarrasa

no podía ser de los primeros. La idea tenía exigencias de obra inmediata y no se podían arriesgar acaso siglos para ir buscando, adquiriendo y catalogando piezas que, como las de tejidos, no son frecuentes ni de fácil hallazgo. Era necesario montar un Museo a la americana; es decir, cubriendo con el talonario de cheques las etapas de su creación, sustituyendo los años por el dinero. Afortunadamente, dos co-

Varias
fases
de III
al un
punto
de del
Mila-



Entrada del Museo Textil Biosca, en el edificio del Instituto Industrial de Tarrasa



Copto con influencias persas



Tejido oriental de influencia india



Tela estampada egipcia



Curioso tejido copto

lecciones importantes estaban en venta. Una de ellas se estaba inventariando por el Ayuntamiento de Barcelona, con vistas a su posible adquisición, y era solicitada también por un Museo americano. Pero el incipiente Museo Biosca corrió más y se quedó con ellas. Estas dos colecciones de importancia, junto con otras más pequeñas que se adquirieron, han constituido la base del Museo, que provisionalmente se instaló en la nave de una fábrica, hasta que la adquisición por el Instituto Industrial de un edificio del siglo XIX, que fué el almacén Freixa, con encantador aire de palacio francés; rodeado de bellos y bien cuidados jardines, permitió su colocación definitiva.

Es importante detenerse en su emplazamiento—este edificio remozado con aires de palacio señorial—, que fué construido para almacenes. Pertenece a la época del poderío económico de la región catalana, de su fabuloso y rápido desarrollo industrial. A la época en que los palacios no se levantaban para ser refugio de duquesas de empolvadas pelucas y de lamentos de clavicordio, sino para ser techo de una colmena activa que se movía entre millares de piezas de tela, alrededor de la prensa de enfardar, realizando constantemente envíos a ultramar. No solamente su aspecto exterior es un homenaje al trabajo, sino también su interior. Su

cúpula encristalada, las molduras de sus paredes, los motivos comerciales en alto relieve, todo habla de una época en que hasta el latín aparecía en los mebretes de las facturas y de las cartas comerciales como divisa de las grandes Empresas.

Al adquirir este edificio, el Museo Textil Biosca encontró un marco más adecuado y digno, pudiendo organizar la exhibición de sus valiosas piezas bajo la dirección de un joven doctor en Filosofía y Letras, don Francisco Torrella Niubó, hombre activo y equilibrado al mismo tiempo, que sabe exprimir las horas del día como un limón, sin traumatismos inútiles.

VISITA EN ESPIRAL

El Museo está limitado a una amplia sala redonda, debajo de una alta cúpula, que obliga a la visita en espiral. El espacio está estudiado con inteligencia para aprovecharlo hasta el máximo. Las piezas más antiguas son del siglo III de nuestra era, y corresponden al grupo de telas coptas, que llega hasta el siglo VIII. Su conjunto, formado por un centenar de piezas, es muy valioso. La mayoría de estas telas coptas del Museo tarrasense proceden de los hallazgos funerarios de Antinoo y Ajmín, constituyendo, sin duda, el grupo más importante que existe en España. Los teji-

dos están fabricados en lino, algodón y lana.

Siguiendo el espiral se pasa a las telas hispanoárabes. El tejido artístico tuvo gran importancia en la España árabe, especialmente en las ciudades andaluzas, consiguiendo el mayor esplendor de los siglos X al XIII. Durante los siglos medievales esa industria proveyó a la España cristiana, especialmente a sus Cortes, nobleza, Iglesia y alta burguesía, porque en aquellos tiempos el vestir era un símbolo de poder. Los tejidos hispanoárabes son de una gran belleza, llegando a una extraordinaria perfección en los dibujos geométricos, ya que, siguiendo las normas del Corán, no se representan figuras humanas. Utilizan la seda cultivada en el levante mediterráneo, especialmente en Murcia. El conjunto del Museo Textil Biosca es el mejor de su colección y uno de los mejores del mundo por las series representadas. El grupo de telas granadinas, las de más vistoso colorido de todas las musulmanas, es considerable.

Después se pasa a los tejidos orientales, cuya colección está integrada por telas persas, bizantinas, árabes, turcas, indias, chinas y japonesas. Desde las épocas antiguas hasta la Edad Moderna, se va siguiendo el desarrollo de la industria textil, verdaderamente suntuaria, de Oriente. Los ejemplares mejores corresponden a Bi-

Detalle de la colección de capas pluviales, casullas y dalmáticas



Tejido hispanoárabe granadino

el Museo, así como los de dalmáticas, capas pluviales y casullas, que forman una colección complementaria.

EL TERCER MUSEO TEXTIL DE EUROPA

El Museo Textil Biosca es un Museo valioso. Posee 4.000 piezas, aunque sólo están expuestas al público unas 500. Es el tercero o cuarto de Europa, después de los franceses, entre los que destaca el muy importante de Lyon. Ahora bien: ha sido Norteamérica, sin tradición, la que ha conseguido instalar los mejores museos textiles del mundo. El de Boston, por ejemplo, posee 18.000 piezas de tejido artístico. Siempre buscan, incansablemente, nuevas piezas. No hace mucho que por una de las expuestas en el Museo de Tarrasa ofrecía la directora del Museo, no recordamos si de Nueva York o Cleveland, 4.000 dólares. La valoración de las obras de arte de un Museo es muy elástica y arriesgada, pero no creemos equivocarnos si decimos que el valor de las que contiene el Museo Textil Biosca oscila entre los ocho y diez millones de pesetas.

Tarrasa, que es una ciudad con aliento, que siente el latigazo del estímulo con frecuencia, puede sentirse orgullosa de su Museo. Y sus aspiraciones no terminan donde está. Entre sus proyectos figura el de exhibir en el Museo maquinaria antigua y tejido popular. Entonces habrá completado su sueño. Y el Museo Textil Biosca encajará perfectamente en una ciudad fabril de antigua tradición, entre el ruido de las fábricas y a la sombra de las chimeneas, constituyendo un homenaje emocionado a los «parayres» que muchos siglos atrás pusieron los cimientos de su fortaleza actual.

M. IBANEZ ESCOFET

zancio y Extremo Oriente. Entre los tejidos bizantinos—Bizancio introdujo la seda en Europa—figura un velo eucarístico del siglo VII, pieza completa, muy bien conservada, y una de las más valiosas del Museo.

Continuando el movimiento de circunferencia cada vez más amplio, se pasa al grupo de tejidos americanos, agrupados en dos épocas cronológicas: tejidos indígenas precolombinos y tejidos virreinales y coloniales españoles. Son dignos de admirar en los primeros los coloridos maravillosos que obtenían los incas y aztecas, prueba de una antiquísima y excelente tradición textil. A continuación pueden admirarse los tejidos gótico-renacentistas, la serie más numerosa del Museo, formada principalmente por terciopelos y damascos italianos y españoles. Venecia y Luca son la sede de la industria textil italiana, tan bien representada. Los terciopelos

de aquella época se valoran, museísticamente hablando, según el color, constituyendo piezas exhibibles aquéllas con un colorido que no es abundante. En España, aparte Cataluña, de gran tradición textil en telas utilitarias, pero sin industria de tejidos suntuarios, comienzan a surgir centros textiles en Levante, Andalucía y la Meseta, existiendo en el Museo algunas muestras de aquella industria, algunas de interés histórico, como, por ejemplo, el fragmento del forro del arca de traslado del cuerpo de la Reina Isabel la Católica.

Y la visita termina con las telas francesas y estampadas, que corresponden a la época de los Luises, de flora y fauna exuberantes, vistosas y llamativas. La revolución terminó con la industria del tejido artístico, y el siglo XIX, con el maquinismo, ofrece los estampados. Ambos grupos están muy bien representados en

PAÑERIA SELECTA



Pídala a su proveedor

En Vanguardia de la Moda

S. Fontcuberta

DESPACHO: RONDA UNIVERSIDAD, 33 · BARCELONA



EUSEBIO O LA ESPERANZA

NOVELA



I

S IEMPRE, al levantarse, se le iban los ojos a la tienda de los maderos del barracón como si por ella respirara su alma, ahogada de nostalgias.

—Mirad qué cara de arrobo pone. ¿Qué es lo que tú ves por ahí? Vamos a terminar todos adorando al sol y a la luna como ése—señalaba a Eusebio con sorna Jerónimo, a quien llamaban Cjufis, porque le sonaba a extraño el mote, pues, como decía Miguel Castuera, el estudiante: «El alimento y el sufrimiento iban infundiéndole aspecto y aire—el suelo hace a la raza— de esclavo escuchimizado y soñador, entre músico y ajedrecista.»

Era un consuelo para Eusebio el pedazo de tierra que veía por allí y que lo transportaba, placenteramente, a miles de kilómetros de distancia; a la aldea que dejó al enrolarse como voluntario para ir a la guerra.

—Querrá volar por el agujero y concentra voluntad para ensancharlo. Tiene tiempo para hacerlo si posee fe y paciencia. Si con la fe se mueven las montañas, mejor se abrirán unos humildes maderos y volar—observó el pesimista Julio Reina, sólo dientes y pómulos, bajo la piel que la necesidad entensaba y el hambre crónica pegaba a los huesos.

—¿Volar?—repetió Eusebio como un eco lejano—. Recuerdo que de pequeño, en la escuela, poseíamos un secreto para poder hacerlo; lo vendíamos por nueces, manzanas y bellotas... De pupitre a pupitre nos lo decíamos a la oreja.

—¿Qué secreto es ése?—pidió Valentín Salas, que estaba ya para volar a la otra banda, transido de fiebre, sobre la cama de paja.

—Es muy sencillo. Con él primero te empiezan a salir las alas con su plumón, las plumas y hasta la pelusilla blanda con la caspa de colorines, como se ve en los palomares cuando se persiguen los pichones... ¡qué ricos están escabechados! Pues ese polvillo de la gloria se sacude espolvoreado entre las plumas y... ¡bis, bis, bis!, lo vas soltando camino de la eternidad.

Por Pedro ALVAREZ

—¡Acaba, hombre, acaba!—protestó, dolorido, el enfermo.

—Vuelas si te mantienen, si logras mantenerte más de nueve semanas con sólo tejas de cebolla—dijo Eusebio riendo.

—No lo creo. En ese caso ya hubiéramos volado todos, y más alto, con el agua colada. Es un sistema más expeditivo—ironizó Julio Reina, pasándose las manos por el vientre y hundiéndose el estómago para apagar una sonrisa que se le esbozaba, pugnando entre dolorosas muecas—. Oye, Eusebio, ¿cómo dices que se hacen en tu pueblo los pichones escabechados? Escuchándote se me calma el dolor.

—Se toman los palominos y se pelan...

—¡Que le pelen a ese!—gritaron los que podían hacerlo y entendían el castellano, golpeando con los chanclos la tarima de las literas adosadas a la pared del barracón.

Eusebio calló, y en el pabellón, cuando se aplacaron todos, reinó el silencio, acentuado por el rumor del bosque y el apeonar acompasado de los centinelas.

No podía dormir y volvió a clavar los ojos en la figa. Era una manera de huir de la realidad, sumiéndose en aquella sensación de ausencia con la contemplación del suelo semejante al de su tierra, para vivir como vive anticipadamente el místico los goces de la gloria. Más arriba, desde la litera, veía los troncos corpulentos que cerraban el claro donde se alzaba el campo de trabajo de los taladores, las ramas, las hojas, la umbría, a veces rumorosa como un río oído en la distancia, si soplaban el viento, y, por último, aquel pedazo de cielo que, de noche, en los insomnios, le daba mensaje de la aldea con las lucecitas de minúsculas estrellas, iguales a las del otro lejano, identificado en las constelaciones conocidas que le orientaron por el laberinto de parcelas durante los acarreo o lo echaron de debajo las mantas para enganchar la yunta en las aradas.

Era el mismo cielo y el mismo suelo de su pueblo, si lo veía en pedazos que se colaban por la

fisga o caían bajo su mirada en el breve trozo que podía contemplar con la cabeza baja y a párpados entornados, sin objetos de referencia que distrajeran su imaginación echada a volar desde el minúsculo soporte. Conformado con menos espacio del que necesita una sepultura, veía inmensidades y revivía su vida desde el milagro cotidiano de existir cuando, al fulgor de los cañonazos y al estruendo del combate repellido en estridencias por la nieve endurecida, cayó prisionero. Desde entonces, el dolor de la captura y la desesperanza se unían en una misma sensación de angustia que se le enroscaba en el pecho, sobre todo si oía en la noche, a través de la rendija de las mitigaciones, a rás de la empalizada, el acezo ansioso de los perros adiestrados para rastrear fugitivos, la pausa vigilante de los centinelas o la exaltación de las alarmas rociadas de luz por los ojos de los reflectores, que parecían avivar su resplandor al furioso aullido de las sirenas desde las torretas con ametralladoras.

—Como creo en el más allá, creo en mi pueblo... que algún día volveremos a España—le decía Eusebio a Castuera, el estudiante, su vecino de lecho.

—Con todos los obstáculos, ¿tienes esperanza? Cinco metros de altura en las alambreadas, los perros amaestrados, el bosque, interminables extensiones, los ríos que te salen al paso, la desolación, el clima, las montañas que se alzan infranqueables, el hambre y la sed y, lo peor de todo, el hombre con su desconfianza, con su odio... ¿Y aun tienes esperanza?—le hacía ver el estudiante.

—Yo confío. Más difícil es tener sobre tu cuerpo la tierra apisonada por siglos o milenios, estar debajo de una losa, ser polvo de sepulcro, y un buen día... ¡zas!... oyes una trompeta como la que nos llama al trabajo, y ¡zas!, sales de aquel agobio. Lo mismo que el soñar es un anticipo de la vida del trasmundo y el dormir es la muerte, el despertar es como si resucitáramos. Más difícil es resucitar de las cenizas y los huesos molidos, y yo lo creo, como creo que algún día saldré de aquí.

—¡Qué gracioso eres! Para resucitar hay que morir primero; así es sencillo. Lo difícil, amigo Eusebio, es salir por ti, viviendo... porque muerto es bien sencillo. Así, ¡mirá que gracioso!—ironizó Cjufis.

—Que no pierda las ilusiones, no le quites la esperanza,—intervino con deje pesimista y débil el pobrecito Salas.

—Sólo la muerte nos liberará—dijo Cjufis.

—O la suerte —afirmó Eusebio con un puñetazo en el machón que sostenía la tarima, aislándola de la humedad del suelo, no por dulcificar rigores a los prisioneros, sino para que no se pudriera la madera.

—Estoy más con aquél —bostezó Salas—; con la muerte. Ya me he hecho a quedar aquí de por vida.

Los otros lo miraron con tristeza. Estaba enroscado, tembloroso, como se encogen los galgos en la pajera en el invierno, estremecido por la fiebre, esperando su última hora cualquier día. Castuera, por consolarlo, dijo:

—No nos han matado porque de golpe acabarían nuestros sufrimientos, así nos matan poco a poco... haciéndonos vivir. Muertos estamos casi, sobras de lo que fuimos parecemos, sólo ojeras..., espectros flotantes sobre el aire de nuestras toses con sangre. Ni huella hacemos ya en la paja de los lechos con nuestro cuerpo; la hierba recibe nuestras pisadas sin doblarse, desmayados y lánguidos caminamos... nuestro espíritu se nos va tras el mango del destrial en las talas si logramos asestar un trabajoso golpe...

—Pienso, amigo Castuera, que exageras un poco con tal de echar frases de poeta. A ti te atrae, sin querer, el aire de la poesía; los libros que te han prestado los prisioneros alemanes te hacen hablar así. Sí, la muerte es nuestra liberación, pero yo tengo esperanza en esta vida. ¿Por qué hemos de huir todos como creéis, para salir de aquí? Yo creo que vendrán a sacarnos.

—El anacoreta de la rendija sueña como siempre. ¿Esperas en otra guerra? —preguntó Cjufis—. ¿Que tienen que conquistar todo este país para librarnos?

—Creo, sencillamente, en Dios, y aunque no vieran a sacarme, libre me considero dentro de mí; la libertad está dentro de este pecho que respira. Me pueden quitar el resuello, la vida, y me hacen más libre según decís, pero no habrá tortura en el mundo que me impida pasearme, ahora mismo, por mi pueblo, con Rosita la estanquera—dijo Eusebio, y salió al centro de la barraca, en-



cuadrado por las literas adosadas a la pared igual que pesebreras de establo, contorneándose entre gestos y mimica como si le hablara y llevara del brazo a la joven.

—Hermosa es —dijo un alemán—. Española bonita... ¿Cuándo os casáis?

Castuera, nervioso, mamujaba una paja, sonriendo a los visajes de Eusebio, a las reverencias y tropezones por los desniveles del suelo, ante las tarimas donde los cautivos, inmóviles como estatuas yacentes, aguardaban con indiferencia el momento de salir al trabajo.

Cjufis y Reina pudieron incorporarse y gritar: —¡Vivan los novios!!

II

Con repentes y cautelas para sorprender a los prisioneros tenía mucho de gatuno el caminar del jefe de trabajo por el bosque. Cuando lo veían llegar rebotante de salud, orondo, con las botas enterizas, chirriantes bajo la gordura de su cuerpo bien alimentado, arreciaban en la tala. Aquellos hachazos en la madera, cuyas escandadas se esparcían con furia, encendiéndose en colores bajo el sol cernido entre las ramas, no los activaba el miedo de verlo allí, aunque su presencia fuera una tortura con aquel mondadientes que sacaba mil gestos imbéciles a su cara mogólica y a ellos les removía las entrañas, sino como rabiosa protesta, que le hacía sonreír, golpeándose el pantalón del uniforme con el mango del látigo, cuando no andaba restallante por los huesos de un cautivo.

—Va a resultar ahora que es más trabajo estar mirando lo que hacemos. Observa cómo suda ese bestia—decía entre dientes, agitado, sin resuello, el pobre Eusebio a Castuera, atareados en la limpieza de un gran tronco.

—Ya lo veo. Mientras a nosotros el temblor de la debilidad nos salta por los pulsos, él hace ostentación de visos y rezuma gordura a través del uniforme. Nosotros, amigo Eusebio, somos el espíritu, él es la carne, la materia y representa su papel—cabeceó Castuera.

—Y Salas, ¿qué representa? También hoy lo han dejado venir. Huye de la muerte, no quiere estar solo; le atrae la querencia nuestra como a un perro. Llámalo.

Castuera lo llamó, golpeando el hacha con un canto. Al son del hierro, espiritado de necesidad, se acercó Salas con la piedra de afilar las herramientas.

—¿Por qué has venido según estás? —le preguntó el estudiante cariñoso, mientras amolaba el corte peguntoso de resina—. No debiste hacerlo.

—Me dijo Vargas que nos iban a trasladar a todos los aptos para el trabajo, que los enfermos se quedarían en el barracón... y yo no quiero separarme de vosotros, no quiero... ¿Tan malo estoy? —preguntó anhelante.

—Estás como todos. O mejor, desde que tienes el enchufe de la piedra. Te ha tocado la china en el buen sentido, y de eso puedes alegrarte—dijo Eusebio.

Cuando se fué el enfermo daba la sensación de ver un fantasma con el lastre de la amoladera para que el viento no lo llevara por los aires.

—¡El pobre Valentín ya no es de este mundo! —suspiró Eusebio.

—Se le alarga poco a poco la figura, se parece a un Don Quijote joven, un caballero del Greco... un Cristo de esos que hay en las ermitas románicas de las serranías castellanas, a los que milagrosamente les crecen las uñas y el pelo. El Cristo de Villarrín de Campos...

El látigo del jefe restalló en los oídos, mordiéndole la cara al estudiante.

—¡Trabaja!, ¡trabaja!, ¡trabaja!, ¡trabaja! —repetía como una máquina, mientras en sus ojines expresivos de un mundo de abestias superaciones brillaba una chispa de malicia que humanizaba su asiática faz.

Castuera tiró el destal, cruzó los brazos y lo miró con resuelta serenidad. Erguido sobre la hierba, bajo una raza de sol que iluminaba su figura irrealizándola, parecía la encarnación del espíritu frente a la materia.

—¿Por qué no trabajar tú, español? —dijo la bestia, retremblándole los carrillos de soberbia contenida.

—No me gusta tu sistema. Ese procedimiento de engrasar con el látigo no me place y no trabajo—se engalló Castuera.

—Tú no ser oficial para disculpar trabajo. Soldado, trabajar —dijo el calmuco—. Oficiales, no trabajar; internados, soldados prisioneros, trabajar. Aquí no hay oficial español.

—Españoles, por las malas, no trabajar... morir primero—dijo, contagiado de la jerga, el estudiante.

—Primero trabajar, antes trabajar, después morir si quieres. Trabajo es lo primero—repetía la máquina, del látigo.

Los españoles que trabajaban en el bosque se cruzaron de brazos solidarizándose con la actitud de Castuera. Los demás prisioneros simulaban seguir la tala llenos de temor y admiración, observándolos de reojo. El mogol pretó los puños y, entre acompasado rechinar de dientes y de botas, se alejó por el sendero de los pabellones. Entendió que por las malas no conseguiría nada; lo sabía, conocía el plante magnífico de los oficiales españoles que se negaron a trabajar, y de cuya fama estaban llenos todos los campos de concentración. Hacerse el desentendido era mejor; solos, ellos mismos, reanudarían el trabajo para sacar la tarea señalada en compensación de las miserables raciones de comida.

—Unidos no hay quien pueda con nosotros—arqueó los labios, orgulloso, Cjufis, sacudiendo su melena.

El mejor remedio contra el hambre era el letargo, sumirse en una especie de nirvana, a que se entregaban los que podían, si los zarpazos de angustia en el estómago los dejaba trasponerse. En el silencio, sólo interrumpido por las débiles toses de los enfermos y el chillido de las ratas sin atreverse a salir del espacio del suelo y la tarima, resabiadas con las famélicas persecuciones, el barracón parecía un cementerio al que se le hubiera descarnado la capa de tierra de las sepulturas y mostrara al descubierto la macabra trama de los cuerpos inmóviles sobre las literas.

Afuera ladraban los perros y se oía el chauchau de los relevos de la guardia; al pisotear en el suelo para mitigar el frío. Eusebio no podía ambientarse, por similitud, con nada de su tierra. Estaba con los ojos abiertos, observando la estufa que se alzaba en el centro del barracón cebada de troncos y por cuyos intersticios de ladrillos salían resplandores y tibeizas, lo único amable de aquel antro. El crepitar sonoro de los maderos en la oscuridad de la campana le dió pretexto para los recuerdos

y le brotaron en catarata las nostalgias y las evocaciones. Era este un remedio, una manera de inhibirse de aquella realidad y vivir con el alma en el medio que él prefería. Se le presentó la cocina de claraboya de su casa con las gratas brumas de la infancia. Desde la cama, a través de la puerta de la alcoba, Eusebio podía contemplar el hogar, escuchar los cuentos que su abuelo narraba y que él oía desde allí, acostándose antes. El de «Manolín y la madrastra», el de «El raposo Matías»; algunos luego los representaban. Recordaba, especialmente, el de «El tragamantas». El hacía de ogro, encerrándose en el desván; sus tres hermanas y su hermanito subían a buscar la cucharadita de miel como premio a su comportamiento.

—Primera por primera, no vengas acá, que soy un tragamantas y te voy a tragar—canturreaba Eusebio a horcajadas en la tijera del armazón de la techumbre, coronado de telarañas y con un revólver viejo en la mano.

—Te siento respirar, sé que estás colgado de la viga como un murciélago para caer sobre mí—de la María, su hermana, subiendo silenciosamente la crujiendo escalera.

Oía Eusebio respirar a Salas en la litera próxima y el chisporrotear de los troncos en la estufa le avivaba la evocación.

—Primera por primera no vengas acá, que soy un tragamantas y te voy a tragar—canturreaba Eusebio a cada pedazo salvado por su hermana.

—No seas tonto y baja de ahí. Sé que estás subido en la viga, sobre las pieles de oveja. Dentro de un rato se hará de noche, empezarán a decolarse con ese ruidito metálico que tienen los murciélagos, a salir las lechuzas, a vaciarse a los gatos el cuerpo por los ojos con la luz de las estrellas...

Escuchaba Eusebio imaginándolo desde el barracón de su cautiverio hasta el imperceptible rodar de las chinitas por las tejas en el íntimo arrullo de las palomas en el tejado de su casa.

—Primero por primera—repetía con terquedad de niño.

—Yo no juego. Faltan Pascualita y Claudia y todavía no he cogido yo la miel...—protestaba María.

Sus hermanas se iban y quedaba él subido en la viga, cabalgando de imaginación por parajes maravillosos o daba batalla a imaginarios enemigos, hasta que se cansaba de fantasear y los cachivaches viejos y la oscuridad lo hacían bajar con el libro debajo el bazo, arrugado el entrecejo, lleno de disimulo y mimos a darle un beso a su madre.

El recuerdo de la madre le aplastaba de congoja las entrañas. Para ella eran preferentemente aquellas andanadas de voluntad, las prácticas de telepatía que le sacaban del dolor, en el esfuerzo evocador los sesos de la cabeza. Se la imaginaba con minucia y detalle por la casa en todos los quehaceres cotidianos para que se estableciera una corriente telepática como explicaba Castuera. «Si pudiera yo hacer llegar hasta ti el conocimiento o adivinación de que estoy vivo», rechinaba Eusebio los dientes de impotencia. «¡Cuánto debes sufrir madrita mía!», solizaba sobre el brazo. «¡Cuánto os acordaréis de mí, María, Pascualita, Claudia y Juanito!», cabeceaba con el corazón dolorido. «Primera por primera, no vengas acá... ¡Ven, Dios mío! ¡Si pudieras venir volando hasta aquí, o que yo pudiera ir...»

III

—Ventril, purridera, millinar... —metió Eusebio la cabeza en el corro donde un grupo de teutones aprendía español con Castuera.

—¡Calla, hombre! —lo rechazó Miguel riendo—; ¡déjanos! ¡No vengas tú a formar más embrollo!

—Enséñales palabras con sustancia.

—Pero si esas ni yo las entiendo.

—Pues todas vienen del latín. Don José, el cura de mi pueblo, cuando nos explicaba a mi hermano Juan y a mí la Gramática...

—¿Del latín? —preguntó un prisionero que fué profesor de Filología Románica en una Universidad austriaca.

—Del latín—voceó Eusebio en la oreja, porque tenía la costumbre de hablar como a sordos, a todos los extranjeros—. Con dos de esas palabras, echadas en un caldero de agua, se hacía un buen potaje de garbanzos.

—¿E qué cosa potaje garbanzos? —preguntó un alemán.

Eusebio recorría nervioso con los ojos por el ba-

racón, habituado a buscar objetos que aclararan sus palabras y lo entendieran. El estudiante Castuera reía de verlo tan afanoso.

—Busca, busca garbanzos por aquí...

—¿E qué cosa es garbanzos?—Insistía el discípulo alemán, meditativo.

—Es cosa de comer—dijo, desalentado, Eusebio, palmeándose la boca en un bostezo que lo desquijaraba.

—¡Ah, entonces!—rió el alemán con toda el alma, ingenuamente, como un niño—, imposible sabeglo.

Profesor y discípulos continuaron la lección y Eusebio se sentó en la litera, meditativo. Era incapaz de aprender una palabra de idioma extranjero, no ponía cuidado, como algunos, que sabían conversar de corrido con otros prisioneros en su propia lengua. «El Van» había intentado enseñarle, pero no prestaba atención y no quería. Le sonaba a cerradura aquel «dandalandan, o dandalanduggan» del alemán, que se le entredaba en las telillas de la lengua.

—Por señas, como los sordomudos, nos entenderemos. Además, ¿para qué quieres aprender a pedir cosas si no las vas a tener?—le decía el grandullón de Alberto «El Von», con sus trapos cubriéndose los pies ulcerados, con sus risas de buenazo, cortándole la cara como a calabaza rajada de madura. A Eusebio le agradaba estar junto a él. Sentía más calor, se encontraba a gusto, porque le recordaba a Sotero, un gigantazo de su pueblo. Le daba grandes cachetes en la espalda cuando tenía ocasión porque quería sacarle las risas, que eran lo que más le recordaba al otro. Muchas veces se extasiaba mirándolo y le decía luego a Reina:

—Te digo de verdad que parecen hermanos. Mira que en mi tierra somos finos para apreciar fisonomías, que no se nos escapa quién es de los Infanzones, por ejemplo, y quién es de los Arcos, que está a una legua corta.

—Has de tener en cuenta que allí, en España, hay sitios donde se nota mucho la ascendencia goda en la gente. En Tierra de Campos se ven tipos rubios y con pecas como huevo de pava y con la mandíbula más cuadrada que la trasera de una barca mocha.

—¿Qué hablar de mí?—se acercó Alberto «El Von», sonriéndole con toda su humanidad.

—Que te pareces a Sotero el de mi pueblo.

—E, ¿cómo es Sotero, que no está casado?—hacía alardes idiomáticos el alemán.

Eusebio, entre risas, le explicaba como podía:

—Un buenazo como tú. Un Alberto con alma de niño, aunque nos diera mucho miedo de pequeños a mis hermanos y a mí; bueno como el pan de trigo de cilindro bien heñido. Cuando se presentaba en la cocina de claraboya, manchado de barro hasta las orejas, parecía surgir de las brumas de un sueño de los que nos soñábamos con él. Siempre soplabá en la jarra del vino como si hubiera moscas en el invierno y entre sorbos daba las buenas noches. Llegaba a nuestra casa en enero, después de Navidad para arreglar los aperos del material, para que entiendas, cornales, cinchas, sobeos...

—Díselo a la otra oreja—intervino Miguel Castuera.

—¿Qué estudiáste? ¡Mira que no saber que purridera viene del latín «purreo, purre»...

—¿Por qué no nos dejas dormir?

—«Von» quiere que le cuente cosas, ¿verdad, Albertito?

—¡Oh, sí, sí!—cabeceaba siempre sonriente.

—Yo dormía en la alcoba de la cocina—prosiguió Eusebio con los ojos entornados de placer—, y desde allí veía a Sotero sacarse las alforjas de rajón que se llevan como casulla y limpiarse los chanclos humeantes con un sarmiento que luego pasaba por el lomo de un gato enroscado junto a la lumbre...

—Pero si no te entiende, hombre. ¡Déjalo!—le rogaba Reina.

—Amigo «Von», ¿verdad que sí?—preguntaba importándole poco que lo entendiera o no, metido en la carefilla de las evocaciones—. Al calor de los tragos en la jarra y de los troncos de la chimenea se le derretía a Sotero la escarcha que traía de la calle, envolviéndole una niebla como si viniera del otro mundo. Una noche, Lucas, un criador y él me acorrajaron de miedo. «¿A qué hora lo vas a matar?», le preguntó Lucas. Yo me tapaba la cara con las mantas y me metía los dedos en los oídos. Pensaba qué sería lo que iba a ma-

tar, y estaba atemorizado. Creía que podía ser mi abuelo, para robarlo, a mí, a «Sansón», el perro viejo, cuya piel podía servir para forrar alguna albarda de las que componía. Esto me hace recordar que siempre que teníamos una navaja vieja en las manos, las personas mayores nos decían: «¡Tírad esa navaja, cochinos; le habrá servido a Sotero para desollar algún perro!». La veo ahora como si la tuviera ante los ojos. Tenía la hoja comida de ferruje, que parecía sangre, y en las cachas conservaba pelo de las desolladuras. Se perdía en la rodera y aparecía en los procesos y ciclos de la agricultura en armonía con el tiempo y las estaciones, que diría nuestro intelectual Castuera. Aparecía cualquier día en un mechinal para rallar los cerdos, con perdón, después del chamusco en los mondongos, o en la cabaña de un melonero para calar sandías. Manchada de jugo, desaparecía otra vez en el bolsillo de un muchacho o en el pupitre de la escuela, hasta que surgía nuevamente a la orilla del arroyo por el tiempo de los gaviluchos nuevos. La llevaba cualquiera de nosotros, casi siempre mi hermano Juanito, que tenía mucho aquel para amaestrar cernicalos, cortándole la garra del pico para que no pudiera comer por sí mismo, y le echaba, cortados con la navaja, pedazos de rana, hasta que, más repugnante que nunca, quedaba la navajita entre la hierba para ser olfateada por el perro de un pastor, rebufada por un caballo de la yeguada o retorcida entre los dientes de algún cerdo careado a las lombrices del lodo o a las ratas de los ribazos.

La limpiábamos a puñadas en los linderones y por el tiempo de la vendimia iba a parar a manos de alguna vendimiadora para dar en el lagar y volver a la rodera con las heces de la cuba y caer, indefectiblemente en manos de Sotero para desollar algún perro.

—¿No te has dormido?—preguntó al pobre «Von».

—No, no—sonrió el buen Alberto.

—¿Sabes cuál es el mejor remedio para dormir de un tirón?—dijo Eusebio.

—Oírte a ti—ironizó Reina, que le escuchaba conmovido.

Eusebio, sin hacer caso, continuó:

—Amigo Alberto, Sotero, casi siempre, como nosotros en el bosque, trabajaba de pie, no se sentaba, y en la silla colocaba con cariño su mayor amor: la jarra. El vino le hacía cantar y yo me reía. Se ponía rojo, porque sabía que cantaba mal, pero el vino le movía la lengua, y cada pufetazo y apretón con el «rempujá», ¿no sabes lo que es?; es un redondel como reloj de pulsera, un dedal que se coloca en la palma de la mano; bueno, con el



puño y el rempuja daba un porrazo en la costura, como tienen por costumbre los que cosen, y seguro que era para mí el puñetazo, por la rabia con que lo daba. Si cosía con cuero, y no con udillo, cortaba las correas del correal, uno de piel de perro, extendía la piel ante la puerta del pajar para quitarle la sal y la carne con las apecuraduras. Aquellas correas, muchas veces entre los dientes de Sotero, le servían con el salgado de estimulante para beber en la jarra y a mí para no comer de puro asco que me daba. Ya ves tú lo que son las cosas; si las pillara aquí ahora, también les metía mano. Creo, Albertito, que si cogieras unas cuantas, con carneita pegada, nos sabrían a jamón o cecina curada al humero... ¡quién las pillara!

—¿Sabes cuál es el mejor remedio para matar ilusiones e incluso hambre, lo que más se parece a estar allí donde ahora tú estás?—le interrumpió Castuera.

—¿Qué sé yo lo que vas a decir? Alguna de las tuyas...

—Dormir de un tirón.

—Para hacerlo, diría el jefe, la carne, la materia, hay que tener la andorga llena... la conciencia tranquila, diría Salas o Cjufis, cualquiera de nosotros, más espirituales... Y tú, Alberto, ¿cómo dormirías mejor?—le sacudió una palmada en las espaldas—. De seguro que con un tonel de cerveza y una salchicha como el tronco que tumbamos hoy... ¿verdad, Tragaldabas?

—El materialismo requiere comer... Nosotros nos conformamos con soñar—tragó Salas saliva trabajosamente—. Y aprovechémonos a estos descansos, porque mañana o pasado, según ha dicho Llanos, que se lo oyó a los húngaros, nos trasladan a otro campo de trabajo, cerca de una fábrica. El gallardo gesto de Castuera resistiendo la mirada del «Gordo» y el látigo nos convierte de leñadores en industriales; progresamos técnicamente, para dejar por estas tierras la debilidad y la piel que nos quede.

—Entonces, allí, ¿se estará peor?—preguntó, boquiabierto, Eusebio, ya ahuyentadas las evocaciones terruñeras por la «sangrante realidad».

—No quiero desanimarte; pero al que va le gusta tanto, que no vuelve. Vamos; que no retorna de allí jamás.

—¡Se estaba mejor aquí, cortando vigas de lagar!—se quejó Eusebio.

—Otros vendrán para arrastrarlas al río con troicas y trineos en cuanto entre más el invierno, si es que puede hacer más frío; es la división del trabajo—intervino Reina, ya despabilado.

—¿Qué sabemos nosotros de fundición, de apretar tuercas, de tocar el violón?—se amoscó Eusebio.

—Yo entiendo de eso más. En todos los sitios tenemos que trabajar. ¡Qué más da!—dijo Salas, lleno de cansancio.

—Pero gusta trabajar con la afición de cada uno. Si a ti te va bien eso, a mí me agrada menos meter clavos por unos agujeros que cortar leña, aunque esto sea más trabajoso.

—Descuida; que, seguro, también habrá allí leña—le interrumpió Castuera.

—No me hago ilusiones de no cobrar, de no llevar alguna; pero este trabajo me gusta más. Me fastidia todo lo que huele a carbón o gasolina, a suburbio de ciudad. Soy del campo y aquí estoy a mis anchas; tomo todo el aire que quiero bajo los árboles. Nadie me lo podía quitar. Allí, en la fábrica, ni eso tendremos.

—¡Qué sé yo lo que será peor! El aire puro del bosque mira cómo nos abre el apetito—intervino, somnoliento, Castuera con socarronería.

IV

Caminaban los prisioneros sobre la estepa, tan distinta para Miguel Castuera como la veía a través de los libros leídos antes. No recordaba títulos ni autores, pero tenía difusa la primera impresión de extensiones surcadas por un personaje, Iván «el Trampero», con su gran humanidad, la nariz roja y la amplia huella, lleno de reciedumbre y decisión para cortar el viento en la nevada y rehollar hondo en la pradera, oculta bajo la nieve, al recoger las zorras caídas en las trampas. Luego, más concreta, la había contemplado en un cuento donde se fundían con nexos de niebla plomiza, cielo y tierra en un sueño o pesadilla del personaje principal, a través del alcohol de una borrachera; blanca, surcada de cazadores cubiertos con gruesas pieles, troicas, terratenientes, forzados en ristra de dolor hacia Siberia, para aca-

bar la extensión en los pardos murallones de troncos, batida por el lodo, hollada al final por los transeúntes ciudadanos, raros, místicos, perezosos, siempre durmiendo o meditando, como si estuvieran bajo el sol del trópico, porque lo mismo enervaba el calor que el frío, como aquel Oblomov de Iván Concharov que no se levantaba de la cama, y cuyo libro le recordaba tibios interiores domésticos, con la dulce amasadora que enamoró al protagonista al verla desde el lecho cómo se arrullaba para amasar y envolver la masa con las manos y los brazos carnosos, rebozada en polvillo de harina blanca, que se confundía con la nieve sobre la que ahora aparecía, como una rara sensación, aquella mujer de la novela, según iba por la extensión con los compañeros de cautiverio.

Al viento se agarraban como rebaño para mitigar el frío en los descansos. A las voces rudas de los guardianes los levantaba el miedo a quedar tendidos sobre la nieve y ser pasto de los lobos que les seguían el rastro desde lejos, consentidos por los mismos carceleros como estímulo en la marcha. Leguas y leguas de camino eran una manera de eliminar a los más débiles hasta que llegaban a una estación perdida en la inmensidad, como un oasis en el desierto helado, y después de dos o tres días de aguardo veían un convoy traqueteante que los entontecía al calor de las estufas, sumiéndolos en una dulce modorra hasta que llegaban a su destino, para seguir padeciendo igual que antes.

—Por si habíamos templado poco en la estepa con el frío, ahora nos dan este instrumento—dijo Eusebio, estremeciéndose de temblores como si lo poseyera una risa que no pudiera reprimir, agarrado a un martillo neumático de remachar roblones.

—Es la técnica—manifestó el inseparable Castuera—. Progresamos, como dijo el otro: de campesinos nos hacemos industriales.

—Somos víctimas propicias... Este es su templo—intervino Cjufis, que trabajaba en un torno cercano.

—¿Qué tonterías dices tú?—se extrañó Eusebio—. Estos «andóvales» son ateos; no creen en Dios.

—Eres un incauto. ¿Crees que puede el hombre pasar sin creer en algo?—gritó, entre el ruido de las máquinas, Cjufis, con aire espiritado.

—El no creer es ya creer que no se cree—filosofó Castuera—; pero es que, además, éstos tienen su dios. Lleva razón, Jerónimo. Nosotros estamos ahora en el templo de su deidad: la fábrica. Su dios es la máquina. Ella sustituirá a la Naturaleza para que el hombre sea feliz en la utopía, tumbado a la bartola, según imaginaba su paraíso y según lo evocó antes ante un puñado de bellotas nuestro cristianísimo Don Quijote. La máquina es su dios, su ídolo insaciable de víctimas humanas...

—Nosotros somos esas víctimas, ya lo dije antes; borreguitos que caen en el altar del trabajo, hocios que cuidan en los campos de trabajo con trato especial para ser más propicios a ese dios. Ya lo dije antes—observó Cjufis.

—A ese dios—prosiguió Corcuera—, ídolo insaciable de víctimas humanas, se le sacrifica con la técnica como liturgia y los técnicos como sacerdotes; campos enteros de concentración como el nuestro. Es un ídolo insaciable, como los que destruyó mi paisano Hernán Cortés en México.

—¡Castañas! Quizá le venga de creer en ese ídolo su salvajismo. ¿Cómo te diré que los veo yo...? Más bárbaros que crueles. Son como son por barbarie. Me parecen de otra mentalidad y civilización—dijo Eusebio.

—¡Cuidado que has descubierto la pólvora! Entre ellos y yo existen milenios de diferencia—dijo Castuera—. Por eso, la doctrina que pregona el comunismo les parece a estas pobres bestias tan adelantada. A pesar de trabajar algunos con martilletes como ese que te saca las cosquillas, viven en la Edad Media. Ten en cuenta que hasta hace poco existían aquí esclavos, siervos que se vendían, se transmitían con la tierra a la que estaban adcritos como un árbol o una casa. Ahora no reconocen la propiedad, pero sí la posesión; conque llámalo hache... A los efectos, lo mismo da.

A pesar del ajeteo de su cuerpo con el martillo trepidante, a Eusebio se le veía meditativo y ausente de lo que hacía. Tenía esa facilidad para abstraerse, para andar de alma con Rosa la estarquera, o a ranas, para el gavilicho amaestrado, por las orillas del arroyo de su pueblo, mientras su cuerpo sufría las torturas y miserias del cautiverio. El estruendo de la fábrica no le estorba-

ba para echar su fantasía a volar. Tenían que hablar alto o mirarse a la cara, como sordos, para entenderse, con peligro de dar a ciegas en el clavo durante los descuidos y magullarse los dedos.

—Entonces, ¿tú repugnas la técnica y los técnicos?—gritó el campesino, saliendo de su meditativo silencio.

—Yo, no; al contrario—dijo Castuera—. Y creo que el haberla descuidado los españoles nos perjudicó mucho siempre. No es que miremos más al cielo que al suelo, como dicen por ahí algunos. Precisamente cuando teníamos cien ojos para ver arriba éramos los primeros en la técnica aquí abajo. Con la derrota de la Invencible acabó y comenzamos a pensar en el ocaso y a dejarnos; a pensar en los elementos, siguiendo lo que había dicho el mismo Rey Felipe II cuando le dieron cuenta del desastre naval. Siguiendo por las cosas del mar, ¿qué son si no víctimas frente a la técnica, nuestros marinos en barcos de madera ante los de hierro que tenían los yanquis en la batalla naval de Cavite? Yo no digo que la técnica sea todo, como estos micos imitadores de los alemanes y que se han arramplado todo lo bueno que han querido de Alemania para usarlo como medio de dominio universal; pero la técnica, empleada como Dios manda, elevará la condición del hombre en su forma de vida, en la manera de vivir. La técnica y el amor, Dios y el mazo... ¿Por qué voy a repugnar yo de la técnica y los técnicos?

—En mi pueblo...—quiso intervenir Eusebio.

—¡Ya salió aquello, cómo no!—le interrumpió Jufis.

—Déjale que diga, hombre. ¿Qué pasó?

—Uno que llamaban «el Romano» inventó una mula para el acarreo en los carros y le llamaban «co...». Ahora la usan todos, porque en una carreada llevan cuatro de antes.

—Bueno; pero, ¿qué tiene que ver eso con lo que dice Miguel?—chirriaba Cjufis tanto como el brulidor del torno como protesta.

—Era un gran técnico para lo suyo. Con lo que inventó aventajaba a todos en acabar pronto las faenas. Recuerdo que en la iglesia se sentaba al primero del banco de la izquierda mirando al altar mayor. Le llamaban «el Romano» porque tenía la cara parecida a la del centurión del «paso» del Prendimiento. Era un tiarrón que lo mismo te hacía una ratonera que un artefacto para que no se le cayera la mies al tablero de las segadoras. Iba siempre detrás de la máquina, viéndola segar; se le eclipsaban los ojos por los cortes y no hacía caso de las perdices que echaban a volar sin cabeza, degolladas por las cuchillas. Ponía verde al inventor por los defectos que le descubría... «Le sobra esto y esto; debería tener esto otro». Aquí hubiera querido ya ver «al Romano» morlando cosechadoras con nosotros... ¡Lo que llevaría para allá, para el pueblo!

—¿Dónde dices que lo iba a llevar?—sonrió escéptico Cjufis, sacudiendo la melena, que se la blanqueaban de canicie las virutas de acero que se le adherían.

—Ya sé por qué lo dices. Yo creo, como hay Dios, que aquí no vamos a estar eternamente; que algún día tendremos que salir. Me lo dice el corazón. Una cosa rara que tengo aquí—se tocaba el pecho con la mano, que conservaba con la inercia el temblor del martillete.

El mugido de una sirena indicó la llegada de un relevo. Los que venían a sustituirles estaban tan cansados como los que iban a depar el trabajo. Eran extranjeros; cruzaron en fila y por sus ojos adormecidos se veía el sometimiento bovino, de bestias domadas a fuerza de látigo y de hambre.

—Estos están peor. A nosotros nos faltarán las carnes, nadaremos entre estos balandranes y harapos con mullido de piojos y mugre, pero en los ojos, al menos es lo que veo, incluso en Salas, el alma y el orgullo, la decencia, la calidad de hombres, la tenemos, no la hemos perdido ni la perdemos creo yo—observó Castuera.

—El que no se conforma es porque no quiere—sentenció Eusebio, con los brazos cruzados, lleno de compasión infinita por los que entraban en el tajo que, a su vez, probablemente, lo compadecerían a él—. ¿Sabes lo que me recuerda? El enganche del ganado al trillo en la entrestiesta que es cuando más rozan las piedras. Así tienen las yuntas la mirada, igual es el cansancio con el sofoco. ¡Ay, pero los animales pueden alcanzar la comida con sólo agachar la cabeza y abrir la boca sobre el solar de la trilla! Si vierais cómo le caen los granos de trigo entre babas como hebras de



luz, cómo cruje el yugo con las cornales en la madera según ruman, «rau, rau, rau»—imitaba con los dientes doloridos de mascar madera, la onomatopeya de la rumia—. ¡Qué envidia me entra de los perros de mi pueblo, de las vacas, de los pobres más pobres del mundo! Porque en mi pueblo no los hay; todos tienen algo y el que más o el que menos hace su matanza. Desde este infierno me doy cuenta que aquello es el mismo cielo. Sólo el sol de las solanas, con las mujeres cc-siendo y rodeadas de niños y gallinas empicadas a las migas de pan con azúcar y tocino; pan blanco, con veinte vueltas en el torno de heñir... y las tortas, las obladadas con anís, de ofrenda a las ánimas. Y todo esto, no es por fiesta ni por nada. Se come y se hace a diario, mientras trabajas lleno de satisfacción, de que te vean las aradas derechas, de que coges mucho trigo, de que tienes el ganado gordo. Y venga a comer unas sopas de pan que te saben a gloria sin echarle un huevo o dos que tomas del gallinero, y unos torreznos, magras de jamón o queso de las cabras con la teta que les arrastra por los ribazos...

—Ahora, amigo Virgilio, refinado arcipreste de Hita y sibarita Baltasar del Alcázar, por no citar-te más, después de este campo cantado y comido, después de este banquete que nos levanta en «polis» las entrañas, a eructar todos y a dormir—bromeó el estudiante, sentándose en las literas al llegar a las barracas.

—Por lo que más queráis, dejadme hablar ahora que estoy embalado—pedía Eusebio con las manos juntas, en súplica, con el gozo de recordar la tierra.

—Que se calle. Está conchabado con el jefe del campamento, para torturarnos así. ¡Si no calla, qué sé yo lo que le haré!—dijo Reina, restregándose el vientre dolorido.

Iban poniendo unas latas abolladas y dos prisioneros, empapados en el agua que servían, se las llenaban con un cazo. Eusebio veía en el líquido unos como diminutos ojuelos de perdiz que flectaban atraídos hacia una lapa o natilla con irisaciones a la luz de las troneras, que le recordaba los charcos de agua ramansada junto a los muladares y las manchas de petróleo o gasolina al discurrir por las calzadas con asfalto, debajo de los automóviles, los días de lluvia.

—¡Dios mío, qué porquería para postre!—dijo Eusebio, desechando la lata con ascos y repugnancias.

—¿De qué te quejas si puedes mirarte la cara?—rió Miguel, sorbiendo agua en la cuchara de madera, en aquel comer que era un beber.

V

—Estad seguros que allí nos veremos si sabemos perdonar. Pero no sólo allá arriba—decía Salas a golpes de tos—, sino donde ahora, en este mismo momento anhelamos estar: en el hogar de

cada uno, con los nuestros, en la Patria, en España que desde aquí la veo, y esto me indica que llegará pronto mi última hora, entre nubes y rayos de sol, entre colorines, como un mapa en el que aparecen pintados los productos de cada región, los trajes regionales, las manchas de trigos y arboledas, los valles con brumas y jilgueros, el mar y los barcos, los ríos, las catedrales y las iglesias, mi padre y mi madre con Leocadia, mi hermana, como en el retrato que está en la sala encima de la herrería, vestida toda la familia para ir a misa mayor y comulgar... Si estuviera aquí don Cástulo, me confesaría. ¡Qué bueno es don Cástulo! Un verdadero santo. Veo la alacena de los recortes y los caramelos que nos regalaba por ayudarme a misa. Allí guardaba también los libros; no cogía telarañas la pequeña librería con las manos temblorosas del viejo semiciego buscando para leer. Cuando me enrolé, me regaló una «Vida de San Francisco Javier»... ¡Dios mío, si ahora estuviera aquí, para confesarme con él, soltarle el zurrón de mi conciencia! En Pascuas nos confesábamos todos... Parece que lo veo pasear por el camino de las huertas... ¡Qué peras más ricas daban! Todo lo del valle es bueno. En los inviernos, desde la carretera se le ve lleno de niebla bamboleante a rachas que atraviesa el kikiriki de los gallos en los corrales del poblado. A mí me gustaba subir a contemplar el pueblo desde la curva. En el verano, el polvillo de las eras forma una cortina finísima de colorines, al sol del Poniente mientras los pájaros se acuestan en los bayones del reguero y en los chopos. No sé si es el valle o la gloria lo que veo... una pradera infinita y muchos ángeles, muchísimos, que ruedan naranjas rojas entre blancas mayas...

—Dejadlo; ya se soslega un poco; que descansen—dijo Castuera.

Inquietos y cansados, unidos por el afecto y los sufrimientos, como una gran familia en cuyo seno se ceba la desgracia, contemplaban a Salas tendido en la litera del barracón. Ya estaba el enfermo con los ojos entreabierto y el alma en los labios que no le dejaba respirar, junto a Eusebio y a Miguel que le daban calor entibiándole su agonía, endulzándole con maternal rudeza los últimos momentos.

—No puedo más, no puedo—apretó los puños Julio Reina—. ¿Va a morir sin confesión? ¡Pide un sacerdote! Ahora mismo voy por el cura italiano aunque me desuellen a latigazos.

—A cinco días de camino—le musitó al oído Eusebio para que el enfermo no lo oyera—. Salas, amigo Valentín—lo agitó suavemente, con mimo—: Dios perdona los pecados con un buen arrepentimiento, con buen acto de contrición. Yo te puedo ayudar a hacerlo si tú quieres.

—¡Sus pecados! ¡Nuestros pecados! No quiero pensar... pero ¿qué pecados vamos a cometer aquí? —apuntaba pelambre de su abundante melena, como en desesperación, el desmirriado Cjufis.

—No; si todos somos santos—ironizó Eusebio—; por lo que sufrimos y penamos, todos santos. ¡Santos!—se admiró con lástima—. Para serlo, amigo, hay que tener voluntad de ello, que soportes y sufras como un santo.

—Cómo no vamos a cometer pecados—le ayudó Castuera indignado—si no hacemos otra cosa, aunque sea por la desesperación y la insensatez, que asesinar con los ojos a nuestros guardianes. Asesinos, tan asesinos como los del zurriago y la pistola.

—Pero la misericordia de Dios es infinita. Vamos a dejar que haga un buen acto de contrición—pidió Eusebio a los compañeros, mientras le levantaba al enfermo, amorosamente, la cabeza sobre su brazo como mullido.

A Castuera le pareció acertado lo que el otro proponía. Hablaba por él el buen sentido campesino enraizado en el pueblo español; la cultura cristiana conservadora de la familia proyectándose en santa pervivencia más allá de este mundo, con la esperanza de una existencia ultraterrena reanudada para toda la eternidad.

—No sé por qué tanto cumplido conmigo si yo estoy bien—dijo Salas con lágrimas en los ojos, rasgando con dificultad las telillas de su emoción profunda—. Te he oído y ya le pedí a Dios, con toda mi alma, me perdona, los perdona a ellos y a vosotros os conceda la libertad. Cuando caímos prisioneros, Dios supo lo que hacía. Teníamos es-



crita que nos tocaría a nosotros. Quizá para algunos haya sido su salvación templarse en el sufrimiento; quizá para otros les haya servido para amar más a España desde esta lejanía y volver de errores y titubeos... Quizá todo esto sea un purgatorio en este mundo, por lo que yo me sé y a mí me toca. ¡Ay, amigo Eusebio, me aplastas, más que calor quieres darme tu vida, infundírmela! ¡Qué bueno eres! ¡Qué buenos sois todos!

—No hables mucho—le rogó Castuera—; el médico alemán indicó que te sentaría mal.

—Dejadme—pidió Salas con tardo movimiento de ojos por los que ya casi no veía—; me hace mucho bien hablar, parece que se me aligera el alma de un peso tremendo. A Eusebio le quiero pedir un favor... No; no os vayáis—rogó a los compañeros que se quedarán allí—, todos lo podéis oír, no es ningún secreto. Quiero—le tomó una mano entre las suyas temblorosas y frías—que vayáis a mi pueblo, a Morerueta, y le cuentéis a mi familia cómo muero. Mi madre vivía, como todas las mujeres de nuestra tierra, más para la otra vida que para ésta. Se lo cuentéis. Mi padre se llama Bernardo, es herrero y tenemos algunas tierras, las tierras que se suelen tener allí para un regular vivir dentro de nuestra esfera, como dicen los viejos... pero mi padre y yo nos llevábamos mal. Pues bien, dile que he aprendido a admirarlo y a quererlo, a ver que tenía razón en todo. Que muero pensando en él, en mi pobre madre, en Leocadia. Precisamente de Leocadia te quería hablar, pero temo obligarte en este trance con promesas... No, no quiero pedir nada, no tengo derecho. Si Leocadia y mi madre me vieran cómo estoy, se morirían antes que yo. Me veo a mí mismo, las veo a ellas en aquella ampliación de la sala, con la ropa nueva ir a misa mayor, bajo el vuelo de los vencejos y el estampido de los cohetes del mayordomo, en la mañana de la fiesta... ¡Adiós, señor Bernardo! ¡Ya llegó el mozo, eh! Delgado, como todos, pero déjalo... con estos aires y la despena, verás cómo se pone—remedaba trabajosamente, carraspeante la voz, aquella tierna bienvenida de su imaginario y meditado arriba a la casa—. Pero irás tú como si fuera yo y los abrazarás. Verás a mi padre con su mandilón de cuero, con los regueros de lágrimas por la cara tiznada... Mejor es morir aquí lejos para que no sufran. Más tarde, ¿qué son unos años más para los de allá arriba?, nos juntaremos otra vez todos en la gloria, la familia junta nuevamente...; por eso, Eusebio, yo quisiera que tú fueras de la familia, y estoy casi seguro, y mira que ahora no es el momento de morderte la lengua, de que cuando veas a Leocadia querrás ser... Mejor es morir aquí lejos. Pero tú, amigo Eusebio, hermano, se lo dirás; que sepan que confesé con un cura italiano. A don Cástulo cuéntaselo también. Dile que murió bien el que le robaba los nidos en los mechinales de la torre y le ayudaba a decir misa... Que confesé con un cura

italiano, que todos me rodeasteis después; que aquel día no hubo trabajo para nadie...; de puedes decir que lo hacen con todos los muertos, porque esta gente se va volviendo menos mala por lo que piden ellos por su conversión; que no hubo trabajo en el bosque, dile el bosque, le gustará más que la fábrica, ya que él siempre me regañaba con que me hacía mucho daño el ruido del martillo en la bigornia y que la huía como si no la pudiera ver; le gustará que le digas mejor el bosque que la fábrica por eso; que los mismos guardianes fueron a mi entierro, que el jefe del Campamento ordenó hacer un ataúd de roble, como si fuera para él; que le transportaron a la rastra, sobre la nieve; quiero que los entierros los entiendan distintos de los de allí, aunque el morir sea igual; que le llevaban a la rastra unos perros tan grandes como el «Gol» del tío Bonifacio; que luego vosotros os reunisteis a rezar el rosario. Y, sobre todo, no se te olvide decirle que cavasteis muy hondo y que echasteis mucha tierra encima, nada de nieve, mucha tierra encima, por mor de los lobos...—unos fuertes golpes de tos acallaron a Salas.

—¡Que también Dios los perdona a ellos!—dijo, como un eco retardado, Cjufis, meditativo y rencoroso, refiriéndose a las palabras guardadas, que había oído al enfermo.

—Sí, hombre, sí—asintió, conmovido, Castuera—. Sí, sí.

—Ellos no poder estar fuera ley universal que comprende todos hombres—intervino, con cierto tintín y telegráfico lenguaje, Alberto «Von»—. Si ser bestias, si no ser hombres... ¡ah!, en ese caso es otra cosa—se encogió de hombros, indicando silencio con el dedo en los labios para que no se molestara al enfermo—. Morir igual que caballería en establo, sin cuidados, sin enfermería llena de enfermos... en cola para morir igual trabajo. ¡Muy triste, tristísimo!

Con el mutismo de los prisioneros se oía el agitado respirar de Salas después de su cansada charla en un casi delirio. De lejos, a través de los maderos de las paredes y la frieza de la madrugada, llegaba el rumor de la fábrica que esperaba los turnos de trabajo, los relevos. Después de comprender Eusebio lo que el alemán quiso decir, rompió su silencio, refiriéndose a Cjufis:

—Piensa, amigo Jerónimo, en los perros, en una burra tuya.

—No puedo pensar porque no la tengo—respondió el otro, molesto.

—Eso somos para ellos—dijo Eusebio con asombro—, ni siquiera criaturas de las más viles—se estremecía como si por primera vez cayera en la cuenta de aquella verdad—. No piensan que tenemos un alma.

—Sí, amigo, y cuando te dan el latigazo tienes que dar la vuelta para que te peguen otro y queden los dolores nivelados en el cuerpo—chanceó Cjufis.

—Eso es lo que debemos hacer—manifestó Cas-

tuera como ausente—. Sólo oponiendo el amor se curará este mundo lleno de odio.

—Mira si salió mal el que le dieron hace tiempo a Miguel en el bosque. Los desarmó y no han vuelto a castigarnos de esa forma—dijo Eusebio.

—Eso sí, jugando a cara o cruz la vida—reprochó Cjufis.

—La vida y la muerte no son nuestras, amiguito, y no nos las podemos jugar tan fácilmente. ¡Huy, si hubiera sido mía la vida! Te digo de verdad que la hubiera escabechado hace ya tiempo. Pero es de Dios—dijo Eusebio—, y El que nos la da nos la debe quitar. Y contra esto, y perdona que te llame Cjufis melenudo, contra esta creencia no hay látigos que valgan ni cárceles frías. Por eso yo tengo unas esperanzas que nadie me las hará perder. Si está de Dios que volvamos a casita, ya pueden ponerse delante cien mil pares de demonios arreándonos como recua de borricos que acarrear piedras en serones para las carreteras, que con nosotros no podrán: «No hay quien pueda, no hay quien pueda con la gente marinera...»—canturreó, llevado de su entusiasmo, hasta que se percató de lo que hacía, tapándose la boca con la mano y llamándose imbécil.

El enfermo, con los párpados caídos a medio globo ocular, se agitaba sin encontrar postura, resplandole la garganta de la sequedad de las fauces: —¡Agua, dadme agua!—pidió Salas.

—Habías por siete—le reprendió Castuera—; no le dejas respirar.

Alberto, el alemán, le llevó agua, y el enfermo abrió los ojos, sonriéndoles, mientras bebía con gran dificultad.

—¡Qué bueno eres!—exclamó, acariciándole la mano.

Eusebio se escondió, como el caracol, en sus meditaciones y pensó en Rosa, la estanquera, y en Leocadia, la hermana de Valentín. Las contrastaba con la imaginación. Le pareció profanar el momento y, pesoso, dijo, sacudiéndose las nostalgias que le andaban en torno del alma:

—Vamos a rezar.

—No, todavía no—pidió con trabajos acidez el pobre moribundo—; cuando haya acabado todo es mejor. ¿Me lo prometéis? Ya casi no es oigo ni os veo. Yo rezo sólo para mí, entendiendo lo que digo. No quiero rezar como por máquina. Hermano Eusebio, ¿seras mi hermano? ¡Si vieras lo que veo! Te digo de verdad que no es tan triste ni doloroso morir. Si yo me estoy muriendo es como si fuera a coger el sueño en una cama blanda, con mantas muy suaves y ligeras y con un suave calor que te cierra de gusto los párpados... Oigáis lo que oigáis, pase lo que pase, no desesperéis... Inasequibles al desaliento. Somos españoles—dijo, y se le dobló la cabeza en súbito desmayo, cayéndole los brazos a lo largo del cuerpo ya cadáver.

FIN

Pág. 43.—EL ESPAÑOL

GASPAR GOMEZ DE LA SERNA ES UN INTELLECTUAL DE LOS QUE ESTAN EN LA "BRECHA"

Su libro "España en sus episodios nacionales" es algo más sencillo y menos agrio que una obra de crítica histórica

Cree que existe una generación del 36 y dedica un capítulo a construir sociológicamente lo que es y significa esta generación de la guerra española



Gaspar Gómez de la Serna, joven y letrado, escucha y contesta nuestras preguntas

GASPAR Gómez de la Serna nos recibe con un fondo de arlequines picassianos y robustos paisajes modernistas. De verdad que el despacho aparece distintamente ambientado, con los cuadros de las paredes y hasta con los del suelo, porque, lánidamente, en los alledaños del balcón aparece algún cuadro dejado en el suelo. Todo tiene un aire de furioso vanguardismo artístico, de atareada preocupación por las faenas intelectuales.

De pie está Gómez de la Serna cuando entramos, charlando con alguien que nos es desconocido. Nos dice que esperemos con un amistoso gesto: ya sabe a qué venimos. Su libro crítico que él ha titulado «España en sus episodios nacionales» es el motivo de una entrevista que se anuncia jugosa. No en vano Gaspar Gómez de la Serna es un intelectual de los que están en la «brecha», joven y letrado.

Así que cuando se viene hacia el grupo apenas si le damos algún segundo de reposo.

LA GENERACION DE LA GUERRA

SALCEDO.—¿Qué margen concede usted a la inventiva del autor de episodios nacionales como género literario?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Aquel que le permita no deformar la Historia, sino ayudar a la formación literaria de la misma.

MARIA DEL CARMELO.—¿Considera de verdad que el autor de episodios nacionales hace historia?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Pues... sí; hace historia.

MARIA DEL CARMELO (insiste).—¿No cree que el episodio se puede incluir mejor dentro de la Historiografía que dentro de la Historia propiamente dicha?



Gómez de la Serna explica el sentido que ha querido dar a su obra. La conversación es muy interesante

(Duda Gómez de la Serna antes de decidirse a contestar y lo hace de un modo vago.)

GÓMEZ DE LA SERNA.—Es menos científico, pero sigue siendo historia.

(Y se zanja la cuestión con otra pregunta):

SALCEDO.—Entonces, ¿cómo definiría usted el episodio nacional?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Aquel género que procura dar la visión literaria de la Historia y refleja el tema de la misma como suceso.

SALCEDO.—Habla usted en su obra de la «generación del 36» como aquella a la que está reservada la continuación de los «Episodios» galdosianos, al margen de su tesis. ¿Cree usted que existe una generación del 36?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Desde luego. En mi libro dedico uno de los capítulos a construir sociológicamente lo que es y lo

que significa esta generación de la guerra.

LIMA.—Y, ¿qué nota sustancial encuentra característica en los hombres de esa generación del 36, en cuanto a la forma de tratar el episodio?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Que ésta despoja a los episodios de ese tono «remarquiano» bronco, en que está sumergida la literatura de guerra, inmediatamente anterior a ellos. Esta generación, con una literatura realista, altamente descriptiva heredada de la del 98, no se limita a encenagarse en la charca en que se hunde la literatura «remarquiana» y enfoca la parte más constructiva de los acontecimientos históricos.

MARIA DEL CARMELO.—Luego, usted está de acuerdo en reconocer que el episodista es subjetivo en grado sumo.

GÓMEZ DE LA SERNA.—Sí. Pero a la vez creo que la subje-



«Creo que la subjetividad es una cualidad inestimable para poder penetrar en la Historia»

tividad es una cualidad inestimable para poder penetrar en la Historia.

Las objeciones continúan:

SALCEDO.—Pero usted dice en su libro que «la novela histórica es sólo un ambiente cuajado de idealismo absolutamente irreal».

GÓMEZ DE LA SERNA.—Es que al decir esto me refiero exclusivamente a la novela histórica romántica. «El Doncel», de Larra, es pura inventiva. Se deprecia el dato. El historiador romántico suelta su fantasía, se remonta a épocas lejanas y, sin bucear en el pasado, lo idealiza hasta presentarlo como algo totalmente distinto de lo que fue aquella realidad.

LIMA.—En la lectura de su libro se observa un mayor cuidado, un como mayor cariño en el estudio de esta literatura «episódica», como usted llama, de esta generación, que en el de la obra de Galdós y Valle, ¿por qué?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Porque la obra de Galdós está más estudiada y se han publicado ya cosas muy buenas sobre ella. Y también sobre Valle Inclán. Por ello, y por miedo a repetir cosas ya dichas, yo he tratado la obra de Galdós sólo como punto de partida de toda la literatura de «Episodios Nacionales». De Galdós me interesaba precisar el tono ideológico de la primera serie de los suyos, completamente distinto del de la segunda.

MARIA DEL CARMELO.—Y, ¿no cree que contribuye a esta diferencia entre la primera y la segunda serie de los «Episodios» galdosianos, el hecho de que el autor haya descuidado mucho más la documentación, e industrializado la producción una vez lanzada la primera serie?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Desde luego. Pero yo no he querido juzgar la calidad científica de estos «Episodios» sino muy someramente.

Y Gómez de la Serna explica que él no ha querido dar a su obra el valor de crítica histórica, sino de algo más sencillo y menos agrio. La conversación sigue su curso con una nueva pregunta.

MARIA DEL CARMELO.—¿Qué diferencia fundamental establece usted entre Galdós y Valle Inclán?

VALLE INCLAN NUNCA FALSEO LA HISTORIA

GÓMEZ DE LA SERNA.—Valle Inclán, para mí, es un fenómeno sociológico.

SALCEDO.—¿Y a qué cree usted que se debe atribuir la falsa falta de rigurosidad histórica de Valle Inclán?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Valle conocía profundamente todo el siglo XIX. Sin embargo, se ha hecho tópica su ligereza al tratar temas de Historia. Yo demuestro en mi libro, con la abundante bibliografía existente en la biblioteca de don Ramón, lo equivocado que están los que piensan que Valle Inclán escribía sus maravillosas narraciones al margen total de la Historia.

LIMA.—¿Qué autor crítico cree usted que ha calado más a Valle?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Como biógrafo, Ramón Gómez de la Serna. Como crítico, sin duda, Pedro Laín Entralgo.

MARIA DEL CARMELO.—¿A qué atribuye usted ese bache literario en la producción de episodios que abarca desde Cánovas al Movimiento, a pesar de haber surgido acontecimientos tan notables como los de Filipinas, Cuba y la guerra de África?

GÓMEZ DE LA SERNA.—A que el género episódico es difícil y poco grato al escritor de alta categoría — precisamente el que podría escribirlo — al que le parece que hacer historia perjudica y deprecia su jerarquía literaria. Es necesario un escritor con arranque suficiente para considerarse capaz de hacer literatura creadora al mismo tiempo que historia.

SALCEDO.—¿Y cuál de los escritores de episodios que cita usted en su libro, cree que falsea más la Historia?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Valle es el que la interpreta más libremente, pero eso no quiere decir que la falsee. Lo que hace es enfocar pequeños detalles e hincharlos luego desmesuradamente, a veces.

LIMA.—¿Y no cree usted también que ese defecto es el mismo de esta generación del 36 que es tira la anécdota hasta lo indecible en algunos casos?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Es posible. Pero ello se debe probablemente a la proximidad del escritor con el hecho: a su inserción en la médula y el ambiente del acontecimiento histórico.

MARIA DEL CARMELO.—Usted nos da, al parecer, en su libro de ensayos, categoría de episodios a una serie de novelas publicadas, con todas las características externas del género y escritas en tal concepto por un escritor que firma su obra con seudónimo.

GÓMEZ DE LA SERNA.—Eso no son episodios nacionales, eso es un folletín historicista.

LIMA.—¿Sería posible la actual literatura episódica, si no hubiera existido Remarque?

GÓMEZ DE LA SERNA.—Sería materialmente imposible.

SALCEDO.—¿No cree usted que algún «episodista» se ha fijado demasiado en Pírala?

GÓMEZ DE LA SERNA.—¿Se refiere usted a Valle?

SALCEDO.—Sí, a Valle Inclán me refiero.

GÓMEZ DE LA SERNA. (Dudando).—Pues... sí, creo que si. Pero tal vez lo hizo por comodidad. Tenga usted en cuenta que además de Pírala, Valle leyó muchas más cosas no muy dignas de crédito: crónicas, documentos menudos y hasta libelos. Y eso que no es fácil ni cómoda la labor de documentación.

EL EPISODIO ES UN GENERO DIFICIL

Se discute de nuevo si el episodio es o no científico. María del Carmelo se muestra francamente escéptica en este sentido e insiste en que se debería clasificar el episodio dentro de la Historiografía y no dentro de la Historia. Desfilan los viejos maestros y detrás de la patriarcal barba de Valle Inclán empiezan a aparecer los modernos episodistas. Se habla ahora de García Serrano.

MARIA DEL CARMELO.—Usted emparenta a García Serrano con Valle Inclán como tal episodio. ¿No cree usted que los dos son fundamentalmente distintos? En Valle hay sátira, dolor de lo actual con una decidida intención de hallar el remedio de todos los males en la vuelta a «lo que fué». En García Serrano hay alegría. El dolor, la crítica de lo actual, sólo encuentra solución mirando hacia adelante.

GÓMEZ DE LA SERNA.—De acuerdo. Lo que ocurre es que yo no he dicho que García Serrano y Valle estén emparentados ideológicamente, sino tan sólo técnicamente. Es en la técnica, en la

Gaspar Gómez de la Serna muestra a nuestros colaboradores la exposición de cuadros que cuelga en su despacho



manera de tratar el episodio en lo que se parecen.

SALCEDO. — ¿Cómo ve usted «División 250», de Tomás Salvador?

GOMEZ DE LA SERNA. — Más que episodio yo creo que «División 250» es un estupendo relato.

LIMA. — ¿Hubiera podido ser, a su juicio, «La vida nueva de Pedrito de Andía» un buen episodio?

GOMEZ DE LA SERNA. — La novela de Sánchez Mazas trata del problema de un adolescente. Enfocada de otro modo creo que hubiera podido ser un sensacional episodio.

LIMA. — De los tres novelistas de esta generación por usted citados en su libro: Foxá, García Serrano y Gironella, ¿cuál le parece el más episodista?

GOMEZ DE LA SERNA. — (Duda unos momentos.) Creo que Gironella. Sí, Gironella es el que más se ajusta al género.

MARIA DEL CARMELO. — ¿Y no podría ser considerado simplemente como el biógrafo de una generación?

GOMEZ DE LA SERNA. — Es posible...

SALCEDO. — ¿Y Foxá?

GOMEZ DE LA SERNA. — A Foxá yo le encuentro más parecido a Galdós.

SALCEDO. — Y, a pesar de todo, ¿no cree usted que en nuestro tiempo se ha hecho demasiada autobiografía, olvidando el episodio?

GOMEZ DE LA SERNA. — Sí, desde luego.

LIMA. — Dígame un escritor contemporáneo que no haya escrito episodio nacional y que hubiera sido idóneo para ello.

GOMEZ DE LA SERNA. — Victor de la Serna podría ser un extraordinario escritor de episodios nacionales.

SALCEDO. — ¿Qué cualidades encuentra usted en él para designarle con esa precisión?

GOMEZ DE LA SERNA. — Victor es un narrador prodigioso y además un buen psicólogo. Pero, claro, hacen falta otras cosas además de estas...

MARIA DEL CARMELO. — ¿Se atrevería usted a escribir unos episodios?

GOMEZ DE LA SERNA. — ¡Hombre!, atreverme... No crea usted que no lo he pensado.

MARIA DEL CARMELO. — ¿Entonces?

GOMEZ DE LA SERNA. — No sé si saldría del empeño. Tenga usted en cuenta que escribir un episodio nacional es muy trabajoso. Exige una labor de armazón tremendamente complicada; una verdadera labor científica de documentación, de consulta..., para después despreñar todo eso, olvidar ese trabajo erudito y lanzarse a hacer literatura. Es muy difícil, créame.

SALCEDO. — Sin embargo, habría que intentar algo, ya que el episodio moderno se ha convertido en puro reportaje periodístico. ¿No lo cree usted así?

GOMEZ DE LA SERNA. — Sí. Lo creo así. La mayor parte de lo que modernamente se ha producido en este sentido cae más bien, dentro del reportaje histórico. Episodio se ha escrito poco.

SALCEDO. — ¿Apatía?

GOMEZ DE LA SERNA. — Quizá. Sin embargo, los hombres del 36 han saneado el episodio.

MARIA DEL CARMELO. — ¿Dónde ve este saneamiento?

GOMEZ DE LA SERNA. — Sin duda en este desanchar del positivismo diltheyano. Dilthey ha influido mucho en la manera moderna de hacer historia. Su positivismo se ha infiltrado con todos los perjuicios de su visión positivista de los hechos.

NI EN PINTURA NI EN TEATRO SE DA EL EPISODIO NACIONAL COMO GENERO

LIMA. — ¿Cree usted que existe un llamémosle episodio nacional en pintura?

GOMEZ DE LA SERNA. — No. Dígame un pintor que lo haga.

LIMA. — (Rápido). Goya.

GOMEZ DE LA SERNA. — Bueno, pero solamente Goya. No, no creo que se pueda decir que haya episodio nacional en pintura.

MARIA DEL CARMELO. — Entonces toda esa pintura histórica del segundo cuarto del siglo XIX, ¿qué es para usted?

GOMEZ DE LA SERNA. — Desde luego, no es episodio nacional.

Divididas las opiniones, la que importa es la del señor Gómez de la Serna. Nosotros intentamos infructuosamente agotar todos los géneros literarios y aún artísticos por ver de sacar variante del episodio a la luz pública.

LIMA. — ¿Hay un episodio nacional del teatro?

GOMEZ DE LA SERNA. — Tampoco.

MARIA DEL CARMELO. — ¿Ni siquiera en el sentido en que cita usted a Ridruejo en poesía?

GOMEZ DE LA SERNA. — Ni siquiera en ese sentido.

UNOS CUADERNOS DE VIAJE

Hemos recorrido el libro de parte a parte, aunque sólo sea someramente. El autor ha ido subrayando lo que él cree principal aportación. Damos en entrarnos de si la obra se ha de continuar y de si el tema ha de tener sucesivas ampliaciones. «Espero para ello nuevos episodistas», nos contesta Gómez de la Serna.

SALCEDO. — ¿Qué prepara usted ahora?

GOMEZ DE LA SERNA. — Preparo unos «Cuadernos de Viaje».

MARIA DEL CARMELO. — ¿España?

GOMEZ DE LA SERNA. — Sí, más aún: casi exclusivamente Castilla.

Y como en la entrevista no ha habido casi preguntas ni aun medianamente indiscretas, surge débilmente alguna.

LIMA. — ¿Le gusta a usted llamarse Gómez de la Serna?

GOMEZ DE LA SERNA. — (Serio.) ¡Naturalmente que sí!

LIMA. — Enténdame me refiero a si le ayuda o le estorba en su carrera literaria.

GOMEZ DE LA SERNA. — Pues..., las dos cosas. En mis comienzos de escritor, sobre todo, me ha servido de mucho llevar este apellido. Otras veces, en cambio, me han atribuido buenas unas y otras no tan buenas, que no son mías. Lo que no me ha hecho tanta gracia.

El interrogatorio va tocando a su fin. Gómez de la Serna opina que con todo lo que le hemos preguntado tenemos casi para escribir otro libro sobre episodios. Pero aun falta la última pregunta de Salcedo, que cierra también la entrevista. Abre la boca y duda antes de preguntar.

SALCEDO. — Díganos..., ¿se considera usted un intelectual?

Pero Gómez de la Serna se va por la tangente.

GOMEZ DE LA SERNA. — Intelectuales somos todos los que trabajamos con la inteligencia.

Champán

Escaba

HIJOS DE PABLO ESPARZA

BODEGAS NAVARRAS, S. A. VILLAVA (NAVARRA)

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

MEMORIAS DE GUERRA

Por el General DE GAULLE

LA PENDIENTE

CUANDO ingresé en la Armada ésta era una de las más grandes del mundo. Frente a las críticas y los ataques que se le hacían podía ver con serenidad y con esperanza los días en que todo dependería de ella. Después de Saint-Cyr fui destinado al 33 regimiento de Infantería, en Arrás, en el que hice mi aprendizaje como oficial. Mi primer coronel, Pétain, me enseñó lo que valía el don y el arte de mandar. Más tarde, cuando la tormenta me llevó como una paja a través de las vicisitudes de la guerra: bautismo de fuego, calvario de las trincheras, asaltos, bombardeos, heridas, cautividad..., yo pude ver cómo Francia se encontraba carente de creencias ideológicas, y a la que la negligencia de los poderes tenía privada de los medios necesarios para su defensa.

Durante los años sucesivos mi carrera recorrió varias etapas: misión y campaña en Polonia, profesorado de historia en Saint Cyr, Escuela de Guerra, gabinete del mariscal, comandancia del 19 batallón de Chasseurs a Treves y servicio de Estado Mayor sobre el Rhin y en Levante.

Por dondequiera yo comprobaba la renovación del prestigio que los sucesos recientes valían a Francia y, al mismo tiempo, las vacilaciones que despertaban en cuanto al porvenir las inconsecuencias de sus dirigentes.

Fui agregado después a la Secretaría General de la Defensa Nacional, organismo permanente, en donde el presidente del Consejo organizaba los preparativos para la guerra.

Desde 1932 a 1937 se sucedieron catorce ministerios. Permanentemente yo me encontraba mezclado en los planes de estudio de todas las actividades políticas, técnicas o administrativas concernientes a la defensa del país. Nada más incierto el que los hombres que figuraron en aquellos carceres de inteligencia o de patriotismo. Al contrario, encabezaban los ministerios indiscutibles valores y a veces grandes talentos. Mas la forma del régimen los consumía y los paralizaba. Testigo reservado pero apasionado de los negocios públicos, yo asistía a la repetición continua del mismo escenario. Apenas en funciones el presidente del Consejo, era presa de innumerables exigencias y críticas de su actividad. Esta había de emplearla preferentemente en desviar el poder de los partidos. El Parlamento, lejos de sostenerle, no le ofrecía más que trampas y deserciones. Sus ministros eran sus rivales. La opinión, la Prensa y los intereses, le tenían designado como blanco propicio a todos los motivos de queja. Sabían, sin embargo, que él no estaba en la presidencia más que por un corto período. De hecho, después de algunos meses, tenía que ceder la plaza.

La idea del frente fijo y continuo dominaba la

El general De Gaulle se ha entrevistado hace unos días, con el embajador soviético en París, Vinegradov. La conversación tuvo lugar en la residencia particular del general. Un contacto que ha tenido precedentes. Charles de Gaulle ha sido y es, en la Historia contemporánea de Francia, un personaje singular. El resumen del libro que ofrece hoy EL ESPAÑOL a sus lectores contiene las recientemente publicadas Memorias de este hombre, cuya intervención en momentos destacados de la última guerra mundial influyeron en la Historia de Francia.

A través de sus páginas va desfilando la trama interna de operaciones militares, la vida de personajes principales y secundarios y la intervención que en las mismas tuvo, según confesión propia, el mismo general. «Memorias de guerra» es, pues, un libro que conviene conocer entre los que tratan de la evolución militar y política de la nación francesa durante los últimos años.

demostrado que permitían ya la sorpresa y la ruptura, y que no habían cesado de crecer en potencia desde entonces, nada entendían. Siendo su único objetivo el reforzar la Línea, y en caso de necesidad servir de ella para contraataques locales. Los tipos de ingenios estaban fijados en consecuencia: carros pesados, armas de piezas ligeras y cortas, destinados a la protección de la Infantería, y que no permitían las acciones rápidas y autónomas. Aviones de caza concebidos para la defensa del cielo, además de los cuales la Armada del aire contaba con pocos bombarderos y algunos aparatos de asalto y piezas de artillería para tirar a partir de una posición fija, con un estrecho campo de acción horizontal, pero no apta para atravesar todos los terrenos ni para hacer fuego de cortina. Por lo demás el frente estaría situado donde habían trazado las avanzadas los obreros de la Línea Maginot, que prolongaban las fortificaciones belgas.

La filosofía de la acción y el empleo de las armas por el Estado, el estudio de los gobernantes y de los mandos militares me ocuparon durante largo tiempo. Sobre esta cuestión yo había manifestado mi pensamiento en algunas publicaciones: «La Discorde chez l'ennemi», «Le Fil de l'épée» y una cierta cantidad de artículos de revistas. Yo había pronunciado en La Sorbonne algunas conferencias sobre la marcha de la guerra. En enero de 1933 Hitler ponía en marcha el Reich. Las cosas no podían más que precipitarse.

Bajo el título «Vers L'Armée De Metier» yo lancé mi plan y mis ideas. Propuse crear urgentemente un arma de maniobra y de choque, mecanizada, acorazada, formada con un personal escogido que se seleccionaría de las grandes unidades formadas para la movilización. En 1933 un artículo de la «Revue politique et parlementaire» me servía para entrar en materia. Invoqué la técnica, mientras que la máquina dominaba el orden guerrero. Un instrumento de maniobra preventivo y represivo, he aquí en lo que nosotros nos debíamos ocupar. La composición que se convenía dar a este arma estaba concretamente precisada.

En octubre de 1933 Hitler rompió con la Socie-

MÉMOIRES
DE GUERRE

l'appel

1940
1942

**GÉNÉRAL
DE GAULLE**

PLON

estrategia prevista para una acción futura. La organización, la doctrina, la instrucción y el armamento estaban en consecuencia directa con aquella idea. Se tenía entendido que, en caso de guerra, Francia movilizaría la masa de sus reservas y constituiría, posiblemente, una gran cantidad de divisiones hechas, no para maniobrar, atacar y explorar, sino para contener los sectores. Serían puestas a lo largo de la frontera francesa y de la belga, y así concebida contendría la ofensiva del enemigo.

En cuanto a los medios: tanques, aviones, cañones móviles y giratorios con los que en las últimas batallas de la Gran Guerra se había

dad de Naciones, pretendiendo la libertad de acción en materia de armamento. Los años 1934 y 35 vieron desplegar al Reich un inmenso esfuerzo en las fabricaciones y en los reclutamientos. El Führer imprimía su marcha a la nueva Armada alemana, a la cual se adherían gustosos sus oficiales, agrupados alrededor de los generales Von Seeckt, Kettel, Rundstedts y Guderian y participantes con él en las maniobras, velocidad y claridad de los hechos orientados hacia las fuerzas mecanizadas y que, en fin, adoptaban las teorías de Goering, el cual quería una aviación en la que las acciones pudieran ser directamente aliadas de las batallas terrestres.

LA CAIDA

Durante la noche del 5 al 6 de junio, Paul Reynaud, en nombre del Gobierno, me nombró subsecretario de la Defensa Nacional. La nueva me fué anunciada por el general Delestraint, que lo había oído por la radio. Más tarde, un telegrama oficial me lo confirmó, e inmediatamente emprendí el camino hacia París.

En el cambio de impresiones que tuve con el presidente del Consejo le manifesté mi opinión de que el desequilibrio de fuerzas entre alemanes y franceses harían necesaria la continuación de la guerra en los territorios del Imperio, especialmente desde África del Norte.

Cuando, el 8 de junio, me puse en contacto con el general Weygand, en el castillo de Montri, comprendí que éste estaba resignado a la defensa y decidido al armisticio.

A mi regreso indiqué a Reynaud la conveniencia de retirar el mando al general Weygand, pero él me manifestó que era imposible por el momento y que nosotros deberíamos pensar en el futuro. En consecuencia, yo me debería ocupar en la elaboración de un plan de transportes al África del Norte con todos los elementos posibles. Ya el Estado Mayor de la Armada, en colaboración con la Marina y el Aire, había comenzado a preparar la evacuación por el Mediterráneo de todos los elementos que no estuviesen comprometidos en la batalla. La Marina, a la cual quedaba la misión de ejecutar estos trans-

portes, debería ser reforzada con navios de carga en 500.000 toneladas, y para eso se hacía necesario pedir la ayuda a Inglaterra.

El 9 de junio partí para Londres; allí vi por primera vez a mister Churchill. Expuse al «premier» lo que el presidente del Consejo me había encomendado, y que era la voluntad de nuestro Gobierno continuar la lucha en el Imperio.

Las palabras de mister Churchill me hicieron comprender que él no creía en el restablecimiento militar de Francia. La unión estratégica entre Londres y París se encontraba prácticamente rota.

En la noche del 9 al 10 de junio Reynaud me comunicó que la capital estaba amenazada por el Oeste, el Este y el Norte, y que monsieur François Poncet comunicaba desde Roma, que esperaba, de un momento a otro, la declaración de guerra por parte del Gobierno italiano. En vista de estas noticias, yo no hice más que una sugerencia: partir rápidamente para África y aceptar la guerra de coalición. El «Marne» era posible, pero sobre el Mediterráneo. El 10 de junio fué un día de agonía. El retroceso del frente se aceleraba e Italia declaraba la guerra. Mientras Reynaud preparaba unas manifestaciones que quería transmitir por la radio, llegó a Saint-Dominique el general Weygand. Las conclusiones de éste eran claras. Nosotros deberíamos pedir el armisticio.

Las últimas horas de la capital fueron un éxodo. Hacia la media noche, monsieur Reynaud y yo salimos hacia Orleáns, y en la Prefectura nos pusimos en contacto con el Cuartel General, que se instaló en Braire. Poco después el general Weygand anunció por teléfono que mister Churchill llegaría al mediodía. El comandante en jefe de los aliados le había rogado que fuera urgentemente a Braire.

Durante la conferencia celebrada con el «premier», Weygand, en su calidad de comandante en jefe de Estado Mayor General, expuso las razones por las que él creía que, en caso de no pedir el armisticio, se llegaría a la anarquía y a la revolución. El mariscal Pétain reforzaba su pesimismo. Después de tres horas de discusión, no se había llegado a nada.

El día 13, monsieur Jeanneney y monsieur Herriot vinieron a Chissay; los dos estaban de acuerdo con el presidente del Consejo en el traslado de los poderes públicos.

Una conferencia desde la Prefectura de Tour, entre el presidente del Consejo y mister Churchill, me fué anunciada por monsieur Marguerite. Este acababa de llegar acompañado de varios de sus ministros. Ante la perspectiva de un armisticio entre Francia y Alemania, Churchill fijó su posición y la de su Gobierno, sobre todo, en lo que se refería a nuestra Flota, ya que si se realizaba aquél suspendería las garantías establecidas en los acuerdos del 28 de marzo. En todo caso, los cuatrocientos aviones alemanes que estaban en Francia serían remitidos a Inglaterra.

Más tarde Churchill estuvo de acuerdo en todo con mis planes, y en tal sentido me dirigí hacia Inglaterra. Sobre La Rochelle y Rochefort, el humo denso de los navios incendiados por los alemanes llenaba el porvenir de sombras. Paul Reynaud, aun teniendo el deseo de continuar la guerra fuera del territorio metropolitano, era incapaz de conducirla, y no era dentro del orden establecido por el Estado y de sus normas tradicionales.

La tercera República estaba pasando por su momento supremo. No tenía ya recurso alguno a que acogerse y había devorado ya a todos sus hombres.

LA FRANCIA LIBRE

Estábamos en el fin. El honor, la libertad, la independencia de Francia se habían perdido. Se presentaban innumerables las dificultades morales y materiales. En el extranjero no teníamos crédito ni justificación. Tampoco teníamos ni fuerza ni organización. El conocimiento que yo tenía de los hombres me daba, además, desolación. En Francia no existía la autoridad.

Lo primero que se necesitaba era levantar el espíritu nacional. Para ello yo comuniqué mis intenciones a mister Churchill, que puso inmediatamente a mi disposición los micrófonos de la BBC.

Necesitaba también para esta aventura que iba a comenzar una autoridad más cualificada que la mía. Por este motivo yo telefoneé a Bordeaux para ofrecerme a continuar en la capital inglesa las negociaciones que ya tenía comenzadas. La respuesta fué un despacho requiriéndome para que

Señora:
He aquí su
Media Nylon
de alta calidad
elástica
y de precio...
nada caro!

Vilma
KNOT OF BORDEAUX NYLON

PIDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

regresase inmediatamente. El 20 de junio escribió a Weygand para decirle que se ocupase de la dirección de la resistencia y asegurarle mi entera obediencia. El 30 de junio la Embajada de Francia me notificaba la orden de «constituirme prisionero en la prisión de Saint Michel en Toulouse para ser juzgado por un Consejo de Guerra. Más tarde Weygand me condenaría a la pena de muerte.

El 19 de junio yo había teleografiado al general Nogués, comandante en jefe en África del Norte y residente general en Marruecos para ponerme a sus órdenes en caso de armisticio. El 24 me dirigí nuevamente a Nogués, e igualmente a los generales Mittelhauser y a M. Puaux respectivamente comandante en jefe y alto comisario en Levante, así como al general Catroux, gobernador general de Indochina. Yo les sugerí a todos ellos la conveniencia de formar un organismo de defensa del Imperio. En vista de las manifestaciones que en el mismo sentido se le hicieron por dichas autoridades al general Nogués, éste telegrafió el 25 de junio a Bordeaux para anunciar su propósito de continuar la guerra. Solamente el general Catroux y el general Legentilhomme, comandante de las tropas de las costas de Somalia, mantenían su reprobación. El uno y el otro fueron reemplazados sin que sus subordinados hicieran gran cosa por sostenerlos.

La Asamblea Nacional, reunida el 9 y el 10 de junio remitió a Pétain todos los poderes sin haber salido a debate. Ochenta de sus miembros protestaron airadamente contra esta determinación, mientras otros se marchaban para África.

Mientras tanto, un incidente lamentable vino a dificultar la situación aún más. El 4 de julio la radio y los diarios anunciaban que la Flota británica del Mediterráneo había atacado la víspera a la Escuadra francesa en Mer-el-Kebir. Al mismo tiempo nos informábamos de que los ingleses habían ocupado por sorpresa los navíos de guerra franceses refugiados en los puertos de Gran Bretaña, desembarcado sus fuerzas e internado, no sin incidentes sangrientos, a sus Estados Mayores. El 10 era pública la noticia del torpedeamiento por aviones ingleses del acorazado «Richelieu», anclado en la rada de Dakar. Los comunicados oficiales y los periódicos de Londres tendían a presentar esta serie de agresiones como otras tantas victorias navales. Estaba claro que el Gobierno y el Almirantazgo británico se aprovechaban de la oportunidad para resolver una vieja rivalidad marítima. El hecho no tenía justificación alguna, pues, aún en el caso de que hubiera llegado a un acuerdo el Gobierno francés de Pétain con los alemanes con respecto a la Flota, el almirante Darlan no la hubiera entregado.

No obstante, el 25 de junio el Gobierno británico lanzó un comunicado por el cual estaba decidido a prestar su concurso a las autoridades del Imperio francés que habían manifestado su deseo de resistencia.

El 7 de octubre se llegó a un acuerdo entre la Francia libre y el Gobierno inglés, hecho que tuvo una importancia y una trascendencia considerable. Sus consecuencias se hicieron sentir bien pronto en ciertos territorios del Imperio; entre otras cosas, permitió a los franceses vivir en el extranjero. Asimismo otros Estados, singularmente las representaciones de los Gobiernos exiliados en la Gran Bretaña, siguieron el proceder de ésta.

De Gaulle, reconocido como jefe de la resistencia, había adoptado como símbolo la Cruz de Lorena.

AFRICA

En el mes de agosto la Francia libre contaba con escasos medios, una organización princiante y cierta popularidad. Esta me habría de servir mucho.

En las vastas extensiones de África, Francia había de reorganizar un Ejército y una Soberanía. Mientras, la entrada en la contienda de nuevos aliados prestaba equilibrio a las fuerzas. Francia podía cooperar con las suyas y con los territorios del Imperio en la batalla de África.

El África negra presentaba, además, otras posibilidades. En los primeros días de la Francia libre, las manifestaciones que se desarrollaron en Dakar, Saint-Louis, Ouagadougou, Abidjan, Kona-kry, Lomé, Douala, Brazzaville y Tananarive demostraban que por estos territorios dominaba el espíritu de la resistencia, y el deseo de proseguir la guerra parecía salir de ellos mismos.

La impresión desfavorable producida por el «affaire» de Orán, la acción de Boisson, la llegada del gobernador de África Ecuatorial, después alto comisario en Dakar, habían mermado, no obstante, el hervidero africano. En el Tchad las condiciones se presentaban más favorables. En el Congo, oscuras. Ello hacía necesario que el problema del África negra se resolviera con sumo cuidado.

A mi modo de ver, el problema consistía en abordar a la vez Fort-Lamuy, Douala y Brazzaville. De esta forma todo se conseguiría de golpe.

Vichy, que disponía de navíos de las tropas de Dakar, que podía recurrir a las flotas de Marruecos y tener a su alcance la Flota de Tolón, poseía todos los medios necesarios para intervenir rápidamente. El almirante Platón, enviado por Pétain y Darlan en misión de inspección a Gabón y al Camerún en el mes de julio, y ciertos elementos militares y civiles, habían influido en el seno de Vichy; yo precipité entonces los acontecimientos.

La Cruz de Lorena se había izado sobre el Tchad y el Camerún; ello hacía que se reuniesen las tres colonias del Bajo Congo, de L'Ougangui y de Gabón, y constituía a Brazzaville, capital del África Ecuatorial, en sede y símbolo de la autoridad.

El 26 de agosto, en Fort-Lamy, el gobernador, Ebone, y el coronel Marchand, comandante de las tropas del territorio, proclamaron solemnemente que el Tchad se uniría al general De Gaulle. El 27, Leclerc y Boislambert realizaron el golpe de mano previsto en el Camerún. El 28 de agosto, a la hora fijada, el comandante Dalange se rindió en el palacio del gobernador a la cabeza de su batallón e invitó al gobernador, general Husson, a ceder la plaza. Así, la mayor parte del bloque formado por el África Ecuatorial y el Camerún se encontró con la Francia libre.

En Dakar, las autoridades de Vichy reaccionaron rápidamente, enviando al general del Arma Aérea Tétu, con el título de gobernador general del África Ecuatorial y el propósito de restablecer la autoridad.

La plaza de Dakar, bien armada, dotada de fortificaciones y de baterías modernas, apoyada por varias escuadrillas de aviones, servía de base a una escuadra, particularmente de submarinos, y constituía una plaza defensiva y ofensiva inapre-



QUÉ PICOR...

Está uno deseando quedarse solo para intentar calmarlo... pero es inútil.

Frístrate los cabellos todas las mañanas con

LOCION AZUFRE VERI

y desaparecerá la caspa y el picor. Sus cabellos volverán a estar LLENOS DE VIDA, rizados, fuertes, brillantes y, sobre todo no se caerán.

Muchos médicos la usan y recomiendan para cuidar el cabello, evitar que se caiga y combatir la caspa.

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente solo cuesta ptas. 17,10; el tamaño pequeño ptas. 11 (impuestos incluidos).

CON GARANTIA FARMACEUTICA

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 82 - Santander

DESCONFIE
DE
IMITACIONES

PUBLICITATAS

ciable. El gobernador, general Boisson, era un hombre enérgico, dotado de una gran ambición, que le hizo adoptar la causa de Vichy. Con los medios de que disponían nuestras fuerzas yo no podía pensar en abordarla directamente. Por otra parte, era mi propósito esencial evitar una vasta coalición. Me había hecho la ilusión de que era posible llegar a liberar nuestro país sin que en Francia corriera jamás la sangre. Mi proyecto inicial era el ataque directo, desembarcando a gran distancia de la plaza. Durante los últimos días de junio hice partícipe de él a Mr. Churchill. Nada me respondió; pero algún tiempo después me invitó a verle. «Dakar—me dijo—es muy importante para nosotros por la posibilidad de utilizarla como base; nos facilitaría mucho las cosas en la dura batalla del Atlántico. Nosotros estamos dispuestos a participar en la expedición enviando una escuadra considerable, pero no podremos tenerla durante mucho tiempo en las costas africanas. La necesidad para la defensa de Inglaterra. Las operaciones del Mediterráneo exigen que hagamos las cosas rápidamente.» Acepté la sugerencia de Mr. Churchill y elaboré el plan de acción con el almirante John Cunningham.

En la madrugada del 23, en medio de una niebla espesa, nos encontramos frente a Dakar. La niebla comprometía grandemente nuestra empresa. En particular, el efecto moral que sobre la guarnición y el pueblo había de producir el aspecto de nuestra Flota. A las seis me dirigí por radio a la Marina, a las tropas y a los habitantes, anunciándoles nuestra presencia y nuestras intenciones. Las baterías de Dakar comenzaron a disparar sobre los navíos ingleses y franceses libres un fuego intermitente, que durante varias horas estuvo sin respuesta. El «Richelieu», que los remolcadores habían llevado al puerto para que pudiese emplear mejor sus cañones, comenzó también a disparar. A las once el crucero «Cumberland» había sido seriamente tocado. El almirante Cunningham dirigió a la plaza por radio este mensaje: «Yo no tiro sobre vosotros. ¿Por qué me tiráis vosotros a mí?» La respuesta fue: «Retiraos a 20 millas.» Pasamos la noche a la expectativa. Los británicos, gente práctica, no podían comprender cómo ni por qué en Dakar las autoridades, la Ma-

rina y las tropas ponían tanta energía en combatir contra sus tropas y contra los aliados, mientras Francia se encontraba bajo la bota del invasor. Yo entendí que nosotros no debíamos dirigir un ataque a fondo contra Dakar. El bombardeo no decidiría nada. El desembarco de fuerzas y el asalto a las fortificaciones yo deseaba evitarlo. Nosotros debíamos renunciar por el momento a la toma de Dakar.

Los días que siguieron fueron crueles. Tuve las impresiones de un hombre al que un seísmo sacude brutalmente la casa. En Londres, una tempestad de cóleras. En Washington, un huracán de sarcasmos. La Prensa americana y muchos diarios ingleses daban a entender que la tentativa era imputable a De Gaulle y que las indiscreciones múltiples de los franceses libres habían puesto alerta en Vichy.

En cuanto a la propaganda de Vichy, lo consideraba como un triunfo sin atenuantes. Los comunicados de Dakar daban a entender que se trataba de una gran victoria naval. Innumerables despachos de felicitación fueron enviados al gobernador, general Boisson, y a los heroicos combatientes de Dakar, y publicados y comentados por las ondas llamadas «francesas».

El 27 de octubre el puerto de Mitzic estaba ocupado. El 5 de noviembre la guarnición de Lambaréne estaba bajo las armas. Asimismo partían de Douala las embarcaciones que transportaban la columna destinada a Libreville.

Koenig ocupó Libreville; quedaba por tomar Port-Gentil, y esto ocurrió el 21 de noviembre, después de largas negociaciones, pero sin resistencia de la plaza. La única víctima de esta última operación fué M. Masson. El pobre hombre, desesperado por su error, se ahorcó en su camarote a bordo del «Brazza».

Las radios de Dakar, Vichy y París se deshacían en insultos furiosos, después de haber comprendido, al cabo de algunas semanas, que eran exagerados sus gritos de triunfo.

En total: si nuestro proyecto africano no había tenido el alcance que hubiera sido de desear, al menos las bases de nuestro esfuerzo guerrero estaban sólidamente asentadas del Sahara al Congo y del Atlántico a las Fuentes del Nilo.

Cortar

CON MÁS RAPIDEZ y SUAVIDAD

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS



UNA GALLEGA UNIVERSAL
EN MADRID

JULIA MINGUILLON, PINTORA DE FIRMES PROPOSITOS



NO estamos ni en Lugo ni en Vigo, pero lo parece. Tal es el movimiento de paisanos gallegos en la actual Exposición de pinturas de Julia Minguillón en Madrid.

—¿Es usted doña Julia Minguillón?—irrumpe entre tímido y gozoso, un muchacho, al parecer estudiante.

—Sí—responde la pintora, queriendo reconocer al joven con gafas y algo jadeante.

—Me escribió mi padre de allá y me dijo que no dejase de venir. Asedian a la pintora por todas partes.

—Aquel cuadro me gusta mucho. Es maravilloso, Julia.

Todos comentan y preguntan a su alrededor. Sin embargo, nada altera la dulzura y amabilidad gallegas de Julia Minguillón, que permanece en la sala como ajena a los treinta y cuatro cuadros.

Nadie la distinguiría por extravagancias externas. Con sencillez y naturalidad va y viene, o se sienta. Un traje y un sombrero del mismo color, rojo oscuro; un rostro a veces dulcemente sonriente, a veces melancólico; una cabeza inclinada hacia la derecha al contemplar algún cuadro a requerimiento de algún visitante....

Y este traje y este sombrero los ha hecho ella misma. No sólo pinta Julia Minguillón. Cose, ha cosido y bordado mucho; dirige la cocina y le agrada crear platos; tapiza los muebles cuando el tapicero no responde a sus deseos artísticos; se hace los bolsos, aunque no es de propia hechura el que hoy lleva; e incluso unos zapatos de madera con correas de colores han salido de sus manos. En resumen: una mujer de hogar, una esposa, porque Julia Minguillón está casada desde 1939. Sin hijos, tantas realizaciones domésticas no responden a un afán de economía, sino a una fuerza de creación que le empuja irresistiblemente, aun en las cosas más menudas.

Julia Minguillón entró por primera vez en el campo del arte llevando de la mano unas muñecas de trapo rellenas con lana extraída de los colchones. Más tarde los profesores de la Escuela Nacional de San Fernando le recomendarían la escultura, y estudió escultura, tres cursos. Y, sin



**"QUIERO HACER
ALGO PERSONAL,
NO IMITAR A NADIE"**

saber por qué, ha cultivado la pintura. Parece haber una línea recta desde las muñecas hasta esas confecciones hogareñas, pasando por los dos cursos de escultura recomendados por sus propios profesores.

EN EL COLEGIO: LAS CARICATURAS DE LAS «ACUSICAS»

Nacida en la calle de San Marcos de Lugo y criada y educada en Castilla, Julia Minguillón es gallega en cuerpo y alma. Sus rasgos físicos no tanto, pero su alma es gallega sin mezcla alguna. Ella dice que «es gallega universal, que son las buenas».

Por reacción gallega aparecieron sus primeras manifestaciones y

premios artísticos. Unos premios un tanto originales, pero premios, al fin, para ella. Porque llevada a Burgos, a casa de su tío el coronel de Artillería señor Lossantos, asistía a un colegio de monjas, donde el acento regional era motivo de risas para las compañeras, a lo que ella respondía con acciones directas de sus brazos y manos.

El castigo llegaba sin remedio. —¡Ponte de rodillas! Y además copiarás cien veces «No debo pegar a mis compañeras».

Cumplía el castigo. Pero entre los renglones de penitencia aparecían en la pizarra, las caricaturas de las «acusicas». Y eran tan graciosas y originales que merecían la conmutación de la pena. Tendría entonces los ocho años.

Por el campo del arte desparataba sus inquietudes infantiles. Cuando no carituras, eran dibujos. Llegó a componer un ama de cría con recortes de sellos de Alfonso XIII, de aquellos sellos del rey niño con el pelo revuelto. Hoy, ya mujer, considera deliciosa la obra.

En Valladolid, nuevo destino del tío, ya entrada ella en los diez años, se hizo dueña de la situación con los dibujos. Las compañeras eran además admiradoras. De sus manos salía una producción casi comercial, pero gratuita. Pero, ¿y la satisfacción íntima de la artista en ciernes? ¿Y el hecho de tener público?

El tío, por el contrario, no pensaba así. Decidió buscar profesores particulares, pero de dibujo una hora de clase nada más. Aquello a Julia le sabía a poco. Y, sin embargo, en aquellas clases tuvo el principio real de su carrera formal. Le valió para conocer a quien más influyó en ella, al pintor vallisoletano Castrocires.

—No tengo discípulos. Pero, en fin, que me la traigan.

Y ante Castrocires se presentó con sus muñecas. Fué bastante. Las clases comenzaron y la niña se dedicó tan de lleno a la pintura que ni salía ni alternaba con amigos. Sólo pintar.

Mucho dibujo y mucha pintura pareció aquello a su tutor. «Bien está que pinte un poquito, pero no tanto», decía.

Julia fué tajante: «No pintaré más».

Todo o nada. Notaba sus impulsos interiores y conocía la resistencia familiar, a pesar de recibir de Galicia estímulos para educarse a la moderna. En el colegio se sintió triste y dolida.

PINTA EN UNA SABANA A CASCARILLAS, VENDEDOR DE PERIODICOS

Volvió a Lugo (1923) en una fase de depresión, con abandono de pinceles. El catálogo de una Exposición de su profesor Castrocires la hizo volver en sí. Fué como un trance místico de iluminación. Y en una sábana de hilo, que pidió a la abuelita, salió a la calle, paró a Cascarillas, un vendedor de periódicos, y en tres días lo trasladó al lienzo. El Cascarillas artístico estuvo varios días en un escaparate céntrico. Se formaron colas para contemplarle y hasta hubo que disponer de un dependiente que pudiese orden en las aceras y limpieza en los cristales.

Consecuencias: la Diputación Provincial de Lugo decidió costearle una beca en Madrid. Ella, sin embargo, se contrarió. No quería la cosa tan en serio.

El criterio de los profesores de la Escuela Nacional de San Fernando fué unánime.

—Debes pasar a la sección de escultura.

Parecía que los profesores hacían caso a la secreta llamada de las lejanas muñecas de la infancia.

—¿Qué dice de aquella recomendación?—he preguntado hoy a la mujer ya hecha, a la pintora con obra y nombre.

Una mueca de sonrisa a boca cerrada fué la primera contestación, la contestación casi instintiva. Luego me aclara: «Tal vez llevarían razón, pero... llegué sólo

hasta el tercero de escultura, sin dejar la pintura.»

Su propósito nunca se doblegó. Fué siempre firme. Otras personas, prácticas y calculadoras, pretendieron influir con la promesa de que escultoras hay menos y, por tanto, era más fácil avanzar.

—También podía ser yo policía de tráfico, que no hay ninguna mujer.

«NO VOLVERE A CLASE DE ESCULTURA»

Así que hizo escultura, tres años, sin abandonar la pintura. Tuvo por compañero en pintura a Pedro Bueno, Gregorio Toledo, Rafael Zabaleta, Carmen Vives, Ellie Escudén—luego, esposa de Toledo—y Emma Barzini, italiana casada después con un español. Y en escultura, Avalos, hoy realizador de la parte escultórica del Valle de los Caídos. Entre los profesores más influyentes en su formación, Cecilio Pla, Pinazo, Benedito y, sobre todo, el entonces director, don Manuel Meléndez, su incansable animador en los momentos de depresión.

Se acostumbró a compartir los premios de escultura de fin de curso con Avalos. Pero el tercero no fué así. A ninguno de los dos correspondió. Fué a parar a quien ellos menos esperaban. Julia, tajante otra vez, reunió a sus mejores compañeros y repartió los utensilios de modelar.

—¿Qué haces, Julia? Eres absurda—decían sus compañeros, absortos.

—Desde el momento en que han premiado a ése, nada tengo que hacer en la escultura.

—Es que se lo han dado por estar cargado de hijos. No tiene importancia.

—Para mí, sí. No paso por las injusticias. No volveré a clase de escultura.

Y no volvió.

trabaja, lo hace intensamente, sin parar. Pero trabaja por temporadas. Alterna la pintura con las tareas del hogar, allá en su rincón de Vigo. ¿Acaso un complejo de timidez?

—No—me contestó su esposo en cierta ocasión—; acaso por exceso de autocrítica, por exigencia consigo misma.

—¿Ha observado algún cambio en su sensibilidad, en su apreciación de las cosas, en el curso de los años?

—No. No creo.

—¿No cree que puede perjudicarse su aislamiento?

—No.

En los tiempos mismos de su estancia en la Escuela de San Fernando dió muestras de su exigencia. A una Exposición de retratos en el Museo de Arte Moderno, allá en 1934, fué un cuadro suyo, pero no presentado por ella. Julia se enteró el día de la inauguración. Quería y no quería ir a verlo después. Al fin fué, cargada de temores y esperanzas. No lo encontró en el pasillo de entrada. En la sala siguiente, tampoco. Ni en la otra.

—Ya lo decía yo—murmuró—. ¡No lo han admitido! ¿Por qué me lo enviarían?

Había sido admitido. Estaba en la sala de honor, a la derecha de otro de Solana. A la izquierda había uno de Pedro Flórez. Quedó muda de asombro. Cayó por tierra su temor al ridículo. Sólo tuvo una contrariedad: que un crítico, Manuel Abril, que precisamente lo apuntó para el premio, completó la firma «J. Minguillón» con un Julio Minguillón. Era, después de todo, cuestión de tiempo.

—La sorpresa de aquel día—me ha confesado hoy—es la mayor emoción de mi vida.

Este éxito fué el trampolín para otros de mayor envergadura. Aquel mismo año obtuvo la tercera Medalla de la Exposición Nacional.

DOS CRITERIOS: EL DEL ESPOSO Y EL DE LA COCINERA

Andábamos contemplando unos cuadros, cuando apareció un religioso, un padre jerónimo, alto, de sonrisa bonachona y, por lo visto, muy conocedor del arte.

—Julia, tu obra me ha hecho venir por estas calles para mí desacomodadas.

El padre jerónimo, de hábito blanco y capa marrón, con un gran carterón bajo el brazo izquierdo, miraba sonriente a Julia.

—Fué compañero mío, antes de su profesión religiosa, en la Escuela de Bellas Artes—me dijo burlona la pintora—. ¿Se acuerda—dijo ahora dirigiéndose al padre—cuando clausurada una Exposición en el Círculo de Bellas Artes el mismo día 14 de abril de 1931, fecha de la proclamación de la República, salió usted a la calle portando sobre parihuelas la imagen de un Cristo y la turba confundió la cosa creyendo que llevaba usted unas intenciones siniestras?

—A usted—recriminó jocosamente el padre al esposo de Julia—le tomé odio estético cuando os casasteis.

—No. No hay motivo—respondió mirando con risa abierta al padre y a todos los demás—. Créo que ha ganado, no en calidad, porque eso depende de ella exclusivamente.

SE PRESENTA A UNA EXPOSICION SIN SALTERLO

Observando a la pintora gallega en la sala de su actual Exposición, no podía comprender. No podía compaginar la ternura, la sensibilidad de su obra con los arrebatos de ingenua rebeldía de sus días pasados. La veía ahora, de un lado para otro, dulce, melancólica, agradable y pocas veces emotiva. Debe ser una mujer de grandes bahes psíquicos, de altos y bajos. Pero en el fondo, allá en lo profundo de su alma, ha de palpar manifiestamente la suavidad de su región.

No le gusta exponer. No acepta encargos por no trabajar coaccionada. Y sin embargo, cuando

Navidades

AÑO NUEVO-REYES...

OFRECEMOS con carácter excepcional y con objeto de dar a conocer y divulgar nuestros productos, un GRAN SURTIDO FAMILIAR SELECCION de conservas selectas de pescados y mariscos, de las rías gallegas.



¡POR SOLO 115 PESETAS!

GRAN SURTIDO FAMILIAR ¡POR SOLO 115 PESETAS!

- | | |
|-----------------------------------|-----|
| 3 latas sardinas en aceite. | 355 |
| 3 latas filetes anchoa en aceite. | 300 |
| 2 latas de bonito en aceite. | 370 |
| 2 latas mejillones en escabeche. | 370 |
| 2 latas de calamares en aceite. | 370 |
| 1 lata de almejas en natural. | 185 |
| 1 lata de pulpo en aceite. | 185 |
| 1 lata berberechos al natural. | 185 |

Por cada pedido REGALAMOS un RECETARIO COMPLETO de PLATOS de PESCADO.

Sin ningún otro gasto a pagar al cartero contra entrega de la mercancía.

También servimos

LOTE MUESTRARIO:

- | |
|----------------------------------|
| 1 lata sardinas en aceite. |
| 1 lata bonito en aceite. |
| 1 lata calamares en aceite. |
| 1 lata mejillones escabeche. |
| 1 lata filetes anchoa en aceite. |

MAS la de REGALO y el RECETARIO

¡POR 39 PESETAS!

Admitimos pagos en SELLOS de CORREOS

Escribanos HOY MISMO o envíe esta BOLETIN DE PEDIDO a

CARLEY Apartado 329. VIGO Lepanto, 2

Deseo me envíen... SURTIDOS FAMILIARES a Ptas. 115 y... LOTES MUESTRARIOS a 39 ptas. (táchese lo que no interese) que pagaré al cartero contra entrega.

D. _____ calle _____ n.º _____
Población _____ Provincia _____
Estación de la RENFE más próxima _____

FIRMA _____

IMPORTANTE: Los pedidos recibidos antes del 6 de ENERO, serán aumentados COMO REGALO, con una bonita caja estuche de riquísimos anchoas en rallo con alcázaros.

te, pero sí en continuidad, en esfuerzo. Me preocupó mucho de que no abandonara el pincel y de que no repudie la obra después de hecha.

—Pero si me ayudas muy poco! Para ti todo está bien, Leal. La cocinera, Laura, tiene por lo menos la valentía de decirme cuando no le gusta un cuadro.

Julia llama Leal a su esposo, a los quince años de casados. Leal es el primer apellido. Pero el señor Leal, condecorador de la psicología de su esposa, de sus depresiones de ánimo, de sus exigencias, de su severa autocrítica, sabe lo que tiene que decirle. No olvida que su mujer lleva dentro el lema de que «el público ve lo que se ha hecho, pero no lo que se ha querido hacer». Con este criterio, a veces inflexible, juzga la pintora su obra recién terminada. Y actúa, que es peor. El esposo, por el contrario, hombre de letras y condecorador del arte, aprecia objetivamente lo realizado. Tiene que haber, por tanto, discusión.

—Son muy frecuentes—me confesó el señor Leal en un aparte—las tentativas que tiene de romper. No le aquieta más que la propia satisfacción.

—Desde luego—afirmó ella rotundamente—estoy muy contenta, como artista, de mi marido y de mis padres. Para ellos la mayor ilusión es mi dedicación a la pintura. Mis padres lo sacrificaron todo.

LA PÉRRRA «TYLA» Y EL LACERO DE LUGO

En su hogar, en el hogar de su dulce Galicia, hoy Vigo, en otros tiempos Lugo, pasa habitualmente sus días la pintora gallega. Todo le invita a la ternura y a la sensibilidad, notas características de su arte. Grises y verdes le rodean constantemente. El verde jugoso de los campos y los grises de los cielos plomizos y nubes de borrasca. Y, con ello, la intimidad.

Cree que la mujer tiene menos campo en la pintura que en la literatura si ha formado hogar. La pintura requiere mucha tranquilidad, un tiempo exclusivo, un lugar aparte y adecuado e incluso una buena sirvienta. Esto no es fácil en una mujer casada. Mujeres con sensibilidad para la pintura, de seguro que las hay y las habrá—es su creencia—, pero no les será fácil llegar. Afirma que si Rosalía de Castro hubiese cultivado la pintura no le hubiera sido tan lisonjero el éxito. Conoce mujeres que tuvieron que dejar de pintar y luego se dedicaron a escribir.

Pinta ella, sin embargo, en su casa y cuida de las cosas que a su condición femenina corresponden. Es muy casera. Aborrece la bohemia. Le gusta todo muy ordenado. Y también es bastante supersticiosa. En esto sale a flote su alma gallega.

—¿Tiene algún significado eso que lleva usted clavado en el sombrero?

—Este par de «mariquitñas»? Pues, sí. Buena suerte.

Y se acarició con los dedos un par de insectos de rubios, zafiros y platino, de buen tamaño. Entre ambos había una pequeña cruz.

Completa su cuadro familiar algún perro. Es muy aficionada a los animales, pero sobre todo al can. Tuvo una perra, «Tyla», incorporada hoy a su producción artística, en un autorretrato y en

el cuadro titulado «Mi familia». Pero «Tyla» cayó en el radio de acción de un lacero, que se la llevó. Aquella limpienza urbana—tal vez ella la calificó de agresión—dió lugar a la concepción de un nuevo cuadro, «La checa de los perros», porque conoció el antro oscuro que servía de mazmorra a los canes, y también el tipo y el rostro del lacero, nada despreciables para su sensibilidad artística.

—Y el pan de mis hijos!—respondía el lacero cuando la pintora le pedía dejarse retratar. ¿Qué será de mí si el Alcalde me ve en un cuadro? Me dejará cesante. No puede ser señorita.

Pero lo convenció, y bien. Tan bien que se dejó por algún tiempo de los perros y el lazo, y además se mostró dispuesto a llevar a la pintora todos los chuchos de Lugo que se le antojasen. «Usted me dice, señorita, qué perro de Lugo le gusta más, que yo



Julia Mingullón sentada en la banqueta con sus compañeras de curso en la Escuela de San Fernando

rrito, tiritando, siguió mal, hasta que murió. Julia, afectada, muy afectada, volvió a la fiesta y la fiesta continuó.

DIEZ CALLES DE PARIS

Diez cuadros, pinturas de París, hay en la Exposición. Diez aspectos callejeros. Julia fué a París a pintar calles, y no visitó Museos. En su primer viaje, junto con una veintena de amigos, quiso conocer a los impresionistas, pero los impresionistas no le impresionaron. Nada le causó sensación. Creía que la visita le produciría deseo de ampliar, pero, «si estoy más tiempo, termino pintando pajaritos».

Sola, sin manejar el francés, sentíase aburrída. Después del primer viaje, que duró un mes, la memoria quebró su propósito de aprender francés. Y el deseo de aprender francés, con vistas a otro viaje, le hizo rechazar la demanda de dos retratos, a 5.000 dólares cada uno, que de Cuba le hicieron. Con un pequeñísimo bagaje del idioma vecino marchó por segunda vez y allí permaneció cinco meses.

Pintó calles, solamente calles y plazas, porque en las calles parisinas vió ella muchos colores.

—El cielo es gris, el suelo también. Ahora que en las casas y en todo lo demás hay mucho color. Yo he visto en París mucho color.

Se situaba en una esquina a eso del oscurecer. Tomaba apuntes, que luego numeraba. Con el conjunto resultante de los cuadritos numerados volvía para dar color. Más de un paseante, con ojos extraños y entrecejo apretado, le miró compasivo.

Julia sabía que a la capital francesa van y vienen miles de pintores esperanzados, que aquello es una gran feria de la pintura. Las conclusiones a que llegó con sus observaciones, sin influjo patriótico, fueron rotundas y sin género de duda.

—En París me di cuenta de la maravilla de pintores que hay en España.

—¿Cómo! ¿Qué ha dicho usted?

—Sí, sí. Madrid es la gran cantera que se explota en París.

Hay que creer que Julia Mingullón volvió decepcionada de París, que nada aprendió, aunque para ella es norma no dejarse influir, no tener contacto con



Julia Mingullón modelando en la clase del profesor Crespi

se lo traeré en seguida.» «Hombre, como gustarme—respondió la pintora—, el más bonito me parece el que tiene el general X, pero comprendo que no puede ser.» «Mañana lo tendrá usted», prometió.

Hoy es presidenta de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas de Vigo. Visita el hogar de refugio de perros vagabundos, cuida de que no les falte comida y los cura si están heridos o enfermos. Un perrito pequeño y moribundo traído del refugio le puso amargo el «cocktail» con que el matrimonio obsequió a sus amistades cuando embalaban los cuadros que hoy se exhiben en Madrid. Julia tenía en aquel ambiente de alegre charla, cosa natural en estos casos, una grande preocupación. Entraba y salía, conversaba y desaparecía, sin llamar la atención. Y el perrito se agravaba. Vino el veterinario. El pe-

escuela alguna. La libertad es la prenda que más estima.

Algo positivo trajo de aquel viaje, en diciembre de 1953. Un aumento de su ilusión de ir al Japón. Es el país que la atrae artísticamente por su raza, que considera tipo de interés. En París tuvo ocasión de observarlos bien.

Los cuadros, los cuadros que allí hizo, estos mismos cuadros que figuran en la Exposición, pasaron un mal trance al llegar a Galicia. Se libraron de la destrucción, pero fueron condenados al ostracismo, al abandono. No se encontraba satisfecha la pintora con ellos. No eran lo que ella había visto, lo que había querido expresar, y en seguida movilizó su juicio crítico operante, del que los salvó la prudente intervención del señor Leal. Las reiteradas apreciaciones favorables de otros observadores fueron las que despejaron el camino para su arribo triunfante a esta sala de Madrid.

Cuando Julia Minguillón oye elogios de sus cuadros parisinos sonríe, pero sin inmutarse mucho. Acepta callada la opinión de los demás.

PRIMERA MEDALLA EN 1941

Fué acercándose una señora de mediana edad, pelo corto, muy corto y peinado para atrás, y mirada fija. Mirando muy fijamente, filtraba entre las rendijas de los dientes palabras de tono grave. Extranjera, aunque no fácil de notar, por estar hace mucho tiempo en España y casada con un español. Formó corro con nosotros, puestas las dos manos en los bolsillos y el bolso colgado como un cabás.

—Esta señora es Emma Barzini, mi compañera italiana de quien le hablé.

La señora Emma Barzini inclinó con una sonrisa la cabeza. Hizo después una crítica somera de la Exposición.

La pintora lucense escuchaba silenciosa y con la cabeza un poco inclinada hacia el lado derecho, mientras su compañera alternaba la mirada fija de uno en otro.

Y es que Julia no muestra mucho apasionamiento por las Exposiciones. Parece que las acepta como una obligación. Y en verdad no ha expuesto mucho. Crea y sueña en su rincón de Galicia. No obstante, ha colgado cuadros en Madrid, Pittsburgo, San Francisco, Londres, Berlín, Lisboa, Río de Janeiro, Buenos Aires y otras ciudades más.

Conquistó una tercera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1934, al final de su carrera en la escuela. Ganó la primera en la Nacional de 1941. Y en una cosecha de pan y laurel obtuvo el Gran Premio del Círculo de Bellas Artes en 1948, con el refrendo metálico de 30.000 pesetas.

Con el cuadro «Jesús con María y María» fué a la Nacional de 1934. En aquel entonces se dió un contraste más. En el ambiente de lucha religiosa, fueron muchos los temas religiosos y místicos que las mujeres aportaron.

Para Julia hubo coincidencia de crítica y público. Cuadro emotivo, clásico y moderno, fuerte y delicado, sugestivo e interesante; todo esto es lo que vinieron a de-

cir. Una obra con el «sí y no» de su tierra natal.

Hasta la explosiva «Tierra», periódica de energías disgregadoras, tuvo que aceptar: «Estamos ante un cuadro extraordinario, pero es una pena que esté orientado sobre este misticismo enfermizo.»

La pintora gallega, dulce y suave, sonríe cuando lo recuerda.

DOLORIÑAS Y SU ESCUELA

Una coincidencia hay en los premios máximos logrados por Julia Minguillón. Los dos—«Escuela de Doloriñas» y «Juventud»—fueron realizados en período de convalecencia de enfermedades.

Poco antes había contraído matrimonio. Y buscaba el matrimonio un mueble viejo, concretamente un bargeño—que ya lo tienen—, con que completar el plan de muebles de la casa. Allí en la tierra de Lorenzana, lugar sereno y apacible, de gratos verdes y acusos perspectivas, donde en tiempos tuvo su modesto estudio, oyó decir que una maestra tenía uno. La maestra era Doloriñas, una maestra que cobraba una peseta por alumno en su escuela de San Adriano.

—¡Buenas tardes tenga usted!—medio cantaron los niños a coro cuando la pintora recorrió la arpillera que hacía de cortina en aquella escuela rural

Doloriñas se puso en pie. Los niños, extrañados, miraron todos a la vez. «¡Qué cuadro!», dijo para sí la visitante.

—¿Me permite usted que vuelva para poder pintar?

—Si usted lo desea...

Acudía Doloriñas con sus alumnos al estudio que Julia tenía en Lorenzana, en casa de sus padres. Pero los niños, vestidos con traje de domingo, muy limpios y muy peinados; no interesaba así. Y la pintora se trasladó, con caballete, bastidor y colores, a la misma escuela rural de San Adriano, a setenta kilómetros de Lugo. Tres meses, convaleciente de una enfermedad, estuvo pintando en la primavera del mismo año en que se presentó a la Nacional.

En el cuadro ha quedado un trozo estático de vida gallega. Doloriñas, beatífica, con la vara de castigos sobre un libro, en velador redondo de tres patas. Una niña rubia, de ojos azules, apretando en sus manos un higo apenas sin madurar.

Aquella tabla pintada así mereció la Primera Medalla de la Nacional. Y acudió al certamen casi en contra de la voluntad de la autora, que no creía que lo pudieran admitir.

Fué también a la Exposición de Arte Español que se celebró poco después en Berlín. Y luego pasó a otra Exposición de Arte Español en Venecia, hasta que, como propiedad del Estado, ha quedado definitivamente en el Museo de Arte Moderno.

EL «GRAN MERENGUE»

En plan médico, estuvo varios meses en Madrid, lejos de su tierra, de su pacífico rincón de trabajo.

—Pinte usted—le recomendó el doctor—. Le conviene pintar. Hay que dar juego al brazo.

Julia pintó. Pintó por una fuerza vocacional y porque venía bien

a su lujación habitual del hombro, de tipo artrítico.

Fué en este tiempo a una Exposición en el palacio del Retiro. El verde intenso de los árboles, la luz matinal, el mismo gorjeo de los pájaros, toda aquella sinfonía primaveral fué impresionándole en el camino. Al llegar, encontró las pinturas apagadas, mortecinas, muy lejos del hermoso cuadro natural que acababa de contemplar. «¡Son un peligro las Exposiciones en el Retiro!—dijo para sí—. ¡Algún pintor se encuentra plenamente satisfecho al mirar su obra en este lugar?» Y concibió la idea de trasladar al lienzo todo el color, todo cuanto la naturaleza le había ido diciendo en el parque madrileño.

—¿Lo conseguí?—dice ella, dirigiéndose a ella misma y a mí

—Tres tentativas hice—se responde—hasta conseguir ese cuadro, que titulé «Juventud». Llegué al aburrimiento.

—¿Y qué le parece?

—Lo he llamado siempre «el gran merengue».

El «gran merengue» mereció el Primer Gran Premio del Círculo de Bellas Artes, con una dotación de 30.000 pesetas. Peor no lo hizo en Madrid, sino allá en Galicia, adonde regresó en julio de aquel mismo año 1948. En noviembre vino a la Exposición de Madrid. Y hoy está en el mismo Círculo de Bellas Artes.

«SI ME SALE ALGO IGUAL QUE LO DE ESTE O LO DE AQUEL, LO ROMPERE»

Otros pintores gallegos, jóvenes, saludaron a la paisana. Hablaban, discutían y señalaban, cerrando un poco los ojos al mismo tiempo.

—¿Pero ustedes ven problemas?

—intervino la expositora.

—Sí, Julia. Hay muchos problemas resueltos.

Julia calló, apretando además los labios. No era la primera vez que lo oía en aquel lugar.

—Y, además, luz. La luz está bien conseguida—opinó otro.

—Yo creo—expuso un tercero—que en estos retratos hay tres tendencias...

Julia callaba, mirando y oyendo desde su asiento provisional. Leal, su esposo, saludaba, sonreía, estrechaba manos de visitantes y paisanos. Julia parecía cansada, recluida en sí misma. Pero la artista, por dentro, seguía en pie. Si tanto le encantan los niños y el ambiente familiar y bucólico de su tierra gallega, quiere llevar al cuadro algún pueblo de Castilla. «Se me da bien el color ocre de la tierra.» Pero, ¿y la luz?, habría que responderle. Ella ha captado la luz y la atmósfera húmeda, aquella luz que Sorolla se consideró impotente para entenderla y traducirla. ¿Y la luz de Castilla? Y quiere también catedrales. Catedrales para poder pintar frescos.

Però la hora, nueve y pico de la noche, fué para mí un telón final. Y terminaré, como resumen de su arte—entronque de clásico y moderno—, exponiendo el plan de trabajo que en la Escuela se trazó: «Quiero hacer algo personal, no imitar a éste ni aquél. Si me sale algo igual, lo romperé.»

Tiene muchos cuadros sin romper. Y aun conserva las muñecas de su infancia. Y Castrocires, su primer profesor, expondrá, a continuación de Julia, en el mismo salón en que estamos.

JIMENEZ SUTIL

ROMA CON MUSICA DE
"EL TERCER HOMBRE"

LA "OTRA VIDA" DE GIUSEPPE SOTGIU

El acusador número uno
del proceso Montesi,
en el banquillo de
los acusados

LA CORRUPCION
TAMBIEN ES UN
ARMA COMUNISTA

UN nuevo y repelente escándalo sacude otra vez la vida italiana. A la hora de registrar su presencia, EL ESPAÑOL se niega a entrar en el detalle íntimo y terrible de las inmoralidades que rodean el caso Sotgiu. Presenta sólo, exclusivamente, la ficha policiaca que ha informado el proceso contra el presidente de la Diputación Provincial de Roma, el abogado Giuseppe Sotgiu y su esposa.

Pero hay que hacer notar que Giuseppe Sotgiu ha sido, precisamente, el acusador número uno en el «caso Montesi», el abogado que fué levantando y arrojando a las gentes la suma de todos los escándalos posibles. Cree EL ESPAÑOL en la necesidad de dar a conocer, con ánimo objetivo y sereno, el medio ambiente en que se movían el abogado Sotgiu y los suyos, para poder extraer conclusiones concretas. El comunismo, en cuya organización había llegado Sotgiu a los más altos cargos políticos y públicos, no ha dudado nunca en seguir los métodos de la corrupción para conseguir sus fines. Necesario es ya, ahora, obligar a una revisión de los conceptos de la moralidad y del bien, para que fuera imposible la presencia en la sociedad de quienes, doctrinalmente, entienden la corrupción como un elemento más de la política de dominación.

Atentos a los furdamentos morales del bien y de lo que es posible decir, EL ESPAÑOL hace la información esquivando la parte más desagradable de ella. Guiado única y exclusivamente por el deseo de que en el mundo llegue a ser imposible la presencia en los cargos públicos, al frente de la sociedad, como tal es el caso de Giuseppe Sotgiu, de los que, al ingresar en el comunismo o estar a su servicio, afirman su alejamiento de toda moral.



Giuseppe Sotgiu, a la izquierda, aparece en esta fotografía acompañado de Silvano Muto, a quien defendió en el proceso Montesi contra las acusaciones de Hugo Montagna

ALERTA EN LAS FRONTERAS

El 17 de noviembre todos los puestos fronterizos de Italia estaban vigilantes. En los aeródromos, la Policía secreta procedía a una revisión completa y minuciosa de las documentaciones. Igual, exactamente, ocurría en las fronteras ferroviarias, en los puertos y en los barcos.

Una mujer que recordaba físicamente a la señora Liliana Grimaldi, es decir, a la señora del presidente de la Diputación romana, fué detenida equivocadamente en la estación Termini.

—«¿Signora Sotgiu?»

—«Il nome di Sotgiu non mi è nuovo...», pero no es el mío—contestaba la señora; pero, incapaz de dejar correr las aguas, la señora insistía ahora al policía—: «¿... non si tratta per caso di un signore alto, magro?»

El agente de la Questura, de la Comisaría de la Estación, contaba este incidente, burla burlándose, a los periodistas de los diarios de la noche. Clientes de personas eran, como la charlatana señora, interrogadas por la Policía. El caso Sotgiu estaba en marcha.

Los nombres de Giuseppe Sotgiu y de su esposa, Liliana Grimaldi, fueron inscritos en el registro del Tribunal de Roma al lado de las tres presuntas cómplices, Marina Corsaro, Giuliana Marcon y Rita Fantini. Una anotación a pluma, en el margen, se limitaba, fríamente, a reseñar: «Denunciados por violación del artículo 531 del Código Penal.»

Horas antes la Policía judicial

se había presentado en la calle de Giulio Cesare, 14, para encontrar a sus dueños ausentes. La camarera repitió cien veces que no sabía dónde podían estar los dueños de la casa ni su hija Lilia, de veintinueve años, estudiante de Derecho. Lo único que podía decir es que «los señores abandonaron el departamento el domingo en la mañana...»

Los agentes se encuentran en una gran sala, elegantemente amueblada, cuyas paredes están llenas de cuadros. Liliana Grimaldi, esposa de Sotgiu, es pintora. En una habitación se encuentra una máquina de escribir, que es requisada por la Policía. Todo el mundo sabe ya, a esas horas, que los propietarios del lujoso piso de Julio César, 14, son buscados para responder a la siguiente figura de delito: «Instigación a la prostitución y corrupción de menores.»

EL ACUSADOR NUMERO 1

Cuando Silvano Muto, periodista, comenzaba en la «Actualidad» una serie de reportajes para airear los misterios que subyacían tras la muerte de Wilma Montesi, la joven romana que apareció muerta en extraordinarias circunstancias misteriosas en la playa de Capocotta, una serie de nombres importante de la sociedad italiana aparecieron mezclados en el escándalo. Silvano Muto, procesado por difamación, iba a tener a su lado como defensor a Giuseppe Sotgiu, abogado comunista.

Durante el proceso, Sotgiu desecadenó una serie de revelaciones sensacionales que daban cada

una de ellas motivo más que suficiente para una interminable ola de escándalos. Y el escándalo se convirtió en un arma política. Ese fin era el que se perseguía. «Unità», el periódico del partido comunista italiano, comenzaba a llamar a Sotgiu «el acusador número uno». Con él, la crónica negra italiana encontró su mejor momento.

Giuseppe Sotgiu ha nacido en 1904. Es catedrático de Derecho Procesal y ejerce además una intensa actividad forense, a través de la cual había llegado a ser considerado como uno de los primeros penalistas italianos. Amigo personal de Togliatti, secretario general del partido comunista italiano, había ingresado en éste previa presentación personal de Togliatti, circunstancia que no ha dejado de tener su importancia a la hora de reaccionar la Federación Romana.

La actividad política de Sotgiu era intensa. El intelectual comunista, con el apoyo privado y patente de Togliatti, ascendió rápidamente para llegar, con la candidatura comunista, a la presidencia de la Diputación Provincial de Roma. Esta victoria electoral fué verdaderamente importante para el partido comunista, ya que le permitió establecer un verdadero control administrativo sobre la provincia y ejercer, de hecho, una presión decisiva sobre el Consejo Municipal demócratacristiano y liberal de Roma.

Su esposa, la señora Sotgiu, nacida Lilliana Grimaldi, había asombrado a sus amigos, no hace muchos años, cuando comenzó a dedicarse oficialmente a la pintura y a frecuentar los medios artísticos de extrema izquierda. Ha nacido en 1910, es decir, tiene algunos años menos que su marido y se han comentado siempre desfavorablemente algunas extrañas amistades suyas. Es una mujer de pelo largo, más bien gruesa, de nariz grande y fuerte, de boca alargada y ojos negros. El marido, Giuseppe Sotgiu, es de origen sardo, ancho y fuerte. Tiene una cabeza grande, de cejas negras, que contrastan con su pelo, que comienza a ser enteramente canoso. Suele vestir trajes oscuros, azules de raya, y corbatas claras.

Desde el caso Montesi, en la calle, todo el mundo le conocía. Su mayor popularidad trascendía del proceso Muto-Montesi, en el que movió todas sus fuerzas para destruir una «burguesía en corrupción».

LOS EXISTENCIALISTAS DE LA CALLE BALBUINO

El 10 de noviembre de 1951 moría en su habitación, tomando un baño, una muchacha cuyo nombre era Mara Marconi. En el proceso actualmente en marcha contra los Sotgiu, su nombre se alinea como un problema más a resolver. El atestado señala que los médicos forenses, en aquella ocasión, no parecieron muy dispuestos a creer que aquello estaba claro. La denuncia añade: «... consentieron atribuir el deceso a cause natural». No se trataba de una seguridad absoluta, sino de un consentimiento ante lo inevitable. Pero, ¿qué relación existía entre la joven y los Sotgiu?

Mara Marconi trabajaba en el guardarrropa de un famoso local de la vía Sixtina, el «Piccolo Slam». Por misteriosos conductos

Mara entró en contacto con el medio de los existencialistas comunistas de la calle Balbuino, entre los que Lilliana Grimaldi de Sotgiu solía buscar sus modelos. Mara Marconi terminó por serlo y, de una forma u otra, entró a formar parte del grupo de amistades de los Sotgiu. A su fallecimiento, una leyenda de estupefacientes y drogas rodeó su muerte en el baño. Pero se echó tierra al asunto. Allí no había pasado nada.

Aj irse, ahora, reuniendo las piezas del rompecabezas, una nueva se ha unido a las anteriores: muy anteriormente al proceso de Silvano Muto, Adriano Bisaccia, uno de los testigos, había sido modelo, en dos o tres ocasiones, de Lilliana Grimaldi. La Comisaría General de Roma llegaba a tener conocimiento así de cómo el Sotgiu defensor de Muto tenía contactos muy anteriores con los personajes dramáticos del caso Wilma Montesi. Esto es verdaderamente importante. En el ambiente existencialista y comunista parecía ir levantándose todo un ambiente de amigos de Sotgiu que podían ser «testigos» en los procesos. Marx había dicho ya que el comunismo debe considerar la difamación como un arma.

LA MUERTE DE «PUPA»

El 27 de marzo de 1954 moría en el hospital romano «di San Camillo» una muchacha que respondía al nombre familiar de «Pupa». Como «Pupa», al menos, ha pasado a la historia de los periódicos italianos. El nombre verdadero y la historia de la muchacha es impresionante. Al hospital fué llevada, sin conocimiento, por Giulia Marcon. Su verdadero nombre es el de María Adelaida Montorzi, de veintidós años.

Pupa Montorzi había venido, como tantas otras, del fondo de las provincias italianas. De las montañas de los Abruzzos. Según se ha sabido, una rifa pasajera con su novio invitó a la joven a la huida. Sus ojos grandes, negros, pensativos, su pelo cortado y arreglado según el gusto de las casas italianas de provincias, resalta al contemplar ahora sus primeras fotografías a su llegada a Roma.

Al día siguiente de su muerte, la autoridad judicial ordenaba hacer su autopsia. Su extraña llegada al hospital, algunos indicios sospechosos situaron el diagnóstico en trance de espectacularidad. Cuando éste se dió anunciaba, simplemente, una «atrofia del hígado». Una atrofia de hígado. Una hepatitis aguda. Pero las cosas no quedaron ahí. Un periódico de la tarde obtenía una información más detallada: abuso de estupefacientes. Además, entre las notas que llevaba la muchacha aparecieron unas señas: «15, vía Corridoni», así como otras varias. ¿Había que proceder a una investigación más honda? La calle Filippo Corridoni pertenece a la Comisaría de San Vitale.

«LAS CALL GIRLS»

El periódico que publicaba la afirmación de la muerte de Pupa Montorzi a causa de los estupefacientes se veía envuelto en una querrela con el padre de la joven. El 30 de octubre de este mismo año el periódico se veía obligado, por falta de pruebas concluyentes, a una rectificación. En un pequeño ángulo del periódico, éste publicaba la conclusión judicial,

pero el periodista que había levantado la acusación penetraba en aquellos momentos en el mismo ambiente en el que vivía, antes de morir, María Adelaida Montorzi.

Pupa, a su llegada a Roma, después de una serie de vicisitudes, terminó por formar parte de una cadena de muchachas, «Las call girls». El centro de esta cadena de inmoralidad, que no se detiene ni siquiera ante el crimen que supone la destrucción de la moral en las menores de edad, estaba situado en la calle Corridoni, número 15.

Dos periodistas y un fotógrafo, Piero Poggio, Elio Antonelli y Pietro Brunetti han perseguido durante meses el misterio, consiguiendo llegar al final con un valioso y extraordinario archivo de noticias.

LA TRAMA POLICIACA

En el número 15 de la vía Corridoni vive una joven señora, Margarita Angélica Fantini. Tiene unos veintitrés años y un cabello negrísimo. Está casada y tiene un pequeño hijo de tres años. Acechada por los periodistas, terminó por aceptar su amistad, y éstos terminaron por frecuentar su domicilio. Se anunciaban antes por teléfono para avisar a su visita. Transcurrió algún tiempo antes que tuvieran noticias concretas con respecto a los que movían, subterráneamente, el tinglado. Se trataba de dos personas conocidas en el ambiente inmoral de las reuniones por «Pia» y «Mario».

Afirmados en la confianza de la Fantini, convinieron en intervenir en una de las «reuniones» en las que iban a tomar parte «Mario» y «Pia». La investigación de los periodistas iba tan rápida que pronto supieron que la personalidad de los dirigentes de la red era nada menos que la del abogado Giuseppe Sotgiu y su esposa, la pintora Lilliana Grimaldi.

El fotógrafo se dispuso a entrar en acción. Con cámara de teleobjetivo, primero, acechó constantemente la entrada de la casa. Dos fotografías consiguió hacer de ese modo.

Una tarde vió al abogado comunista apearse, unas manzanas más lejos, del mismo coche negro y grande de la Diputación Provincial; de guilaba, dirá en sus declaraciones posteriores, un conductor en uniforme. Miré la matrícula y apunté el número. Se trataba del 169428».

Ya en la puerta de la entrada del número 15, el fotógrafo sorprendió de frente al abogado. El «flash» le turbó:

—¿Por qué me fotografía?—preguntó.

—Para una ilustración que daré sobre el proceso Montesi—le contestaron.

El abogado fué subiendo entonces lentamente, las escaleras.

EL MAGNETOFON EN FUNCIONES

Entre la numerosa documentación que los periodistas aportan al proceso está, como ya hemos dicho, la fotográfica; pero queda una muy extensa y de singular valor, que es la recogida por la cinta magnetofónica. Repetidamente, en el curso de conversaciones telefónicas que han sostenido con Rita Angélica Fantini, la cinta iba recogiendo, friamente, toda la conversación.

Días antes de que se celebrara la reunión a la que asistirían, con otras mujeres de la cadena, los esposos Sotgiu, los periodistas llamaron a Rita, como si estuvieran dudosos sobre la posibilidad de su celebración. La conversación, que ha quedado registrada cuidadosamente, parece arrancada de un cuadro de Simenon.

—¿Serán efectivamente la pareja Sotgiu? ¿Irán?

Desde el otro lado del hilo telefónico, mientras la cinta magnetofónica iba asistiendo mudamente al coloquio, contestaban:

—Mira... S, de Savona; O, de Otranto; T, de Torino; G, de Génova; I, de Imola; U, de Udine: Sotgiu.

Ya no había duda ninguna. El cerco se iba cerrando sin una sola contradicción. Mientras tanto, la Policía actuaba por su cuenta. En el fondo mismo de la cuestión parecía clara la conexión entre los comunistas de la calle Balbuino y estos otros centros

LA POLICIA DESCUBRE NUEVAS PISTAS

Paralela a la encuesta de los dos periodistas, la Policía romana seguía también el asunto. Se había realizado ya la conexión vital de las dos muertes, de los dos ambientes. Así, sin conocerse, Mara Marconi y Pupa Montorzi, víctimas de esta desalmada organización clandestina, apuntaban a una misma dirección: los Sotgiu.

Las reuniones libertinas que se celebraban en la calle Corridoni, 15, no eran las únicas. La Policía, con más medios dinámicos y de exploración que los periodistas, llegaba a la conclusión que vía Corridoni irradiaba su perversa acción hasta la vía Crescenzo, número 43, en la que la dirección está encomendada a Lucia Genari, y a la vía Buccari, número 3, propiedad de la señora Michela Chilemi.

«EL TERCER HOMBRE»

Los tres centros clandestinos recibían un número importante de personas y, sobre todo, y eso era lo grave, con la tendencia sistemática a ejercer su diabólica presión sobre jóvenes pertenecientes a familias honradas. Varias personas son detenidas por sorpresa.

Una de ellas era el estudiante Sergio Rossi, hijo de un honorable salchichero que tiene su puesto en el mercado, Rossi, estudiante, de veinte años, tenía oculto completamente a sus padres el género de vida que hacía. Cuando la Policía fué a avisar al padre de la detención de su hijo Sergio y los motivos de ella, tuvo un síncope. En el mercado de la plaza del Príncipe de Nápoles, donde tiene su puesto, se armó un buen alboroto. Hubieron de llevarle hasta su casa, en Nomentana, 117, para que pudiera hablar con cierta coherencia. La madre de Sergio, al hablar con un redactor del «Corriere della Sera», decía: «... no quiero recordar nada más que su pasado de buen muchacho. No puedo comprender cómo ha podido hacer cosas tan horribles». Después, encontrando su peleadora voz del mercado, añadía: «... a esos Sotgiu es a los que quiero encontrar...»

En la Comisaría de Policía, en la de San Vital, ante la terrible gravedad de las declaraciones de Sergio Rossi contra los Sotgiu, se decía: «Estamos frente al ver-



El matrimonio Sotgiu, autores de un escándalo de corrupción en Roma, donde actualmente se están realizando las oportunas diligencias para este sensacional proceso

dadero tercer hombre de este caso.»

LA DECLARACION DE LA FANTINI

En medio del agrio cúmulo de inmoralidades que se desprenden de todo este sucio asunto asombra, sin embargo, la inconsciencia de alguno de los culpables. Su amorabilidad.

Cuando se llama a declarar a Margarita Angélica Fantini, una de sus principales preocupaciones es la de poner en claro su edad:

—Yo no tengo veintisiete años, como se ha dicho en los periódicos, sino veintitrés.

—¿Cómo arrendó la casa al señor «Mario», o sea al señor Sotgiu?

—Creí — dice — que «non dava fastidio a nessuno». Creía que no disgustaba a nadie.

El «signor Mario» y su mujer se reunían en la casa de la Fantini con otras personas. La mujer Giuliana Marcon estaba siempre presente. Estaba presente también Sergio Rossi, quien, además, se reunía con Liliana Grimaldi en la vía Buccari, número 3.

Cuando terminaba su declaración el procurador de la República en funciones, Pascual Mirabile, recibía la denuncia de la autoridad policial en la que se decía que Giuseppe Sotgiu, su esposa, Margarita Fantini, Marisa Marcon, Michela Chilemi y Maria D'Andreis formaban parte de esta cadena de centros clandestinos. Ha habido muertes y un menor, Sergio Rossi, detenido, había hecho y firmado sus declaraciones.

Sólo que, cuando se planteaba así el asunto, Giuseppe Sotgiu había desaparecido. Pero ahí quedaba la declaración de la Fantini: «Yo no creía disgustar a nadie.» ¿Cómo, si no es en un ambiente de subversión de los valores morales, puede haber semejante respuesta?

LA MAQUINA DE ESCRIBIR

En el palacio de Justicia, la Squadra de la Policía iba poniendo en orden todo el proceso. La máquina de escribir que el 17 de noviembre fuera incautada de la casa del abogado comunista se ha convertido en una prueba más.

LA REACCION DEL PARTIDO COMUNISTA

Estamos en vísperas de elecciones y, naturalmente, el partido comunista italiano ha querido quitarse el lío Sotgiu de encima. La Federación comunista de Roma ha suspendido en sus derechos de

militante del partido al presidente de la Diputación. En un comunicado oficial ha declarado: «La Federación comunista de Roma constata que unas graves acusaciones han sido lanzadas contra el camarada Sotgiu y que, si las acciones que le achacan son probadas, serían infamantes e incompatibles con su presencia ulterior en una organización comunista. Por tanto, ha decidido suspender a Sotgiu de todo cargo y actividades políticas hasta el momento en el que haya asegurado plenamente la defensa de su honorabilidad...»

Las afirmaciones anteriores sitúan, sin más, las acusaciones que pesan sobre Sotgiu en el terreno de la realidad. El hecho de su expulsión así lo acredita. Pero, ¿qué significa la maniobra comunista? ¿Qué se persigue? No perder, simplemente, el terreno ganado con la campaña del caso Montesi. Porque, hasta ahora, nunca, sino al revés, habían preocupado a los comunistas italianos los problemas de moralidad. Reciente está, y ello lo han exhumado los periódicos italianos, el asunto impresionante del «Villaggio della Gioventù», es decir, la «Ciudad de la Juventud», campamentos ideados por Palmiro Togliatti, para ambos sexos, en cuya entrada se entregaba, con la invitación para formar parte de los campamentos juveniles comunistas, una especie de «certificado de matrimonio», dividido en dos partes, para que la joven X y el joven Y, por el que se «comprometen ambas partes a pasar cuatro días juntos».

Después de haberse predicado por el partido comunista tan horrenda y estremecedora explotación de los instintos, mal puede haber ahora la posibilidad de pensar que el caso Sotgiu era desconocido para el partido. Se trata, simplemente, de no perder puestos. Nada más. En la época de los campamentos juveniles, toda Italia, encabezada por la Santa Sede, se levantó contra ellos. El abogado Sotgiu, típico intelectual comunista, no puede ni siquiera asombrar. Es la continuidad de un sistema que, repentinamente, por servicio de la realidad momentánea, tiene que esconderse y camuflarse. Pero lo importante y decisivo es eso: la falta de escrúpulos morales. El servicio táctico es una doctrina que explota los instintos humanos y pone a su servicio todas las fuerzas perversas.



JOSE VASCONCELOS, PATRIARCA DEL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO

Recomienda a la juventud española que lea la obra de Morrison sobre Colón

“MI CODIGO ES EL EVANGELIO”

NOBLE, bueno, casi patriarcal. Este es el primer retrato de don José Vasconcelos. Es un retrato sin refocar, natural, sencillo. Podría encontrarse bebiendo cerveza en Baviera o caminando sobre un paisaje rústico del sur de Francia. Nació en Méjico y su acento es rigurosamente mejicano, pero su aspecto no coincide, indudablemente, con el típico criollo que uno concibe y casi espera encontrarse.

«Yo no soy observador», había de declarar a lo largo de la entrevista. Sin embargo, está en el vestíbulo quieto y silencioso, menudo, recogiendo para su mundo personal la vida de «gran hotel» a las nueve y media de la noche. Sube las escaleras despacio y con algún trabajo, ayudado de un grueso bastón tosco que no abandona nunca. Cuando medita las respuestas, alza el bastón con ambas manos hasta rozar con la madera su bigote. Sonríe mucho, casi siempre con gesto alejado.

—Estoy cansado. Estoy cansado de andar.

Viste de oscuro, y el cuello de su camisa está arrugado, descuidado. Hace ya unos días que pasea por Madrid. Ha venido formando parte de la embajada cubanomejicana a bordo del avión que inauguró la línea aérea directa entre los tres países.

RUBEN. — ¿Cómo encuentra Madrid?

VASCONCELOS. — Es algo ex-

traordinario; supera lo previsto. Es muy grata la estancia aquí: el cariño y la cordialidad de esta gente no tiene semejantes.

Por tercera vez viene a España. Anteriormente ya había estado en Madrid durante la Dictadura, y, de nuevo, volvió hace siete años.

LOSADA. — ¿Qué le sorprendió más?

VASCONCELOS. — El enorme desarrollo urbano.

SUEIRO. — ¿Cuáles fueron las causas de sus viajes anteriores?

VASCONCELOS. — La primera vez vine expatriado voluntariamente.

SUEIRO. — Tengo entendido que se fué usted muy pronto.

VASCONCELOS. — (Confidencialmente.) No simpatizaba con aquel tipo de régimen. Entonces era yo un ridículo liberaloide.

RUBEN. — ¿Cómo ve ahora aquella Dictadura?

VASCONCELOS. — Era extremadamente benévola. Primo de Rivera era un hombre excelente. Los estudiantes estaban muy exaltados. Después, yo... claro, por esas cosas de la vida... (se torna grave, lejano) me di cuenta de que aquello no podía llamarse Dictadura. ¡Si aquellos estudiantes vieran las de mi país!

APRENDIZ DE TODO Y OFICIAL DE NADA

Vasconcelos nace Oaxaca, en febrero de 1882, y se licencia en

Recomienda a la

juventud española que lea la obra de Morrison sobre Colón



La entrevista rodó por las calles madrileñas hasta un establecimiento donde el «Magister» efectuó algunas compras

Derecho por la Universidad de Méjico en 1905. Durante cinco años, desde 1920 a 1925, es ministro de Educación Nacional en su país, de cuya cartera es asimismo creador. Se presenta como candidato a la presidencia de la República de Méjico en 1929, pero es derrotado: al parecer, influencias extrañas lograron falsear las elecciones.

Su aparición en la vida pública e intelectual de Méjico, con el grupo del Ateneo, se realiza en 1910: es una reacción contra el positivismo dominante.

Su primera obra importante es un librito, «Pitágoras». En él nos da una visión estética de la teo-

ria pitagórica al decir que el número y la armonía son la expresión de un ritmo al que se subordinan ambos.

En 1918 publica «Monismo estético», sentando las bases de su obra fundamental, aparecida en 1936, «Estética». Para Vasconcelos, el fenómeno de la belleza depende de un a priori específico, diferenciado categorialmente de la idea y de la moral: es goce de espíritu y no deber ni necesidad dialéctica.

El «Ulises criollo» (1935), inicia una serie de novelas autobiográficas: «La tormenta», «El desastre», «Proconsulado». Es la descripción de una vida ardiente, apasionada, atormentada por los destinos de su patria. En 1937 publica una de las obras que más revuelo han causado en su país: «Breve historia de Méjico», arduosamente combatida.

SUEIRO.—¿Qué es usted primordialmente: filósofo, político, periodista...?

VASCONCELOS.—Acaba uno por no ser nada. «Aprendiz de todo y oficial de nada», ya sabe usted...

LOSADA.—¿Pero cuál es su vocación auténtica?

VASCONCELOS.—Ser filósofo.

RUBEN.—¿La es?

VASCONCELOS.—Repita: acaba uno por no ser nada. Además un filósofo es un maniático, ya lo dijo Bergson.

RUBEN.—¿Cuál es su pensamiento?

VASCONCELOS.—Yo empecé por el padremuerto y, después de los años, al revisar mis ideas, me encuentro de nuevo con el padremuerto. Fué como un viaje perdido por el mundo de la razón.

LOSADA.—¿Sería usted filósofo si naciera de nuevo?

VASCONCELOS.—Indudablemente sería teólogo.

La conversación no puede seguir una línea recta. Se salta de un tema a otro, de Hegel a Pancho Villa, de Empédocles a García Morente. La filosofía es lógicamente su pasión. Habla y no para: enlaza, cita, muestra su conformidad o su desacuerdo... Se entusiasma...

RUBEN.—¿Qué influencias hay en su «Estética»?

VASCONCELOS.—Tal vez Kant... Pitágoras, por su teoría del ritmo.

LOSADA.—¿Su posición respecto a la estética hegeliana?

VASCONCELOS.—Hegel no me convence, no. Su teoría es muy mala. Tiene pasajes incomprensibles, inexplicables... El idealismo es un fracaso de la filosofía, porque no aclara el universo.

SUEIRO.—¿No explica la realidad universal?

VASCONCELOS.—En absoluto. Recuerdo que en un Congreso de Filosofía celebrado en Mendoza nos recibieron con un impreso en el que se insertaba un fragmento de Hegel, dando a entender que lo que no fuese filosofía idealista no era filosofía, y yo pienso, precisamente, lo contrario.

«HE VISTO DOS VECES AL SEÑOR»

David R. Moore, en su «Historia de la América latina», alude a la postura intelectual de algunos sectores estudiantiles mejicanos, que suponía inspirados, hasta cierto punto, por José Vasconcelos. Hemos recordado esto y le preguntamos:

LOSADA.—¿Conoce usted el pensamiento de José Antonio?

VASCONCELOS.—Lo suficiente para que me parezca extraordinario. El ha sido el precursor de las tendencias y formas políticas que están adquiriendo cuerpo en el mundo.

RUBEN.—Señáleme el acontecimiento más importante de los últimos tiempos.

VASCONCELOS.—¿El suceso más importante? Eso se condensa en intimidades espirituales.

SUEIRO.—¿Anímicas... sentimentales?

VASCONCELOS.—En fin, son sensaciones espirituales, cosas de la fe. Yo no voy a la fe por la



Vasconcelos camina por las vías de la capital de España, ciudad que le ha sorprendido, según afirma

razón, sino por la experiencia. A veces me veo como García Morente.

LOSADA.—¿En qué sentido?

VASCONCELOS.—No sé si debía decirlo: como él he visto dos o tres veces al Señor. (Se ha toronado grave.)

RUBEN.—Tengo entendido que se ha establecido un paralelismo entre usted y Ortega.

VASCONCELOS.—(Casi divagando.) Sí... Una señorita brasileña, en un trabajo dirigido por José Gaos. Ella explica que yo soy más filósofo que Ortega, y esto me sorprende, porque siendo Gaos un adicto de Ortega, no puso ningún obstáculo a la afirmación.

SUEIRO.—¿Es eso exacto?

VASCONCELOS.—No... De cualquier modo, en Ortega, antes que otra faceta, domina la de escritor.

«MI CODIGO ES EL EVANGELIO»

LOSADA.—¿Con qué pensador español tiene usted más afinidad?

VASCONCELOS.—Con d'Ors. Era magnífico. Precisamente estos días le he dedicado un artículo necrológico.

SUEIRO.—¿En dónde se encuentra, en definitiva, la base de su pensamiento?

VASCONCELOS.—(Con solemnidad.) Mi código es el Evangelio.

Hay un momento de tensión durante el cual el maestro se queda pensativo. Pronto le saca de su ensimismamiento una nueva pregunta:

SUEIRO.—¿Qué problema mundial predomina actualmente?

VASCONCELOS.—El de saber de dónde se viene y a dónde se va. Lo demás no tiene importancia ante el problema de cada hombre; por eso yo no soy historicista.

LOSADA.—¿Y su «Historia de Méjico»?

VASCONCELOS.—Es una excepción, una obra de estudio que parece tener un fin polémico. Por ella se me tiene apartado, no se me invita a los Congresos de Historia...

RUBEN.—¿Puede recordar la personalidad más fuerte con que se haya encontrado a lo largo de su vida?

VASCONCELOS.—He conocido muchas interesantes, pero me resulta difícil precisar, porque uno tiene una pobre idea de sí mismo y del hombre.

LOSADA.—¿A quién hubiese deseado conocer personalmente?

VASCONCELOS.—Me hubiera gustado intimar con Bergson, que fué quien me arrancó de la corriente positivista. Por cierto que en París tuve ocasión de conocerle, pero él estaba enfermo y no me atreví a molestarle.

RUBEN.—¿Acaso es ese un detalle de timidez?

VASCONCELOS.—Sí, yo soy tímido.

EL HISPANISMO DE LOS INDIOS

Iniciamos este capítulo conversando de un tema tan intrascendente como el cine, para abocar, de una manera insensible, en la profundidad de ciertas tendencias en su país.

RUBEN.—Emilio Fernández ha calado muy hondo en el ser íntimo del paisaje y del pueblo mejicano. ¿El cine del «Índio» traduce el Méjico auténtico?

VASCONCELOS.—El indigenismo de ese hombre es evidente. (En voz muy queda.) Pero no puedo juzgarle: voy poco al cine mejicano.

RUBEN.—¿Cómo entiende usted el indigenismo?

VASCONCELOS.—Como lo entendió siempre la Iglesia.

LOSADA.—¿Tiene el elemento indígena sentido de hispanidad?

VASCONCELOS.—Los indios son hispanistas. No lo son, en cambio, los hijos de españoles fracasados. Esta sí que es una verdadera fábrica de enemigos de España. El indio, cuando no sabe leer ni escribir, sabe rezar en castellano.

SUEIRO.—¿Reza, en católico?

VASCONCELOS.—Su devoción mariana, su fervor por la Virgen de Guadalupe, da la respuesta. Además, a donde no llegan los

maestritos masoncetes van los sacerdotes católicos.

LOSADA. — ¿Cuál es el papel masónico?

VASCONCELOS. — ¡Oh, es horrible! Mi país está destrozándose desde hace más de un siglo. Yo confieso que al principio colaboré inconscientemente con los masones, que es lo que les pasa a muchos.

EN LOS NOBEL HAY MUCHA POLITICA

A lo largo de la entrevista se tocaron múltiples temas. Salpicados aquí y allá, unos nombres y unos personajes han salido en busca de una u otra opinión de don José Vasconcelos. Sus palabras son extraordinariamente sinceras, valientes, rotundas. Parece como si después de oírlos no pudiera haber discusión.

RUBEN. — ¿Conoce la película «¡Viva Zapata!»?

VASCONCELOS. — No. Yo conocí a un Zapata borrachín, conquistador de mujeres a la fuerza y ladrón de ranchos, a donde llevaba a aquéllas. Ya puede suponerse el papel propagandístico de esa película.

SUEIRO. — Y a Villa, ¿le conocía usted?

VASCONCELOS. — Era un salvaje, un matón. (Su gesto es evidentemente repulsivo.)

Nueva pausa. Hay que cambiar de tema:

SUEIRO. — ¿Leen en Méjico nuestros actuales novelistas?

VASCONCELOS. — No sé a qué nombres se refiere...

SUEIRO. — Cela, Gironella, Zungunegui...

VASCONCELOS. — Se conocen muy poco. A mí, particularmente, me ha llamado la atención el filósofo ese Aranguren, por profundo, sabio...

RUBEN. — ¿Y más antiguos?

VASCONCELOS. — Se leyó mucho a Pardo Bazán... a Baroja...

LOSADA. — ¿Por qué Baroja no es premio Nobel?

VASCONCELOS. — ¡Oh, Baroja no pertenece a una nación dominante ni intrigante! En los Premios Nobel hay mucha política... (Confidencialmente.) ¡No! ¡No lo pongan! A lo mejor se piensan que hay envidia...

LA ACTUAL LITERATURA, LA MEJOR DE LA HISTORIA

SUEIRO. — ¿Qué opina de Unamuno?

VASCONCELOS. — Le conocí personalmente. Tiene cosas geniales y cosas aburridísimas. Recuerdo un estudio sobre la muerte en que habla de «mi muerte», «la muerte mía»... (Se ríe abiertamente.) Sí, tiene cosas aburridísimas.

RUBEN. — ¿Y Azorín?

VASCONCELOS. — Azorín es delicioso, pero le falta genio. En ocasión de una visita a Palma de Mallorca pude leer un libro de Azorín, sobre la isla, maravilloso. Pero en un poemita, en una cuarteta, Rubén Darío dice más.

Para Vasconcelos Erico Verissimo es el mejor novelista hispanoamericano actual. Zubiri es, para él, el filósofo español más profundo de hoy. Pero admira, sobre todos, a d'Ors.

LOSADA. — ¿Qué le parece la literatura actual?

VASCONCELOS. — Es la más sobresaliente de la Historia. Los genios se prodigan.

SUEIRO. — ¿Destaca en Méjico

alguna mujer en la novela?

VASCONCELOS. — ¿Por qué? ¿Ocurre eso aquí? ¡Oh!, no, la mujer no se atreve allá con la novela.

PICASSO TIENE GENIO... DE PAYASO

Como es un entusiasta del arte, de arte, sin apenas darnos cuenta conversamos. Admira el arte bizantino, como admira a Fray Angélico y a los primitivos españoles.

SUEIRO. — ¿Qué le parece la plástica moderna?

VASCONCELOS. — Horrible. RUBEN. — Hay un par de nombres obligados: Picasso, Dalí.

VASCONCELOS. — Dalí tiene genio, sí. Picasso tiene genio... de payaso.

Se ha hecho tarde. Son las once de la noche, pero se ha hecho tarde. Hace hora y media que don José Vasconcelos manifestó que está cansado de pasear; olvidándolo enfrascó en una charla que le atrae. Llama a un «pajecito», a un botones, para pedirle algo.

VASCONCELOS. — Es extraordinaria esta cortesía, esta corte-



El fotógrafo Mora captó esta instantánea del maestro frente al palacio de las Cortes Españolas

sía señorial exenta de servilismo. Se observa en la calle, en el trato, en los camareros, en estos pajecitos (señala a un botones). Prosperidad, eso es... Allá todavía existe una propaganda de la «misericordia de España».

Le acompañamos hasta la escalera.

RUBEN. — ¿No cena usted?

VASCONCELOS. — No, estoy acostumbrado. Allá no lo hago nunca... Además he comido mucho.

UN REGALO PARA LOS ONCE NIETOS

Hemos deambulado por las calles madrileñas, acompañando a don José Vasconcelos en su caminar lento por las vías que están impregnadas de lejanos recuerdos.

— ¡Aquí tomaba, yo unos dulces!

El hombre sencillo, el ciudadano anónimo se ha patentizado así más.

Se suscitan las cuestiones más dispares. Se habla de la arquitectura moderna y de la moderna mentecatez, del dinero y de los libros, se glosa el pasado, se co-

menta la preponderancia del deporte...

Y una a una van cayendo las frases.

VASCONCELOS. — La cultura sigue a la riqueza. Los griegos la tuvieron, porque eran dueños del mar; poseían una estupenda Marina para comerciar.

Pasa uno de esos automóviles de tres ruedas que parece que van a desequilibrarse de un momento a otro, y explica que le gustaría poder comprar uno. «¿Qué precio tienen?» Posee coche en Méjico, pero los chóferes... Querria uno de éstos, para conducir él mismo. «En el mundo moderno — aclara — antes que casa se necesita coche.»

Se interesa por los últimos modelos europeos, por el Pegaso. «Tengo un hijo que entiende mucho de mecánica, y he de documentarme.»

RUBEN. — Actualmente, ¿a qué se dedica usted?

VASCONCELOS. — A mis nietos. Tengo once.

LOSADA. — Pero escribe usted, ¿no?

VASCONCELOS. — Si fuera rico no trabajaría. Así me dedico intensamente al periodismo. No está mal pagado. En cambio, los libros dan poco dinero.

SUEIRO. — ¿No desempeña ningún cargo oficial?

VASCONCELOS. — Soy director de una biblioteca. Me han archivado allí, lo que sirve para recibir cómodamente a mis amigos. (Sonríe divertido.)

No tiene disposición para ningún arte. Le gusta la música, pero carece de oído. «El verbo es siempre superior a las sensaciones plásticas o auditivas», afirma. Ahora labora una novela en que abarca los últimos tiempos, pero en ella no habla de sí mismo. Es una épica que está ensayando. Le gustaría haber escrito la «España virgen», de Waldo Frank. «Es una obra excepcional — explica —, ante la que se siente envidia.»

Necesita una camisa para el jac que ha de alquilar. En Méjico apenas si hace vida social, y como ha de ir a una recepción... Tiene que comprar alguna filigrana para sus nietos. Se lo figura ya, sonrientes, con los brazos en jarras, esperando el regalo, y no quiere defraudarles. Se fija en ciertas miniaturas típicas: «Esto es barato, me convence.» En la camisería le ponen en la mano el cuello de repuesto, como lengua burlona. Y él pregunta: «Y esto, ¿para qué sirve?» Se deja en la tienda un billete de los grandes.

Queda, únicamente, una frase que ha pronunciado con los ojos entornados y el afecto evidenciado en su tono y en su gesto:

— Quiero hacer una recomendación a la juventud española: que lea un capítulo del libro de Morrison sobre Colón... Un capítulo dedicado a Castilla. Es un canto maravilloso y extraordinario que se ha hecho sobre la raza, la tierra y los hombres hispanicos.

Le acompañamos al hotel. No quiere ir en taxi, prefiere andar, observando. Se pondrá una camisa nueva e irá a comer invitado. Después, si puede, se mezclará con la gente, por las calles vulgares... La experiencia, base de sus libros, le dará un nuevo capítulo.



PARIS, 1934

"YO SOY EL
UNICO FIEL
AL CREDO
SURREALISTA"

SALVADOR DALI EN LA
PIRUETA DE SU ARTE

EL grupo de discutidores acalorados ha venido a sentarse al café de la plaza Blanche. Son apenas tres o cuatro, y por el ruido que producen se les podría tomar por muchos más, aun antes de haberse reunido al resto de los tertulianos congregados en torno a algunos «martinis» y «cinzanos». La tarde parisién se produce con un frío intenso y agudo. No en vano comienza febrero. Febrero del año 1934. Palmadas en la espalda de los que llegan, frases de indignación, preguntas:

—¿Sabéis ya lo ocurrido?

Se traen tres sillas, se apretujan unos cuantos en un astroso diván, se manotea un poco, y las melenas, muy a lo artista, muy a lo parisién, encuentran un motivo para desmelenarse. El que más y el que menos procura tomar posiciones de manera que pueda ser visto por el hombre que hace todos los posibles por ser notado como jefe de tan ruidosa y pintoresca reunión. En efecto, André Breton, jefe de los pintores surrealistas del momento, puntal de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, con aire de divinidad airada y melancólica ocupa el rincón más estratégico.

—¡A ver, camarero! Unos «cinzanos» para los recién llegados. Y luego, otra vez, sin transición alguna:

—¿Venís de la Exposición? ¿Habéis visto el cuadro?

Y otra voz, alarmada:

—Y a él, ¿de habéis visto? ¿Habéis visto a Dalí?

Viene el camarero con las copas y el manoteo continúa. André Breton aguarda, sin duda de ningún género, a que el barullo llegue a su punto culminante para hacer una impresionante entrada en escena. No conserva la ecuanimidad sino el camarero. El camarero que, de equilibrio en equilibrio, con su plateada bandeja, se sonríe para sus adentros.

—Revolucionados andan hoy los amigos pintores...

«¿POR QUE HA HECHO ESTO DALI?»

Revolucionados, sí. Y mucho. Los amigos pintores surrealistas, en esta tarde del 2 de febrero, acaban de recibir un fuerte «shock», una violentísima emoción. Un insulto, vamos. Un insulto no tanto pictórico como ideológico. Una insolencia que va a dar de lleno en sus sensibles corazoncitos de pintores surrealistas estrechamente vinculados al partido comunista.

Apenas si alguno de ellos puede referirse al insulto en cuestión sin tartamudear de indignación: Dalí, el catalán Salvador Dalí, ha concurrido a la Exposición del cincuentenario de la Asociación de los Independien-

tes. Casualmente él se había hecho inscribir en dicha Asociación el año anterior. Ahora, en esta importantísima Exposición, él ha concurrido con algunas obras que no dejan lugar a duda sobre su extremismo.

Pero no es el estilo de Dalí lo que preocupa a todos los surrealistas del café de la Blanche. Lo que preocupa, mejor dicho, lo que indigna a los asistentes a la reunión es la falta de disciplina de Dalí, demostrada al concurrir a esta Exposición de arte oficial, a la que los pintores congregados bajo la bandera de Breton, o en realidad bajo la bandera comunista, han negado su asistencia.

—¿Por qué ha hecho esto Dalí? preguntan las más enfáticas voces una y doscientas veces durante la discusión, la mayoría de ellas sin que a nadie le lleguen distintamente los sonidos que emite.

Los ánimos se van caldeando. Se pasa de la excitación a la indignación y a la violencia. Alguien atribuye la actitud de Dalí al mero hecho de hacerse propaganda personal. Otros arguyen que quizá le ha guiado el deseo de servir la causa del surrealismo...

—Pero, ¿qué me decís entonces de las obras? ¿Qué explicación podría dar el autor a ese cuadro que titula «El enigma de Guillermo Tell»? ¿Es que puede negar que el hombre que tan mal trata en su composición es Lenin?

Es Lenin, sí. Lenin hecho carne de ridículo en el cuadro de Salvador Dalí. Lenin sangrientamente representado de acuerdo con la mitología surrealista del pintor catalán. Y esto es lo que hiere las susceptibilidades comunistas de los satélites de Breton.

—¡Es intolerable! ¡Es ridículo! ¡Ese Lenin de Dalí es un insulto a todos nosotros!

Y ya en el terreno de la discusión violenta y de la vociferación se llega de repente a un vado: sin más ni más, con una evidencia elocuente, en la mente de los pintores se dibuja la necesidad de tomar una determinación.

Y de tomarla cuanto antes.

CONJURACION SURREALISTA

Cuanto antes quiere decir para Breton y sus congéneres algunas horas después. En las primeras horas de la noche los conjurados, exactos, se reúnen alrededor de la botella de calvados. El pragmatismo agresivo, los ojos tormentosos han sustituido esta tarde a toda otra cosa. Breton, temeroso de indignación comunista, habla al fin a los asistentes. Sí, la cuestión Dalí es algo que hay que solucionar cuanto antes. Este ataque a Lenin no debe ser soportado. Ese cuadro, ese «Enigma de Guillermo Tell» es un guante lanzado a la faz del comunismo, aparte de la falta de disciplina que supone por parte de Dalí el haber concurrido a esta Exposición, a la que todos los surrealistas se han negado a concurrir.

—Sobre todo quiero que penséis en el peligro que supone la actitud de Dalí. Compromete nada menos que mi jefatura, compromete la adhesión de los que aún esperan que el grupo actúe con una unidad.

El pintor-jefe no deja un cabo suelto; habla y habla con vehemencia. Las técnicas y las fórmulas de barniz no asoman a esta conversación artística. Se combate la obra de Dalí porque es anticomunista. Nada más. Y porque no acata jerarquías...

A petición de Breton, en esta histórica tarde se redacta una circular para hacerla llegar a todos los miembros de la Asociación. Hasta en el tono de esta circular se descubre un saborcillo staliniano. He aquí la carta:

«Paris, a 3 de febrero de 1934.

Querido amigo: Contamos con que, sin excusa de ninguna especie, asistas a la reunión que tendrá lugar el 5 del presente mes de febrero, a las nueve en punto, en casa de Breton, calle Fontaine, número 42.

Orden del día: Habiéndose hecho Dalí, en diversas ocasiones, culpable de acciones contrarrevolucionarias que tienden a la glorificación del fascismo hitleriano, los firmantes proponen— a pesar de su declaración del 25 de febrero de 1934— su exclusión del surrealismo como elemento fascista y combatirlo por todos los medios.

Los firmantes, considerando que Yoyotte sostiene a Dalí en su propaganda de confusiónismo y disgregacional de la ideología revolucionaria del surrealismo, proponen también su exclusión hasta que se hayan revisado sus puntos de vista.—Paris, 2 de febrero de 1934.—Brauner, Breton, Ernst, Herold, Hugnet, Oppenheim, Peret, Tanguy.

En caso de absoluta imposibilidad por tu parte de asistir a esta reunión te rogamos que nos hagas llegar tu voto o que te hagas representar por uno de los presentes, a quien tú deberás proveer de un poder escrito.

Están convocados los signatarios de la moción adjunta y éstos: Arp, Callos, Char, Maurice Henry, Leleu, Lero, Marcel Jean, Mesnil, Monnerot, Pastoureaud, Man Ray, Rosey, Tchang.

Invitados a responder por correspondencia: Crevel, Eluard, Giacometti y Tzara, ausentes de Paris. A miigablemente, Breton, Peret, etc.»

Entre el humo, el vino, el tono revolucionario de la reunión y la semioscuridad del estudio, los conjurados salen a la calle dispuestos a hacer algo, a obrar.

Se forman grupos, hay cuchicheos. De dos en dos, o de tres en fondo, los comunistas-pintores, heridos en su amor propio, pasean su enfado por entre las pequeñas, retorcidas y empinadas calles de Montmartre, camino del corazón de París. Algunos se dispersan. Otros penetran en alguna pequeña tasca hallada al paso. Los más siguen su paseo. Las calles les vienen un tanto estrechas para la hinchada conciencia de su importancia. Suena el eterno acordeón parisiense, y su melodía la apagan las voces desdichadas de los conchalinas. Es tarde, y los que quedan son pocos. Pero la decisión está tomada. ¿O queremos obrar? ¿Nos molesta Dalí? Pues obremos y molestemos a Dalí.

La voz de la conjura se alza. Hay un farol rojo, un rincón oscuro y todo lo necesario para hacer las cosas con misterio. Una voz pronuncia la consigna:

—Mañana por la mañana, a la puerta del Gran Palais.

EL FRACASADO INTENTO EN EL GRAND PALAIS

Efectivamente, en el Grand Palais es donde se celebra la Exposición de la Asociación de los Independientes. Allí está el «pecado de Dalí». Y allí también se encuentran puntuales, excitados todavía, los ofendidos compañeros de surrealismo. Todos están de acuerdo con su jefe en que Dalí ha prestado innumerables servicios a la causa del surrealismo. El ha abierto nuevos caminos, ha pintado como nadie más entre las filas militantes del movimiento surrealista. Pero el desacato es el desacato. La disciplina es la disciplina. Dalí ha demostrado siempre que la dicha Asociación le trae sin cuidado. Y esto...

Un somnoliento y engalonado guardián ve pasar como flechas a los de la Asociación revolucionaria en cuestión. Una sala, dos, tres. No importan cuadros, tendencias, nombres, cubismo, realismo, estilización... ¡Al diablo con todo!

—Por aquí... Por aquí...

—¡Eh, vosotros! Por aquí.

Resbalando por los encerados salones, cada cual recuerda, entre equilibrio y equilibrio, los viejos tiempos de patinaje sobre ruedas. El que nunca aprendió se agarra a los salientes decorados que encuentra en su camino. Así llegan, sin apenas respiración, a la meta. No tienen apenas aliento.

—Aquí.

El grupo se detiene. Breton, el jefe, ha cumplido su promesa de llevar un bastón. También Peret se presenta con otro largo y estilizado. Tanguy, Rosey, Marcel Jean y Hugnet completan el cuadro de asistencia. Allí está la obra *criminal*. Allí está, plasmado por el pincel de Dalí, el rostro de Lenin ridiculizado en un visaje, caricaturizado su legendaria gorra, mostrando su monstruoso cuerpo a todo aquel que quisiese visitar la Exposición. Pero el cuadro está alto, muy alto...

Un pequeño conciliábulo, y se comienzan a hacer cálculos. Se trata de resolver un fácil problema de suma: un metro setenta y cinco de la talla del más alto de los asistentes, mas el largo del bastón de Breton, mas el largo del bastón de Peret; total... Total, que aun así el cuadro no puede ser alcanzado. El desaliento cunde. A posteriori vienen los escrúpulos de conciencia, en gran parte provocados por la presencia de un guardián alto y forzado. ¿Qué pasaría una vez conquistado el cuadro? ¿Qué habría de pensar la autoridad competente de la asistencia en el hecho de los clandestinos bastones?

Así es como el cuadro de Dalí («El enigma de Guillermo Tell») se salva de una quema surrealista. Los fracasados expedicionarios se consuelan a continuación delante de un vaso. «¡C'est la vie!»

DALÍ, EN LA BOCA DEL LOBO

Vivamos de prisa dos días más en nuestra historia y lleguemos en punto a la reunión-tribunal del 5 de febrero. No hay demasiado sitio en casa de Breton. Los suelos están bastante concurridos; sillones y sillas están solicitadísimos. Los más se apinan en un diván. Breton, melancólico y severo, viste de verde.

El taller ofrece un aspecto que le halaga. Los asistentes, reunidos por afinidades, salpican por entre multitud de objetos surrealistas, objetos negros y objetos perdidos, tallas, libros. En las paredes, cuadros de Dalí, Duchamp, Chirico, Miró... Sube de tono el sordo rumor humano y un humo espeso comienza a rizarse en la ventana que va a dar sobre la «boite» de Montmartre, «Le Ciel» Llamam a la puerta y aparece Dalí.

Trompetas y pifanos suenan en los oídos de cada uno para acompañar como se merece la espectacular entrada de Dalí, vestido con un grueso abrigo de pelo de camello y zapatos de cordones sin cordones. Le precede Gala, su mujer, con aire de no entender una palabra de todo lo que se trama contra su genial esposo. Una mirada a la reunión y se dirige al diván, donde se apilan muchos hombres. Ofrecimientos, mudanzas, gestos.

Dalí mientras tanto, va saludando a los conocidos, y mientras saluda permanece con los labios apretados, sosteniendo entre ellos algo muy parecido a un lapicero. Habla con muecas. Luego, al fin, saca el objeto de la boca, lo consulta atentamente y lo vuelve a poner en su sitio. Explica a los curiosos:

—Es un termómetro.

El genial Dalí se siente atacado de fiebre. Con su termómetro en la boca sigue toda la discusión. Cuando la vista de la causa gira de un modo imprevisto saca el termómetro, mira atentamente la rayita roja al trasluz y lo vuelve a poner debajo de la lengua.

BRETON ACUSA

La sesión comienza con un discurso de André Breton. El jefe de los surrealistas-comunistas se hace eco del doloroso suceso y añade minuciosamente una larga

lista de cargos, de indecorosas acciones de Dalí en contra del credo surrealista.

Dalí no sabe nada. Pronuncia ochenta veces la palabra *incomprendido*. Añade el vocablo *inocencia*. Se pasea. Pierde un zapato. Vuelve sobre sus pasos y lo recupera. Se dirige a la estufa e invoca el credo surrealista..., pero no renuncia a sus errores. Se libra de una reprimenda del jefe por su asistencia a la Exposición, adelantando una teoría: las obras de arte surrealista merecen una más amplia difusión. Todos los pintores ganarían si supiesen hacer una propaganda inteligente.

Una y otra vez se le repite que no se trata ahora de esto. Que lo que se ventila en estos momentos es un asunto de traición al partido. Dalí no les oye. Saca su termómetro, lo consulta atentamente. Mira a los circundantes, y sin punto de transición saca del bolsillo del abrigo un manifiesto.

DALÍ SE QUITA UNO, DOS, TRES..., SIETE JERSEYS

Alguien desprovisto de termómetro sirve de lector. Los asistentes no salen de su asombro. En el manifiesto, Dalí no sólo no renuncia a sus errores, sino que da toda clase de razones para convencer a los asistentes de que es él, Dalí, quien está en lo cierto. Hitler y el hitlerianismo deben de ser considerados desde el punto de vista de los fenómenos surrealistas.

Tan pronto como acaba la lectura del manifiesto, Breton expresa su dolorosa estupefacción. La pipa le tiembla en la boca; su indignación llega al colmo. Aun así saca fuerzas de flaqueza para hacer llegar a Dalí de una manera directa y brutal los sentimientos de cólera que animan a la Asamblea. En pocas palabras logra traducir el sentir general, mientras a su lado se balancea Yoyotte, el joven surrealista martinicano, que trata de hacer una política de balance, sosteniendo a Dalí y adulando a Breton.

A esta altura del juicio, Dalí suda copiosamente. Se levanta el abrigo. Y aparece vestido con jersey, un jersey que le da un aspecto elefantiásico, que le hace anormalmente gordo. Se sienta y habla. Luego cada cual toma la palabra para dirigir a Dalí sus reproches personales. Recriminaciones, leña al fuego, contempORIZACIONES. Dalí vuelve a levantarse. Se quita un primer jersey. Devuelve un insulto. Se enreda en palabras con otros, da las gracias a un segundo...; retira de su sudoroso cuerpo un segundo jersey y sigue discutiendo. Rosey se enreda en un galimatías de frases interminables. Dalí le contesta con el termómetro acusadoramente apuntando hacia él. Discute con Breton, arroja entre los ocupantes del diván un tercer jersey y termina de acusado en acusador.

Perdidos en un bosque de acusaciones, alguien logra traer el asunto otra vez al punto de arranque. Se habla del cuadro de Lenin.

—No negarás que eso es un insulto. Un completo insulto. Ese

cuerpo deforme y peyorativo es un atentado contra la memoria de Lenin.

Dalí, después de confesar que no ve la razón para afirmar que ese cuerpo de Lenin pueda parecer un insulto, coge el rábano por las hojas y se va derecho a los principios del surrealismo. Afirma una y otra vez su fe indefectible en los sueños como reales inspiradores de la obra surrealista.

—Si en mis sueños yo he visto a Lenin de esta manera, ¿por qué habría debido yo renunciar a pintarlo tal como yo lo he visto, detalle por detalle?

Breton acaba de encontrar por la primera vez un hombre que sigue el credo del surrealismo hasta el último extremo. Está desorientado, perdido, cogido en sus propias redes. Trata de ocultar toda su irresolución detrás de un aspecto digno y serio como nunca. La pipa continúa sus viajes de ida y de vuelta. De la mano a los labios. De los labios a la mano.

«YO SOY EL ÚNICO FIEL AL CREDO SURREALISTA»

Ya no hay persona capaz de detener a Dalí. Puesto a marchar por el terreno de la lógica, Dalí marcha hasta el final. El traje verde de Breton parece tenerle hipnotizado. Suda copiosamente, y su tono vehementemente, se marca en el termómetro. Habla y se quita jerseys del cuerpo con una imparcialidad asombrosa. Cuatro jerseys, cinco..., hasta un total de siete jerseys se quita Dalí en el transcurso de esta memorable reunión.

Habla del surrealismo y llama frenéticamente al corazón de los surrealistas reunidos. Dalí declama. Gala le sigue con los ojos llenos de patética admiración.

—¡Sigamos hasta el final los principios surrealistas!

En nombre del surrealismo declara que él admira las catástrofes, los accidentes, los choques de trenes. Habla de Hitler como de un director de escena genial, capaz de montar masacre tras masacre de una manera grandiosa. El hombre se exalta, se extasia delante del espectáculo del mundo de los sufrimientos..., mara-

viloso desde un punto de vista surrealista.

Los antiguos acusadores permanecen medrosamente sentados, apretados los unos contra los otros, arrimados contra la pared. La estupefacción crece por momentos. Nadie es capaz de encontrar la palabra justa con la que responder a Dalí, con la que salir de aquel galimatías.

—¿Queréis credo surrealista?

—¿Queréis que seamos fieles a este credo? Pues yo os demuestro que el único fiel, fiel hasta el último extremo, he sido yo.

A esto se pueden añadir palabras de Dalí.

RODILLAS EN TIERRA TERMOMETRO EN MANO

Breton se encuentra desartado. Está perdido entre las palabras y los argumentos de Dalí. Dos tendencias del surrealismo luchan ante los maravillados ojos de los asistentes, que enmudecen aterrados.

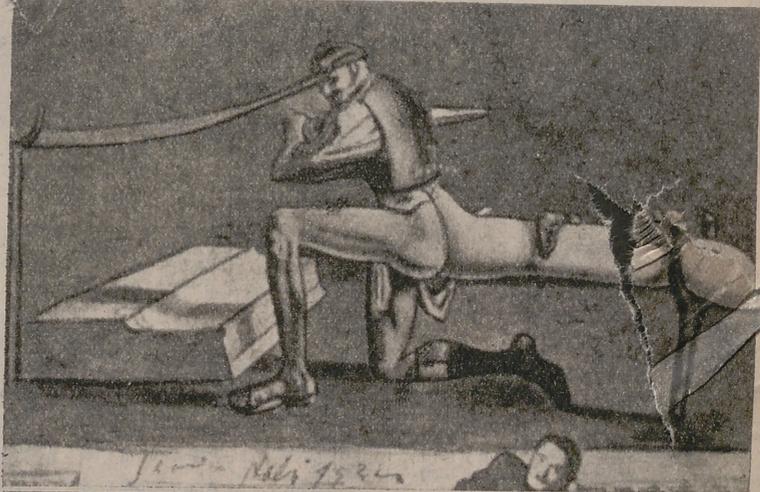
Dalí, termómetro en ristre, continúa hablando.

—Me sube la fiebre. Se detiene a confesar en un momento.

Breton no sabe de qué manera volver a atacar el problema. Los asistentes dan evidentes señales de cansancio. La discusión hace tiempo que apenas si es un duelo Breton-Dalí, y muchos ratos un diálogo Dalí-Dalí, únicamente. Se hace de noche. Breton, erguido, la verde vestimenta rutilante, conmina una vez más a Dalí para que se retracte de sus pecados pasados y de sus teorías sobre Hitler so pena de exclusión definitiva de la Asociación.

Lo increíble ocurre en este momento. Dalí obediendo a quien sabe qué extraño sentimiento, no se sabe si de respeto hacia Breton o de miedo a perjudicar su carrera, cae ante Breton. Una rodilla en tierra, y se deshace de su séptimo y último jersey. Y así, con el torso desnudo, descalzo, postrado ante un mar de jerseys que flotan por el suelo, termómetro en mano, besa la mano de Breton y le asegura una vez más su fe surrealista.

Es un buen final para la pantomima.



«El enigma de Guillermo Tell», así titulaba el cuadro que Dalí presentó al Salón de Independientes en 1934, y que dió lugar al duelo Breton-Dalí

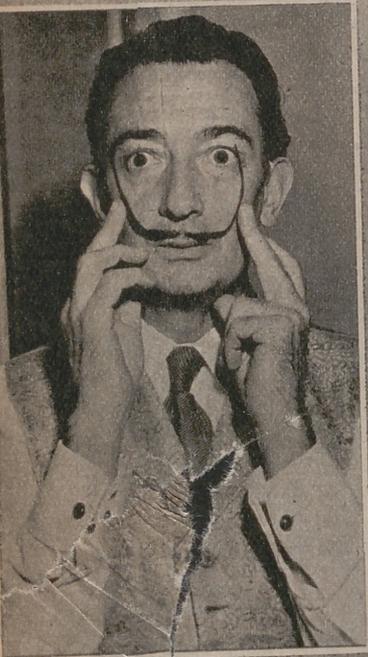
EL ESPAÑOL

REVISTA DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

emplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

PARIS, 1934

"YO SOY EL UNICO
FIEL AL CREDO
SURREALISTA"



SALVADOR DALÍ
EN LA PIRUETA
DE SU ARTE

DUELO Y PANTOMIMA DEL
SOÑADOR DE CADAQUES EN
UNA NOCHE DE INTERROGATORIOS

Lea este interesante
reportaje retrospectivo de
la vida de Dalí en la página 6